

BETZABETH SOLER



Seducida
POR MI ENEMIGO

Familia Santoro - Mafia 1

Seducida por mi enemigo

Familia Santoro - Mafia 1

Betzabeth Soler

Derechos de autor © 2023 Betzabeth Soler

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Contenido

<u>Página del título</u>	
<u>Derechos de autor</u>	
<u>Capítulo 1</u>	
<u>Capítulo 2</u>	
<u>Capítulo 3</u>	
<u>Capítulo 4</u>	
<u>Capítulo 5</u>	
<u>Capítulo 6</u>	
<u>Capítulo 7</u>	
<u>Capítulo 8</u>	
<u>Capítulo 9</u>	
<u>Capítulo 10</u>	
<u>Capítulo 11</u>	
<u>Capítulo 12</u>	
<u>Capítulo 13</u>	
<u>Capítulo 14</u>	
<u>Capítulo 15</u>	
<u>Capítulo 16</u>	
<u>Capítulo 17</u>	
<u>Capítulo 18</u>	
<u>Capítulo 19</u>	
<u>Capítulo 20</u>	
<u>Capítulo 21</u>	
<u>Capítulo 22</u>	
<u>Capítulo 23</u>	
<u>Capítulo 24</u>	
<u>Capítulo 25</u>	
<u>Capítulo 26</u>	
<u>Capítulo 27</u>	
<u>Capítulo 28</u>	
<u>Capítulo 29</u>	
<u>Capítulo 30</u>	
<u>Capítulo 31</u>	

Capítulo 1

Las puertas se abrieron cuando se identificó la huella de mi mano. Entré en nuestra villa y subí corriendo los escalones hasta la puerta. El aire frío de la noche me rozó la piel y me cerré el abrigo.

Toqué el timbre, ya que una vez más no me había llevado la llave, y esperé un poco hasta que volví a tocar. Normalmente nuestro mayordomo abría la puerta sin demoras; de inmediato tuve un presentimiento. Algo estaba mal aquí...

Cuando toqué el timbre por tercera vez, nuestra criada abrió la puerta. Evitó el contacto visual y pude ver cómo le temblaban las manos.

—¿Qué está pasando? —pregunté con una sensación de malestar en el estómago. Miró hacia la sala de estar con una mirada ansiosa antes de alejarse a toda prisa.

Con cuidado, para no hacer demasiado ruido, abrí nuestro armario de zapatos y cogí la pistola del estante superior.

¿Qué puedo decir?

Hacemos mucho hincapié en la seguridad.

Me acerqué a la sala de estar, con la pistola apuntando de forma protectora delante de mí. En cuanto entré en la habitación, alguien me agarró por el brazo, me acercó a su pecho y tiró mi pistola al suelo. ¡Uf, que me jodan!

Sin pensarlo, dirigí mi codo hacia sus costillas y logré liberarme mientras su agarre se aflojaba. Me volví hacia él y le di una patada en su entrepierna. Se inclinó hacia delante como era de esperar y le golpeé en la cara con mi rodilla. Entonces me volví hacia el hombre que caminaba hacia mí y le di una patada en el estómago.

Retrocedió a trompicones, dejando caer las partituras de nuestro piano al chocar con ellas. Ni siquiera un suspiro después, dos hombres más me atacaron. Le di un gancho de izquierda al rubio, pero olvidando mi protección contra el calvo, me golpeó en la cara con toda su fuerza.

La intensidad de su golpe me hizo caer hacia atrás y la parte posterior de mi cabeza golpeó la pared. Podía sentir la sangre caliente saliendo de mi nariz, pero eso se olvidó cuando de repente sonó un disparo. Mi cabeza se dirigió al hombre del que procedía el disparo y se me cortó la respiración cuando me di cuenta de quién era.

Alessandro Santoro, el segundo hermano de una de las bandas más temidas del país. Uno de los matones me agarró por los hombros y me levantó antes de que pudiera reaccionar, y luego me fijó los brazos para que quedaran inmovilizados.

Una expresión indefinida se extendió por el rostro de Alessandro Santoro mientras me estudiaba de arriba a abajo. Sonriendo, se volvió hacia mis hermanos, Jonathan y Travis, ambos atados a las sillas.

—¿Qué tal un nuevo trato? —le preguntó, sin que pareciera una pregunta.

—Te ahorraré a ti y al resto de tu banda una pequeña cuota del infierno que les esperaba, con una condición....

Tragué saliva, con el rostro vacío de cualquier emoción, pero el corazón me latía desesperado.

—La quiero.

Su mirada oscura se dirigió a mí.

Jonathan se rio irónicamente.

—Puedes olvidarlo, Santoro.

Con una mirada indiferente, Alessandro se giró y le dio un puñetazo a mi hermano, haciendo que su silla se volcara hacia atrás. Jonathan dejó escapar un doloroso quejido cuando su cabeza golpeó el suelo de parquet.

—Bueno, entonces, supongo que tendré que matarlos a todos —dijo Alessandro con fingida tristeza.

Sacó su pistola y apuntó a la cabeza de Travis.

—¡Para! —grité al encontrar de nuevo mi voz. Alessandro se volvió hacia mí, con las cejas levantadas en una interrogante—. ¿Sí, princesa?

—Voy a ir contigo. Déjalos vivir.

Intenté que la desesperación no apareciera en mi voz. Se dirigió hacia mí con pasos seguros, como un gato depredador que hubiera acorralado a su presa. Sus fríos dedos me acariciaron la mejilla cuando se puso delante de mí y tuve que recomponerme para no contorsionar la cara.

Bastardo asqueroso. Se limitó a mirarme a los ojos durante mucho tiempo, como si buscara una respuesta en ellos, pero dejé mi mirada en blanco.

—Bien, recoge sus cosas. Nos vamos —ordenó a sus hombres con decisión. Luego se dirigió hacia mis hermanos—. Quiero que hagan sus maletas y se vayan de Estados Unidos.

Jonathan quiso objetar, pero Travis le dirigió una mirada que decía que debía callarse. Jonathan y yo éramos los temperamentales de la familia y nuestra debilidad era actuar antes de pensar en las consecuencias, mientras que Travis siempre mantenía la cabeza fría y era estratégico. Por eso fue el primer líder de su banda.

Mis ojos estaban fijos en ellos dos, pero mi cabeza estaba en blanco. Todo parecía tan surrealista en ese momento, como si fuera a despertar de esta pesadilla en cualquier momento y a preparar el desayuno con Travis mientras Jonathan veía la televisión basura en el salón.

Por desgracia, todo era real.

Desperté de mi estado de trance cuando Alessandro Santoro se puso delante de mí con un pañuelo.

No pude hacer nada más que ver cómo me limpiaba suavemente la sangre de la nariz. Dios, si tuviera las manos libres, le rellenaría la tráquea con el pañuelo. Sus ojos recorrieron toda mi cara mientras lo miraba con odio.

—Su maleta está hecha, podemos irnos —le informó uno de los hombres.

—Bien, vigila a esos dos. Roy, nos adelantamos —dijo Alessandro y sus hombres asintieron.

El calvo me sacó bruscamente de la habitación. Toda mi resistencia fue inútil mientras me empujaba al asiento trasero de una todoterreno.

—¿A dónde te llevas a mis hermanos?! —le grité, pero no obtuve respuesta.

En su lugar, el mató presionó un paño empapado en cloroformo contra mi boca y mi nariz.

Minutos después todo a mi alrededor se sumió en la oscuridad

Capítulo 2

Me desperté en un dormitorio, estaba desnuda y eso me hizo sobresaltarme; de pronto, todos los recuerdos de la noche anterior se abatían sobre mí. Miré el techo blanco con ojos pesados y me obligué a no romper a llorar. Ya me las arreglaría para escapar de aquí.

Lo que más me molestaba en ese momento no era que tuviera que vivir con los Santoro a partir de ahora y que ni siquiera supiera qué querían de mí, sino que no tuviera ni idea de a dónde habían desterrado a mis hermanos. Ni siquiera habíamos tenido tiempo de despedirnos.

El pomo de la puerta fue empujado hacia abajo y me senté rápidamente, poniéndome en guardia. La rubia a la que le había dado una patada la noche anterior entró y me miró con desprecio.

—Te esperan abajo —me informó con un tono gélido.

No pude evitar sonreír cuando vi el moratón que tenía en la barbilla por mi tacón de ayer. Buen trabajo, Megan, me elogié a mí misma mientras me envolvía en la sábana y me ponía de pie.

—Ponte esto —dijo la mujer y me tiró una camiseta con el logo de una banda de rock y un jean negro.

Por lo menos me habían dejado los pantalones, luego de la ducha de agua fría que me dieron para calmarme, como si fuese una perra rabiosa.

Me vestí rápidamente y me recogí el cabello con mis propios mechones, lista por si se me presentaba la oportunidad de pelear y escapar.

Seguí a la rubia por las escaleras, mientras miraba a todos lados, buscando una salida. Sabía que no sería fácil escapar de allí, pero eso no me desanimaría a intentarlo, mis hermanos me habían entrenado bien y sabía que contaban con técnicas para noquear a un matón.

Entramos al salón y vi a cuatro de los hombres más poderosos y temidos de América. Miré a cada uno de ellos con curiosidad, pues pocas veces se les había visto juntos, suponía que era por cuestión de seguridad; en caso de que alguien fuera tan estúpido o arriesgado para hacerles una emboscada, no acabarían con todos en un mismo lugar.

El mayor, Lorenzo Santoro, era el jefe de la banda, un hombre frío, despiadado y según decían muchos, un gran estratega que había llevado a su organización criminal a la cúspide. Tenía una esposa, si los rumores eran ciertos, pero todavía no había producido un heredero.

El segundo, Alessandro Santoro. El bastardo que me había separado de mis hermanos y los había enviado quien sabe a dónde. Tenía una actitud arrogante que me provocaba patearle las pelotas, mientras me miraba como si fuese una especie de juguete.

El tercero Renzo Santoro. Mujeriego y perverso, según los rumores, se había llevado a la cama a la mitad de las mujeres de la ciudad, también decían que tenía gustos bastante particulares, eso me revolvió el estómago.

El más joven, Matteo Santoro. Probablemente era el hacker de la banda, por su aspecto de nerd y porque apenas si me prestaba atención, estaba concentrado en su iPad.

Lorenzo me miró con severidad y luego a su hermano.

—Tu misión era asesinar al hijo de puta que mató a Michael, no traer a casa a una prostituta —habló como si yo no estuviera allí.

La ira brotó en mi interior, pero traté mantener la calma. No era momento de un ataque, debía ser inteligente y no actuar de manera impulsiva.

—Es la hermana del bastardo y por lo que he visto, nos será muy útil —explicó Alessandro, mientras me miraba y sonreía con lascivia.

¡Maldito asqueroso!

—Creo que está buena —dijo Renzo con una sonrisa, mientras me miraba los pezones que se marcaban debajo de la camiseta, pues no traía sujetador.

Puse los ojos en blanco ante esta afirmación, esos dos me resultaban repugnantes.

—¿Acabas de poner los ojos en blanco? —preguntó incrédulo y se acercó a mí.

—No, idiota, he rezado a Dios para que te envíe un cerebro. —Me mordí la lengua cuando las palabras salieron de mi boca.

Perfecto, solo había conseguido mantenerla cerrada durante tres segundos.

Lorenzo y Alessandro, que habían estado discutiendo hacía un rato, me miraban ahora. Renzo miró al rubio que estaba a mi lado y poco después su mano se estrelló en mi mejilla, haciéndome ver todo oscuro.

Maldita sea, ¿por qué demonios siempre me golpeaban en mi hermosa cara?

—Vigila cómo me hablas —amenazó y luego se sentó en el sofá de cuero, resoplando aburrido.

¿De qué otra manera podría hablar con un imbécil?

Lorenzo negó con la cabeza y miró a Alessandro con reproche, luego soltó un suspiro casi imperceptible, pero pude ver que iba a ceder.

—Te encargarás de ella y si me entero de que cometes un solo error, limpiarás su materia encefálica de la pared —dijo fríamente.

Alessandro asintió y cruzó los brazos delante del pecho, dándole a entender que no se opondría si su hermano mayor decidía matarme.

—Llévala a su habitación, Jay.

Jay era el matón rubio que había estado anoche en mi casa, también se llevó su parte cuando me defendí. Me subió a la habitación por el brazo, prácticamente me empujó al interior y luego cerró la puerta.

Me acaricié ligeramente la mejilla hinchada y me senté en la cama, apreté los labios para no sollozar, mientras las emociones intentaban derrumbarme, pero luché contra las lágrimas y la idea de lo que podían hacerme los Santoro.

Joder. ¿Por qué no podía mantener la boca cerrada?

Minutos después, oí unos pasos firmes que se acercaban a la puerta. Me levanté y esperé alerta.

Alessandro abrió la puerta de un tirón y me vio con una mirada asesina, que por muy valiente que quise mostrarme, me hizo temblar. Caminó hacia mí con pasos rápidos y me empujó contra la pared.

—Nunca vuelvas a faltar al respeto a uno de mis hermanos o a mí. ¿Me entiendes? —me gritó.

Estaba tan cerca que podía sentir su aliento caliente y con olor a menta estrellarse en mi cara. No respondí y me limité a sostener su mirada, debía mostrarme dura delante de tipos como él, eso lo había aprendido de mis hermanos. Mi reacción lo enfureció aún más y me apretó contra la pared, provocándole una dolorosa presión en la espalda.

—¿Me has oído? —preguntó aún más alto.

Yo seguía negándome a mostrarle debilidad, demasiado testaruda para ceder, sabía que, si lo

hacía, ese hombre me convertiría en su marioneta.

—Maldita perra —exhaló, molesto e impaciente.

Y eso fue todo lo que necesitó para desatar mi furia. Estaba harta de que me llamaran puta o zorra unos gilipollas como ellos. Sin pensarlo más, le escupí a la cara.

—Vete a la mierda, Santoro —le contesté.

Furioso, me soltó y se limpió la saliva con la mano.

—Maldita... —Simplemente extendió la mano para abofetearme en la cara.

Mis ojos se cerraron solos mientras esperaba el golpe. Me pareció que había pasado una eternidad, pero no pasó nada. Confundida, volví a abrir los ojos. Alessandro se limitó a mirarme con frialdad.

—Aprenderás a comportarte, eso te lo aseguro —dijo en tono normal antes de salir de la habitación.

Capítulo 3

Me levanté sobresaltada cuando llamaron a la puerta, no supe en qué momento me quedé dormida. Sin esperar mi respuesta, Jay entró en la habitación.

—Tienes que ducharte y vestirte, en el armario está el bolso que trajimos de tu casa ayer. Cuando termines bajas al salón... Y no tardes —dijo monótonamente y luego salió.

Resoplé sin entender por qué esos imbéciles deseaba verme de nuevo. Me aparté las sábanas con rabia, resignada entré en el baño y me desvestí.

¿Qué puedo decir?

Mi olor corporal no era agradable, había estado en el gimnasio antes de que esos idiotas me secuestraran. Abrí la regadera y dejé que el agua corriera, cuando la temperatura era agradable, me metí y dejé que mis músculos se relajaran bajo el chorro de agua.

Después de convertir el baño en una sauna con todo el vapor, me envolví el cuerpo con una toalla y me puse delante del espejo. Con una mano, limpié el vaho del espejo y me examiné.

Parecía más muerta que viva. Mi mejilla izquierda estaba entre púrpura y azul, mis ojeras oscuras y mi piel, por lo demás naturalmente bronceada, lucía pálida.

Dios, con este aspecto podría ser la chica de 'The Ring'.

Abrí algunos armarios, buscando un secador de pelo, pero no encontré nada ¡¿Por qué esos idiotas no tenían un secador de pelo en el baño?! Por supuesto, son unos trogloditas y seguramente ninguna mujer vive aquí.

Me envolví la toalla alrededor de la cabeza como si fuera un turbante, con la esperanza de que sacara algo de humedad de mi pelo. Desnuda, caminé hacia el armario y suspiré al ver la pequeña bolsa de viaje, allí apenas cabrían algunas prendas. La abrí con desgano y miré cabreada la ropa, tal como lo imaginaba, solo había camisetas, jeans, pantalones de chándal... Rebusqué en toda la maleta y no encontré una sola prenda de la ropa interior.

¡Maldita sea!

Furiosa, saqué de la maleta un pantalón de chándal y un jersey suelto, me lo puse junto con la ropa interior del día anterior. No era muy higiénico, lo sé, pero era mejor eso a andar por allí sin pantis.

Bajé lentamente y con cautela las escaleras, atenta a cualquier cosa que le indicara el motivo de mi presencia en ese lugar, pues dudaba que me hubiesen llamado solo para socializar. Seguí los sonidos hasta el salón y cuando entré vi a Matteo se sentó en una silla junto a un escritorio y escribió algo en un libro negro. Renzo estaba sentado en el sofá, completamente relajado y viendo un partido de fútbol en una pantalla plana que era inmensa.

Miré a mi alrededor buscando a Alessandro, ya que se suponía que era el encargado de vigilarme, pero no se le veía por ninguna parte. Renzo finalmente se volvió hacia mí y bajó un poco el volumen del televisor.

—Sabes, todavía no te he perdonado lo de ayer —habló mientras se levantaba y caminaba hacia mí, con una sonrisa en los labios que era amenazadora y atractiva.

Mis manos estaban apretadas frente a mi pecho para ocultarme mis pezones que, sabía, se notaban bajo la camiseta. Observé cada uno de sus calculados movimientos sin demostrarle el más mínimo temor.

—Así que si quieres compensarme... Podríamos subir a mi habitación —sugirió, con un tono seductor y oscuro.

Puso su mano en mi cadera y me atrajo contra su cuerpo, haciéndome sentir la dureza de sus músculos y también su aliento caliente que me rozó la mejilla sana.

—Déjala en paz, Renzo.

La voz autoritaria de Alessandro sonó por detrás de nosotros, lo que hizo que Renzo pusiera los ojos en blanco y me quitara las manos de encima. Luego se alejó sin dejar de sonreírme, como si me advirtiera que tarde o temprano conseguiría lo que su mente retorcida se imaginaba.

—Olvidé que era tuya... pero los hermanos comparten, como sabes —respondió, mordiendo el labio inferior.

Asqueada por él, fruncí el ceño y me volví hacia Alessandro. Dispuesta a decirle que no sería la muñeca inflable de ninguno de los dos; sin embargo, su mirada seria hizo que cerrara la boca.

—Acompáñame —me ordenó y caminó delante de mí.

Odiaba que la gente pensara que tenía el poder para darme órdenes. Eso no se lo aceptaba ni a mis hermanos.

La mesa estaba puesta y había varios platos servidos con pan tostado, tocineta, café y zumo.

En cuanto vi todo eso, se me hizo la boca agua. No había comido desde hacía horas y mi estómago me lo recordó con un gruñido.

—Siéntate —ordenó Alessandro.

Me senté como un buen perrito faldero. Patética, así fue como me sentí en ese momento, pero el hambre que sentía derrotó a mi orgullo, necesitaba alimentarme.

Se puso delante de mí y me miró.

—Come.

Apreté los ojos con rabia. No le escucharía y acataría todas sus órdenes, prefería morir de inanición antes de hacerle saber que tenía poder sobre mí.

—No tengo hambre —mentí cuando volví a abrir los ojos y lo miré de manera retadora.

Su mandíbula se tensó.

—He dicho que comas.

La calma de su voz me asustó más que cuando gritó.

—Dije que no tenía hambre —respondí con obstinación y me crucé de brazos.

La ira en sus ojos se encendió y golpeó la mesa con tanta fuerza que me hizo sobresaltarme.

—Si te digo que hagas algo, lo harás. ¿Entendido? —dijo entre dientes apretados.

Dios, ¿podría ese tipo relajarse por un segundo?

No pude evitar poner los ojos en blanco.

Había experimentado cosas peores. Molesta, me levanté para irme. Sin embargo, Alessandro frustró mis planes agarrando mi muñeca y tirando de mí hacia él.

—Que no estés muerta ahora no significa que te perdonaré la vida para siempre —vino de él.

Su amenaza me provocó un frío escalofrío, pero me limité a mirar sin emoción sus oscuros ojos.

—No tengo miedo a la muerte, Santoro —respondí antes de soltar mi mano de su agarre.

Caminé con pasos firmes hacia la habitación donde me habían metido y sólo cuando la puerta se cerró de forma segura tras de mí, bajé el muro y lloré por primera vez desde que estaba aquí.

Lloré porque todo era demasiado, porque no sabía cuánto tiempo estaría aquí, porque mi vida no estaba en mis manos sino en las de Alessandro, y sobre todo lloré por mis hermanos, sin saber si volvería a verlos.

Capítulo 4

Llevé la misma ropa interior durante una semana.

Por supuesto, lo lavaba cada noche y por la mañana, cuando estaba seco, me lo ponía de nuevo.

Y durante una semana no había sabido nada de Alessandro ni de los otros Santoro.

Así que me estaba volviendo loca poco a poco. No podía salir de la habitación y sólo tenía la vista de un maldito bosque. Huir tampoco era una opción, ya que no tenía ganas de ser carne fresca para los lobos y los osos.

Jay venía a la habitación todas las mañanas, todos los mediodías y todas las noches y me traía comida.

¿Por qué me había traído Alessandro con él?

¿Para dejar que me pudriera en esta habitación?

Cuando Jay volvió a la habitación a mediodía con una tableta, tomé la iniciativa.

—¿Jay? —me dirigí a él, lo que hizo que me mirara con interés.

Era la primera vez que hablaba con él y con hablar no me refiero a que me diera órdenes y yo tuviera que obedecer.

—Em... Necesito ropa interior. No empacaron nada cuando me sacaron de casa —me obligué a decir.

Una sonrisa se dibujó en su rostro y se limitó a asentir con la cabeza antes de salir de la habitación.

Yo resoplé sin saber si haría lo que le pedía o solo se estaba burlando de mí. Mi estomago gruñó y me concentré en la comida, una lasaña que estaba deliciosa.

Por la noche, cuando llamaron de nuevo a la puerta, esperaba que entrara Jay, pero para mi sorpresa, quien lo hizo fue Alessandro y llevaba dos bolsas en sus manos. Puso una en mi regazo y dejó la otra sobre la cama, donde sin pedir permiso se sentó, aunque guardando cierta distancia.

Miré con recelo la bolsa rosa de Victoria Secrets mientras me mordía el interior de la mejilla. Alessandro trataba de reprimir la sonrisa que brotaría en cualquier momento.

Sin decir nada, me levanté y corrí al baño.

Después de cerrar la puerta, me senté en el borde de la bañera y desempaqué las cosas.

¡Santo cielo!

Mis mejillas se pusieron de un rojo irreal al mirar la ropa interior. Eran bonitas, no podía negarlo, pero era más bien algo que se llevaba para seducir a alguien.

Los pantis eran sólo de encaje y los sujetadores con relleno también tenían detalles de encaje.

¿En qué estaba pensando? ¿Que me pondría esa ropa delante de él?

Como si quisiera...

Sacudiendo la cabeza, escogí el par negro que era el más decente y devolví los otros a la bolsa.

Ya vestida, regresé a la habitación y dejé las bolsas en el armario. Alessandro seguía sentado en la cama, comiendo de una caja para llevar de las que daban en los restaurantes de comida asiática.

Dudosa, me senté a su lado, evitando el contacto visual.

¿Debo dar las gracias?

No. Después de todo, el maldito me había secuestrado y desterrado a mis hermanos.

También me entregó una caja de comida para llevar con fideos fritos y pollo.

Lo acepté con cierta vacilación y me senté con las piernas cruzadas en la cama mientras lo comía. La verdad estaba deliciosa y era diferente a lo que venía comiendo la última semana, aunque me gustaba la comida italiana, comerla durante tantos días seguido, me tenía cansada.

Todo el tiempo sentí la mirada penetrante de Alessandro sobre mí, eso me ponía nerviosa, pues me era imposible ignorarlo, su presencia era demasiado poderosa como para negarla.

¡Maldita sea!

¿No podía ni siquiera comer en paz?!

Ligeramente irritada, me giré para mirarlo.

Me ha estudiado con detenimiento.

—¿Qué? —le pregunté con frialdad.

Se limitó a negar con la cabeza, pero no dejó de mirarme. ¿Qué pretendía conseguir? ¿Creía que me desvanecería en el aire si me miraba lo suficiente?

Molesta, metí la caja vacía en la bolsa y luego me levanté para tirarla a la papelería que estaba en la esquina de la habitación. Mientras caminaba, sentí su mirada sobre mí y me giré justo cuando me miraba el culo.

Lo miré con reproche, pero él en lugar de apartar la mirada, se limitó a rascarse ligeramente la barba y a morderse el labio inferior.

Maldito perverso...

Me senté de nuevo en la cama y lo miré también.

—¿Intentas descifrarme o qué? —le pregunté con sarcasmo, arqueando una ceja.

Las comisuras de su boca se movieron brevemente, pero volvió a enmascararlas con su fría máscara.

—Algo así —contestó con brusquedad.

Me limité a asentir, sin saber qué decir, pero después de un momento el silencio se volvió insoportable.

—Ahora me voy a dormir —le dije, para que finalmente desapareciera.

Pero no hizo ningún esfuerzo por levantarse, solo siguió mirándome y en serio me estaba poniendo de los nervios, suspiré con desgano y le di la espalda.

Muy bien, se acabó... No soy su maldita atracción de circo. Sin prestarle más atención, me metí al baño para lavarme los dientes y esperaba que al salir él ya no estuviera allí; sin embargo, no escuché que se abriera o cerrara una puerta.

¿Qué demonios estaba haciendo todavía aquí? Miré al techo con frustración.

—Por favor, Dios, dime que se ha ido —murmuré, aunque estaba segura de que seguía en la habitación.

Tal y como pensaba, seguía allí y se estaba quitando la camiseta, obviamente estaba en muy buena forma, la mayoría de estos tipos se ejercitaban a diario. Sin embargo, no dejé que su musculoso pecho y sus marcados abdominales me distrajera; de inmediato lo encaré.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté, perpleja y asustada al mismo tiempo.

—¿No te das cuenta? —respondió, mirándome.

Se quitó los vaqueros, quedando solo en boxers; sus piernas eran gruesas y al igual que su torso, también mostraban músculos poderosos y bien definidos. Pasó junto a mí para entrar en el baño y cuando vi su trasero, sentí que un temblor me recorría el cuerpo entero.

Debía admitir al menos para mí, que Alessandro Santoro era un puto pecado andante, tenía

todo para volver loca a cualquier mujer, solo que yo no era cualquier mujer, así que reaccioné de inmediato y me obligué a dejar de verlo de esa manera.

El tipo estaba fuera de sí, ¿acaso creería que iba a acostarme con él? Lo miré con el ceño fruncido y pude ver cómo se lavaba los dientes con un cepillo de repuesto que aún estaba empaquetado.

Sacudiendo la cabeza, apagué la luz y me acosté.

Por desgracia, no podía cerrar los putos ojos porque sabía que Alessandro estaba en mi baño, además, usaba la ducha como si le hubiese dado permiso. Ya sé que era su maldita casa y podía bañarse donde quisiera, pero se suponía que este era mi espacio y debía respetarlo.

¿No podría el imbécil simplemente irse?!

Minutos después salió y oí sus firmes pasos acercándose a mí.

Mis ojos se abrieron de par en par.

¿Qué demonios estaba haciendo?

Mi pregunta fue respondida en cuestión de segundos cuando se acostó a mi lado.

—¡Qué mierda! ¿Acaso te has vuelto loco?

—Algunas veces, pero en este momento estoy bastante cuerdo —respondió mientras se estiraba, relajándose.

—¡Joder! ¡Estás desnudo! —grité y me alejé de él, pero antes de poner distancia, me rodeó con sus brazos y me atrajo hacia su pecho.

—Sí, así es como duermo.

—Pues hazlo en tu maldita habitación, no aquí —me zafé como pude y encendí la luz.

Groso error, la imagen de su cuerpo desnudo me impactó de tal modo, que me sentí temblar y la excitación se apoderó de mí en cuestión de segundos.

—No seas estúpida, estoy aquí para protegerte.

—¿Protegerme? —pregunté, perpleja.

—Sí, niña tonta... Los muchachos están celebrando y después de varias cervezas se vuelven algo... creativos y arriesgados. Sobre todo, Renzo... Si te quedabas aquí sola, podría ocurrírsele la idea de venir a hacerte compañía y te aseguro que prefieres la mía a la de mi hermano.

Alessandro no tuvo que entrar en detalles para hacerme comprender a lo que se refería, mi cuerpo tembló de manera involuntaria, mientras el estómago se me revolvía y un nudo de nervios me cerraba la garganta.

—Estarás bien —dijo Alessandro y se acercó a mí, supongo que vio el miedo reflejado en mis ojos—. Le dije que dormiría contigo y que era mejor que ni se le ocurriera molestarnos y le daría una golpiza —añadió.

Deslizó su pulgar por mi mejilla, secando el rastro de una lágrima que ni siquiera me di cuenta de que había derramado.

Sufrí un ataque al corazón por primera vez, al sentir su tacto tibio y reconfortante. Y lo malo es que no sabía si era negativo o positivo lo que me estaba haciendo sentir. Negué con la cabeza para aclarar mi mente y lo miré con recelo, debía recordar que él me tenía secuestrada.

—Supongo que esperas que te dé las gracias —dije con sarcasmo y me crucé de brazos, poniendo distancia.

—No estaría de más, pero sé que eres demasiado testaruda para esperar algo así... Aunque siempre podrías agradecerme de otro modo —dijo, mirándome con lascivia.

—¡Jamás! —grité y me eché hacia atrás.

—Eso lo veremos... —dijo con una sonrisa torcida—. Ahora, será mejor que empieces a actuar, gime, grita y jadea para que mi hermano piense que te estoy follando; de lo contrario,

entrará por esa puerta y te llevará con él.

—¡Eres un demente! No haré nada de eso... ¿Acaso todas las mujeres con las que has estado gritan de placer?

—Sí, absolutamente todas —dijo con arrogancia.

Mi vientre se estremeció ante esa declaración y un segundo después mi ropa interior se humedeció, apreté las piernas y me mordí el labio. Su mirada destelló de deseo, antes de que pudiera notar que me había excitado, intenté correr para encerrarme en el baño.

Alessandro fue más rápido y me atrapó por la cintura, luego me llevó a la cama y me tendió con brusquedad, me asusté y grité. Él parecía atento a algo que ocurría afuera, me concentré y también pude escuchar algunas risas provenían del pasillo.

—Grita de nuevo... —me ordenó en un susurro.

El temor de que fuese su hermano me llevó a hacer lo que me pedía, comencé a gritar, gemir y jadear, mientras él se movía en la cama con fuerza, haciendo que el cabecero se chocara contra la pared. También empezó a gruñir como si ciertamente estuviéramos teniendo sexo, de pronto, un par de golpes en la puerta me hicieron sobresaltar.

—¡Eso es, hermano! ¡Enséñale quien manda!... —La voz de Renzo mostraba los efectos del alcohol y llegó acompañada de una carcajada—. ¡Fóllatela bien y de seguro mañana será dócil como una paloma!

—¡Largo de aquí, Renzo! —gritó Alessandro y en su rostro podía ver la molestia que le causaban los comentarios de su hermano.

—Está bien... Voy a un club con los chicos, espero que hayan acabado cuando esté de regreso —dijo, riendo.

Puse los ojos en blanco por esa actitud tan estúpida, en serio era un completo imbécil. Después de un par de minutos, los pasos dejaron de escucharse, suspiré aliviada y esperanzada de que ese teatro terminara.

—Bien, ahora puedes irte... —dije y señalé la puerta.

—Lo haré mañana, ahora durmamos —respondió.

Cuando intenté protestar, me tumbó en la cama, pegándome a su cuerpo desnudo y apagó la luz para dar por terminada la discusión.

Un suspiro escapó de mis labios y no supe si era por la frustración que toda esa situación me provocaba, o por la sensación del fuerte cuerpo de Alessandro pegado al mío.

Capítulo 5

Cuando desperté, Alessandro ya se había ido y con él el calor. Con dificultad me levanté de la cama y abrí las cortinas, deseando que algo fuera distinto, pero todo lo que veía eran árboles, nada más que árboles.

Ni siquiera quería saber lo lejos que estaba de casa...

Mis ojos se dirigieron a la puerta cuando sonó un golpe y Jay entró.

—Alessandro te espera en su despacho dentro de un cuarto de hora —dijo brevemente y quiso salir de nuevo.

—Espera. Ni siquiera sé dónde está su despacho —dije con las cejas juntas. ¿Qué tan estúpido era este tipo?

Comenzó a sonreír.

—Junto a su habitación, la puerta de la izquierda.

El tipo debe haber querido burlarse de mí.

—¿Y dónde está su habitación, comediante? —pregunté, cabreada. Su sonrisa se desvaneció cuando volvió a mirarme con seriedad.

—Enfrente de la tuya.

Luego había desaparecido por la puerta.

Qué honor, me habían dado la habitación frente a Alessandro. Pensé con ironía, pero me sentí mal al recordar lo que había hecho por mí la noche anterior.

—No, no hagas eso, no empieces a sentir simpatía por ese miserable, recuerda lo que te hizo... y a tus hermanos.

Me duché rápidamente y me puse unos leggins y un jersey. Con el pelo mojado, caminé hasta la puerta de su despacho y llamé.

—Pasa —vino del interior, así que abrí la puerta y entré con algo de cautela, también con nerviosismo.

Se sentó detrás de un gran escritorio de caoba y tecleó algo en su MacBook, luego posó su mirada en mí.

—Tienes el pelo mojado —dijo lo obvio mientras me miraba brevemente.

—No me digas, Sherlock —le respondí sarcásticamente.

Cerró las manos en puños y apretó la mandíbula con fuerza. Oh, bueno, supongo que el sarcasmo no se lleva bien con él. Como sea, no estoy aquí para complacerle.

—Siéntese —me ordenó como siempre.

Me senté frente a él en un sillón marrón para no irritarlo más. Entre más rápido terminara esta reunión, más pronto volvería a mi habitación.

—Hoy tienes un trabajo que hacer —fue directo al grano. No dije nada, así que siguió hablando—. Laura te llevará un vestido y también maquillaje. Ponte guapa o algo así. Esta noche iremos a un club y allí te enterarás de los detalles. ¿Entendido?

Asentí de mala gana y me dispuse a levantarme.

—¿Dije que podías irte? —dijo, con seriedad.

—¿Hablas en serio?

Una sonrisa divertida se dibujó en su cara al ver lo enfadada que me estaba poniendo.

Entonces se levantó y pasó por delante de mí.

Hubiera habido espacio suficiente para pasar sin tocarme, pero el pajero decidió caminar tan cerca de mí que nuestros brazos se rozaron.

Maldito bastardo.

Me hizo una seña para que le siguiera y lo hice a regañadientes; me sorprendí al ver que entrábamos a su habitación. Lo primero que llamó mi atención fue ver la enorme cama king-size al fondo de esta, que parecía bastante cómoda en comparación a la que yo tenía.

El suelo de mármol blanco resplandecía, lámparas de araña y decoraciones romanas en los techos. Mi habitación, en cambio, era un agujero. Mientras yo miraba con ojos embelesados toda la habitación, él entró en su baño.

Casi no podía dejar de maravillarme.

¿Cuánto tiempo habrá tardado en dibujar todo eso?

Qué precisas eran las líneas y los colores eran tan perfectos, imagino que quien lo hizo era un artista.

De repente, sentí la presencia de Alessandro detrás de mí y me puse rígida. Mierda, no me había dado cuenta de que había vuelto. Estaba tan cerca que podía sentir cada una de sus respiraciones.

—Es bonito, ¿verdad? —preguntó en voz baja.

Asentí con la cabeza, su cercanía me dificultaba hablar.

Un momento después me puso la mano en la cadera y con la otra mano me tiró del jersey un poco por debajo del hombro. Me sobresalté, pero él me apretó más fuerte, impidiéndome escapar, una mezcla de miedo y excitación se apoderó de mí, cuando sentí su aliento en mi cuello.

Dejó pequeños besos de mariposa desde mi omóplato hasta el pliegue de mi cuello. La piel me cosquilleaba bajo sus cálidos labios y era incapaz de apartarlo.

Oh, Señor del cielo, ¿qué está pasando aquí?

Sentí su erección mientras me acercaba a su cuerpo y mis ojos se abrieron de par en par, las rodillas me temblaron, mi vista se volvió algo borrosa y sentí una sensación extraña en el estómago, como si estuviera en la bajada de una montaña rusa.

¡Santo cielo!

Exclamé en pensamientos al sentir que se rozaba contra mi trasero, haciéndome sentir una vez más su erección.

Tragué de manera compulsiva al recordarlo desnudo la noche anterior, negué con la cabeza para ordenar mis pensamientos y lentamente volví a mis cabales, di unos pasos hacia adelante para poner algo de espacio entre nosotros.

—Debería irme ya —hablé en tono firme e intenté pasar por delante de él sin tocarle, pero me sujetó por el codo y tiró de mí.

Su cara estaba a unos milímetros de la mía, haciéndome contener el aliento. Él se inclinó hacia adelante, acercándose a hasta mi oreja.

—Esto no ha terminado aquí, princesa —susurró con su voz profunda y acento italiano.

Lo miré perpleja y corrí a mi habitación, entré y cerré la puerta detrás de mí, como si esa realmente fuera una barrera que pudiera detenerlo. Me senté en la cama para tomar aire y sentí como todo el cuerpo me temblaba.

Joder.

¿Qué demonios fue eso?

¿Y qué le pasaba a mi cuerpo, por favor?

Avergonzada de mi debilidad por este cabeza de chorlito, me dejé caer en la cama.

Mis pensamientos giraban entre Alessandro y mis hermanos. Si Jonathan supiera lo que acababa de pasar, ni el mismísimo Zeus podría evitar que le cortara el cuello a Alessandro.

Una sonrisa se dibujó en mis labios al pensar en él y en su naturaleza protectora, pero no duró mucho porque me invadió la tristeza.

Sólo esperaba que ambos estuvieran bien.

Capítulo 6

Miré con rabia el vestido que me había traído la tal Laura. Aunque llamarlo vestido era una exageración.

¿En serio pensaba que iba a ponerme eso y pasearme como una prostituta?!

Recogí con rabia el trozo de tela y salí de la habitación como si me llevara el diablo. Entré en la habitación de Alessandro sin llamar, él se estaba ajustando el cinturón de sus vaqueros cuando levantó la cabeza.

Perplejo, juntó las cejas al verme.

Pero eso no impidió que me abalanzara sobre él y le diera una palmada en el pecho desnudo.

—¡Si crees que voy a jugar a ser tu perra, te espera otra cosa, Santoro! Coge este trozo de tela y dáselo a una de tus putas, maldito bastardo —le grité.

Dejó escapar un gruñido antes de agarrarme por los brazos y apretarme contra la pared.

—Has olvidado que a partir de ahora eres una de mis putas —me escupió a la cara.

Las palabras me golpearon, por alguna razón. Le miré fijamente a los ojos oscuros y vi el fuego que ardía detrás de ellos, luego le sonreí diabólicamente mientras se me ocurría una idea. ¿Una de sus putas, dijo?

—¿Ah sí? ¿Es así, Santoro? —hice rodar su nombre seductoramente por mi lengua.

Una breve confusión cruzó su rostro.

Acaricié sus costados con mis uñas y sentí cómo su cuerpo se retorció bajo mi contacto. Dios, soy tan buena...

Entonces incliné la cabeza hacia delante y miré sus labios atrayentes, me mordí ligeramente el labio inferior y llevé mis manos a su cinturón. Mi corazón latía increíblemente rápido contra mi pecho y esperaba que no viera mi nerviosismo.

Sin romper el contacto visual, lo abrí, tomándome mi tiempo para aumentar su expectativa. Podía distinguir la lujuria en sus ojos y lo tenía justo donde quería.

Los hombres eran fáciles de manipular....

Cuando hube desabrochado el cinturón, nos giré para que él estuviera contra la pared. Me sorprendió un poco que me dejara tomar la delantera, pero no permití que eso me detuviera. Su nuez de Adán se movió mientras tragaba.

Guie lentamente mi mano hacia sus vaqueros, conteniendo la respiración. Su miembro ya estaba duro y eso me sorprendió un poco, tan rápido se calentaba o quizá era yo la que lo ponía de ese modo.

No sé si eso era algo que quisiera descubrir en este momento, pues a estas alturas temía que el corazón se me saliera del pecho. Por fuera podía parecer muy segura, pero por dentro estaba temblando como una jovencita que toca a un hombre por primera vez.

Joder.

Era grande en mi mano y mis ojos se abrieron involuntariamente, haciendo que las comisuras de la boca de Alessandro se movieran ligeramente. Joder, el buen Señor no fue precisamente tacaño cuando creó a Alessandro Santoro, y no me refiero sólo al tamaño de su paquete, sino también a su ego.

Gimió un poco mientras le acariciaba el miembro, sin dejar de mirarlo, me concentré en

deslizar el pulgar por la punta unos segundos, cuando sentí que lo tenía donde quería, sonreír de manera maquiavélica y entonces lo agarré más fuerte y apreté.

Gritó brevemente de dolor y yo empecé a sonreír. Seguía apretando con fuerza y vi una vena que sobresalía de su cuello. Eso le pasaba por llamarme puta.

Él intentó alejarse, pero no lo dejé, aunque para no ser tan malvada, aflojé un poco el agarre, también porque necesitaba que se concentrara en mis palabras.

—Ahora escúchame muy bien, Santoro, porque te tengo literalmente cogido por las pelotas —No pude evitar decir y me chocó mentalmente la frase—. Si vuelves a llamarme puta o de cualquier otra manera humillante, te arrancaré la polla y te la meteré en la boca. ¿Entendido? —le amenacé con una dulce sonrisa.

Lo solté y me dispuse a marcharme, pero en cuanto me di la vuelta sentí la frialdad de su pistola contra la nuca.

—Joder —maldije en voz baja para mí.

—No te preocupes, lo haré.

Cerré los ojos, cabreada conmigo misma. Genial, Meg, realmente le diste la plantilla para la línea, ¿Acaso olvidas que el infeliz es parte de uno de los carteles más grandes de Los Estados Unidos?

—Date la vuelta —me ordenó con voz fría.

Fui lo suficientemente inteligente como para hacerlo. No se bromea con un hombre que sostiene un arma.

Me miró por muy fría que fuera la mirada en ese momento podría haber salvado los polos de fusión.

—Vuelve a joderme, princesa y te volaré los sesos de tu bonito cráneo —su voz me produjo un escalofrío y supe que no acababa allí—. Y ahora te pondrás este vestido, te maquillarás y te comportarás. ¿Entiendes?!

—Sí. —Con los dientes apretados, asentí.

—Bien. Ahora regresa a tu puta habitación y no vuelvas a entrar a esta sin llamar.

Salí corriendo de la habitación con las piernas tambaleantes e hice lo que me dijo. No podía ganar contra él, no cuando llevaba las riendas.

Ya vestida y maquillada, me puse delante del espejo. El vestido apenas pasaba por debajo de mi trasero, era ajustado, negro y toda la espalda estaba libre. Tenía miedo de que se subiera con cada movimiento que hiciera, pues no era como una de esas chicas planas que todos los vestidos parecían quedarles grandes.

Yo tenía curvas por todas partes, mis pechos eran voluptuosos, mis caderas anchas, tenía trasero grande y mis piernas estaban torneadas por el ejercicio. Justo por eso era que ese vestido en mi cuerpo lucía minúsculo y parecía que fuese a estallar en cualquier momento.

Exhalé con cansancio.

Me gustaría poder volver en el tiempo a cuando Logan, Jonathan y yo todavía vivíamos en Canadá. Hacía un frío de mil demonios y a veces pasábamos hambre, pero al menos no conocía a Santoro.

Oí la voz de Jay tras la puerta y puse los ojos en blanco.

Y aquí vamos...

—¿Lista? —preguntó.

Dejé escapar un suspiro y salí como respuesta. Los ojos de Jay se abrieron de par en par antes de apartar rápidamente la mirada, al menos tuvo la decencia de no quedarse embobado. Nerviosa, tragué saliva y con mucho cuidado debido a lo corto y ajustado del vestido, lo seguí por el

pasillo.

Mientras bajaba las escaleras, le pedí a Dios que no me cayera, porque los zapatos tenían unos tacones que podían romperme el cuello si tan solo daba un mal paso y aún era demasiado joven para morir.

En cuanto llegué al salón, tres pares de ojos me miraron fijamente, haciéndome sentir peor, como si literalmente fuese una prostituta.

Renzo silbó y me miró descaradamente, como si quisiera abalanzarse sobre mí. Matteo se quedó con la boca ligeramente abierta y su cara se puso muy roja mientras desviaba inmediatamente su mirada de mí.

Alessandro sólo tenía una sonrisa de triunfo en los labios, mientras me miraba desde los pies, se detuvo un momento y mi estómago se retorció al notar que su mirada se había quedado anclada en mis pechos.

—¿Podemos irnos? —Mi voz era firme y me alegré de que no se notara mi reticencia.

En los años que llevo tratando con miembros de la banda, he sabido ocultar bien mis emociones. Él asintió con una sonrisa y me ofreció su brazo, pero lo rechacé pasando de largo y lanzándole una mirada de odio que no pude esconder, aunque luego de hacerlo me arrepentí, probablemente me ganaría una reprimenda por ello.

Nos dirigimos al coche y tuve que sentarme en el asiento del copiloto junto a Jay.

Alessandro se sentó detrás de mí y, justo antes de salir, se inclinó hacia delante para susurrarme al oído.

—Si intentas hacer cualquier mierda, dispararé a tus queridos hermanos delante de ti —amenazó y luego se relajó en el asiento, pero su mirada por el retrovisor me dejó claro que no mentía.

Tragué convulsivamente y asentí.

No podía estropearlo.

Capítulo 7

Paramos delante de un club y nos bajamos. Ya se oía el fuerte sonido de los bajos, mientras veía a la gente borracha que salía tambaleándose, riendo y haciendo bromas. Me crucé con los brazos delante del pecho para dar calor a mi cuerpo. El aire de la noche era gélido y se me puso la piel de gallina por todo el cuerpo.

De repente, sentí una cálida mano en mi cintura y mi mirada se dirigió a Alessandro, que me atrajo a su lado. Si no hubiera tenido tanto frío, seguramente me habría resistido, pero era exactamente eso y me alegré del calor que me daba su cuerpo.

¿Qué puedo decir? De alguna manera tenía que aprovechar su cercanía. La gente nos evitó cuando nos vio llegar y pudimos entrar en el club sin problemas.

Mi estómago se tensó, no tenía ni idea de lo que tenía que hacer. Con mis hermanos, me había mantenido al margen de todos los asuntos de las bandas. Por supuesto, todavía tenía que entrenar para poder defenderme, pero ellos se habían encargado de todo lo demás.

Así que ese sería mi primer encargo real.

Alessandro nos condujo a una sala VIP, vigilada por dos guardaespaldas. Nos recibieron y nos abrieron la puerta. A través de las grandes ventanas de cristal, se podía ver el interior del club, aunque pude notar que eran opacas, de ese tipo de los que no se podía ver desde el exterior. Alessandro, Renzo, Matteo y Jay se sentaron y una morena de grandes pechos les sirvió una copa mientras yo tomaba asiento, incómoda en un sillón individual.

Sin prestarme atención, la camarera pasó junto a mí pavoneándose. ¿Qué carajo? ¿Quizás yo también quería un trago? No me vendría mal para controlar mis nervios.

Me levanté poniendo los ojos en blanco, caminé tras ella y le toqué el hombro. Levantó una de sus cejas perfectamente depiladas mientras me observaba.

—¿Sí? —preguntó con malicia.

Perra.

Sin decir nada, cogí la botella de güisqui de su mano y esta vez me senté en el sofá, junto a Alessandro, ya que uno de los guardaespaldas había ocupado mi lugar.

Los chicos me miraron divertidos.

Al sentarme, incliné la botella sobre mí y tomé grandes tragos. Me quemó el esófago, pero luego tuve la conocida sensación de calor en el estómago.

Dios, eso es exactamente lo que necesitaba...

Renzo se besaba con una mujer con poca ropa y Matteo se bebía su güisqui mientras escribía en su libro negro. Alessandro estaba ocupado con su teléfono móvil en ese momento.

¿Qué fue todo eso?

¿La misión era relajarse o qué?

Me golpeé la pierna hacia arriba y hacia abajo con impaciencia, queriendo acabar con todo lo más rápido posible. Al cabo de un rato, Alessandro me puso la mano en el muslo y la detuvo.

—¿Nerviosa? —preguntó con una voz inusualmente suave.

Sí y cómo.

—No, sólo estoy aburrida... —mentí, lo que hizo que empezara a sonreír.

—Bien, entonces empezaremos.

Me dijo lo que tenía que hacer. Debería ir con algún tipo de jefe, atraerlo fuera y los hombres de Alessandro harían el resto.

Suena bastante fácil, ¿no?

—¿Y por qué no sacan al hombre ustedes mismos y luego lo matan? ¿No es mi misión totalmente innecesaria? —pregunté con escepticismo.

Alessandro chasqueó la lengua.

—Tenemos que pasar desapercibidos y ¿no crees que, si arrastramos a un hombre fuera del club en contra de su voluntad y luego lo degollamos, eso llamaría la atención sobre nosotros? —soltó.

Tenía razón.

—Bien, ¿y qué aspecto tiene este jefe? —pregunté.

Alessandro me cogió de la mano y tiró de mí frente al cristal del ventanal. Su mirada recorrió la multitud hasta detenerse en la barra.

—¿Ves a ese tipo, con camisa blanca y chaqueta de cuero en el bar?

Asentí con la cabeza.

—¿Te refieres al guapo? —pregunté con indiferencia.

La mandíbula de Alessandro se tensó y sus manos se cerraron en puños.

Definitivamente, los celos. Quizá pueda utilizar eso en mi beneficio. Una sonrisa se dibujó en mis labios por ello.

—Vale, entonces supongo que es él. Me pondré a trabajar —dije con firmeza.

—Mis hombres los esperarán en la puerta trasera. Después de entregarles al jefe, te vas al coche.

Asentí con la cabeza. Fácil de hacer.

Alessandro me abrió la puerta de cristal y bajé a la multitud. En cuanto entré en la sala, todas las miradas se centraron en mí. El alcohol me dio la confianza necesaria y me pavoneé hasta la barra. Los hombres me miraban con miradas lujuriosas y observaban todos mis movimientos.

Me senté junto al jefe y no dije nada al principio. Su mirada se paseó por mis piernas, luego se posó en mis senos y finalmente en mi cara antes de empezar a sonreír.

Le he mirado. Tenía unos preciosos ojos verdes que empezaron a brillar cuando vio mi atuendo.

—¿Puedo invitarte a una copa? —preguntó, ya borracho.

Me mordí el labio inferior.

—¿O podemos ahorrarnos los preliminares e ir directamente a un lugar donde estemos a solas?

Malditos mil puntos para mí, me di los cinco mentalmente, al ver que él sonreía por mi propuesta tan directa. Era increíblemente buena en esto de elegir hombres. O fueron mis pechos...

—Bueno, entonces si es lo que quieres —balbuceó.

Tomó mi mano entre las suyas e intentó tirar de mí hacia la puerta principal. Joder.

—¿Qué tal si tomamos la puerta trasera? Es más rápido salir —intervine rápidamente y le acaricié el bíceps con la mano. Pareció pensar un momento antes de asentir.

—Me gustas —dijo entonces en tono seductor.

Sentí la necesidad de poner los ojos en blanco. Por supuesto que le gusté, me veía más barata que las cosas de la tienda de un dólar. En su lugar, le sonreí y literalmente me tiré sobre él, rodeándole el cuello con los brazos al ver que dos hombres trajeados se acercaban para

escoltarnos, luego lo besé apasionadamente en los labios.

Me recordé que debía dar mi mejor actuación esta noche, que la vida de mis adorados hermanos dependía de que los Santoro consiguieran su objetivo. Los hombres sonrieron de manera lasciva ante mi gesto y mantuvieron su distancia cuando el jefe les hizo una señal para que nos dejaran marchar solos.

Imaginar lo que esos dos estarían pensando, me revolvió el estómago, seguramente me creerían una prostituta en busca de clientes, que tuvo la suerte de conseguir a un jefe mafioso y que se llevaría unos cuantos dólares, luego de una revolcada en el callejón.

Sin embargo, lo que sucedió en cuanto atravesamos la puerta, fue muy distinta. Dos de los hombres de los Santoro nos esperaban. El jefe me miró confundido y yo le devolví el gesto con una mirada inocente. Baldy se adelantó y le dio una patada para tirarlo al suelo, luego el otro matón le propinó un par de patadas en las costillas.

Me cubrí la boca para no gritar, mientras miraba con horror como los golpes iban desfigurando el rostro del mafioso. Salí corriendo de ese lugar, no quería presenciar lo que ocurría, nunca había visto un asesinato y no quería que ese fuese el primero.

Los gritos del hombre resonaban en mi cabeza mientras me alejaba tan rápido como los tacones me permitían. Como si el alcohol se me hubiera pasado de repente, sentí el remordimiento detrás de mis acciones, pero no había tenido otra opción.

Joder... ¿en qué mierda me había metido? ¿O era más bien que Jonathan me había arrastrado a ello?

Miré a mi alrededor con los ojos vidriosos, en realidad sería la oportunidad perfecta para desaparecer, pero Alessandro me localizaría en menos de una hora y me pondría una bala en la cabeza.

Solté un suspiro de agotamiento. ¿Alguna vez podría recuperar mi antigua vida?

Sollocé cuando escuché el sonido de unos neumáticos resbalar en el pavimento con fuerza, segundos después, el todoterreno negro se detuvo frente a mí y alguien bajó la ventanilla trasera.

—Sube —me ordenó Renzo y sin ningún alboroto me senté en el asiento del pasajero y Jay se puso en marcha.

Capítulo 8

Cuando llegué, salí del coche y corrí directamente a mi habitación, pues apenas podía contener mis lágrimas. No me importaba lo que Alessandro o cualquier otro tuviera que decir, estaba cansada y simplemente me sentía mal.

En la habitación me tiré en la cama, todavía vestida y maquillada, y me quedé mirando el techo, mientras la presión en mi pecho y mi garganta cada vez era mayor y comenzaba a resultar dolorosa.

No podía sacarme de la cabeza los gritos de tortura del hombre, fue algo horrible y que por nada del mundo deseaba repetir. En ese momento me sentí aliviada de que mis hermanos nunca me hubieran pedido hacer algo así.

Una lágrima rodó por mi mejilla al pensar en Travis y Jonathan, sin saber dónde estaban en ese momento o si estaban bien. Imaginar que ellos podían acabar como aquel hombre, me llenó de terror y liberó todo lo que me había estado conteniendo en esas dos semanas.

Una lágrima se convirtió en dos y dos en toda una cascada que me desbordó, los sollozos eran tan fuertes que no podía controlarlos, ni siquiera cuando escuché algunos pasos en el pasillo, tampoco cuando alguien abrió la puerta. Solo me volví de espaldas y miré la oscuridad a través de la ventana; por suerte, quien quiera que haya sido, comprendió que no aguantaría más presiones de mierda esa noche, solo cerró la puerta y me dejó sola.

Me sentía tan desolada, no sabía si vería a mis hermanos de nuevo o si recuperaría mi antigua vida, lo único seguro en ese momento, era que estaba en manos de unos hombres despiadados. Si tan solo pudiera escapar y sacar a mis hermanos de todo este asunto de la mafia, nos marcharíamos lejos donde nadie pudiera lastimarnos.



El sol me daba en la cara cuando desperté, así que me tapé la cabeza con la manta para dormir un poco más; la verdad, no quería despertar y que el remordimiento por lo que había hecho la noche anterior, regresara a mí. Lentamente volví a caer en el sueño, pero no pasó mucho tiempo cuando de repente, la puerta se abrió de golpe.

—¡Maldita sea! Estoy intentando dormir —le grité a la persona que se había atrevido a despertarme. Sin abrir los ojos, me di la vuelta. El lado izquierdo de la cama bajó un poco cuando alguien se sentó a mi lado.

—Princesa.

Escuché y puse los ojos en blanco en mis pensamientos, a él menos que a nadie quería ver y el cabrón podía meterse su puta «princesa» por donde quiera. Me hice la dormida, con la esperanza de que se marchara.

Alessandro exhaló molesto a mi lado, pero no me moví, solo quería ignorarlo porque por la mañana, no tenía suficiente fuerza para lidiar con su temperamento.

—Si no te levantas ahora mismo, te tiro por encima del hombro y me meto en la ducha contigo para despertarte —amenazó, tomándome por los hombros.

Hice un gran bostezo tras su frase y parpadeé para mirarlo. Sólo entonces me di cuenta de que Alessandro estaba vestido con la misma ropa de la noche anterior y al parecer tampoco estaba dispuesto a lidiar conmigo.

—Solo déjame en paz —gemí de fastidio y hundí aún más la cara en la almohada.

—Si así lo quieres —murmuró entre dientes.

—¡Ah! —dejé escapar un grito cuando Alessandro me echó por encima de su hombro y se dirigió al baño.

Di una palmada en su musculosa espalda y moví las piernas hacia arriba y hacia abajo para liberarme, pero no pareció servir de nada. Me puso bajo la ducha y abrió el agua. De un segundo a otro estaba empapada.

—¡SANTORO! —grité mientras me bañaba el agua fría.

Pero lo único que escuché a cambio fue su profunda y melódica risa. Me limpié el agua de la cara, incrédula de que Alessandro Santoro se estuviera riendo de verdad. Quise vengarme y lo metí en la ducha de un tirón, haciendo que se empapara igualmente. Me eché a reír cuando vi su cara de sorpresa.

El ojo por ojo.

Él gruñó y yo me callé.

Oh, realmente tenía un don para hacerlo enojar. Pero me refiero a que el tipo se enfadaba por cada pequeña cosa.

Me apretó contra la pared húmeda de la ducha. La parte superior de su cuerpo se apretó contra el mío y el color de sus ojos pareció oscurecerse aún más. Al principio pensé que era por la ira, pero su respiración agitada y su mirada clavada en mis labios, me hizo ver que era lujuria lo que se había apoderado de él.

El vestido se pegaba a mi cuerpo como una segunda piel, amoldándose a mis curvas y mis pezones erguidos se podían apreciar perfectamente. Me acarició el muslo con su áspera mano, subiendo la tela casi hasta mi cintura; sonrió con malicia antes de agarrarme el culo, lo miré sorprendida y él me apretó contra su erección.

Un pequeño gemido escapó de mis labios y mi cuerpo tembló al sentir la dureza de su poderoso miembro, mientras Alessandro lo frotaba contra mi pubis sin ningún pudor. Comenzó a besar mi cuello, mientras me masajeaba el pecho con una mano, endureciendo más mi pezón, me mordí el labio para no gemir y él sonrió al ver ese gesto.

—No sabes lo fuerte que te follaría contra esa pared, si tuviéramos un poco más de tiempo —murmuró en mi oído, pellizcando mi trasero una vez más antes de soltarme—. Pero lamentablemente tenemos que bajar, así que vístete y luego ve al salón. El resto de la banda te está esperando. —Su voz era más grave de lo habitual y su mirada seguía cubierta por la sombra de la lujuria.

Yo me quedé paralizada en ese lugar mientras lo veía alejarse. Todo mi cuerpo estaba electrizado y sentía un cosquilleo, que era mucho más intenso allí donde sus manos me habían tocado.

Joder.

Cerré los ojos y mis párpados temblaron.

Joder.

No podía negar la atracción que sentíamos y tampoco sabía cuánto lograría resistirme.

Capítulo 9

Tras ducharme y vestirme, bajé corriendo las escaleras. El salón estaba lleno de verdaderos dioses, todos los hombres presentes parecían modelos de revistas de atletismo; temía empezar a babear ante la visión.

¿Tenían que ser todos los hombres de esta banda tan guapos?! ¿Hubo una audición especial para los miembros de la banda en el que los Santoro sólo eligieron a los más apuestos? Porque de otra manera no entendía que todos fueran tan sexis, musculosos... y peligrosos, me recordé.

Lorenzo fue el primero en verme y levantó su copa.

—Ahí está —dijo con un tono de orgullo.

¿Por qué parecía tan feliz?

¿Y por qué demonios sonaba orgulloso? La primera vez que lo conocí, quería matarme. Me fijé en la mujer que estaba a su lado y mis ojos se dirigieron a ella. Era rubia e increíblemente bonita.

Vestida de forma clásica, con un vestido hasta la rodilla. Sentí que toda la habitación se iluminaba cuando ella sonreía. Jay se puso a mi lado y me acompañó el resto del camino hasta Lorenzo y su mujer.

—He oído que ayer terminaste con éxito un trabajo —dijo Lorenzo con una sonrisa—. Parece que Alessandro, no habló tan bien de ti en vano, eso debo aplaudírselo, siempre ve el potencial cuando una persona lo tiene —añadió.

Espera.

¿El mafioso italiano me está felicitando?!

Le miré con la boca ligeramente abierta, lo que les hizo reír a él y a su mujer.

—Soy Lorena —se presentó y me tendió su delgada mano, que estreché con inseguridad.

—Megan —dije con un poco de timidez y ella volvió a sonreír.

—Imagino que debes tener hambre. Así que hay un buffet preparado en la cocina —dijo con tono cómplice.

Sólo pude asentir con la cabeza y salí de la habitación sin palabras. Pero en mis pensamientos me preguntaba ¿Por qué fueron tan amables?

Pasé por alto a todos los hombres que parecían dioses griegos y que me echaron algunas miradas furtivas. En otra situación tal vez hubiese coqueteado con ellos, pero ahora estaba muy preocupada. Corrí a la cocina y nada más entrar, me arrepentí de mi decisión.

Alessandro y Renzo ya estaban allí, disfrutando de la comida que se veía y olía delicioso. Evité la mirada penetrante de Alessandro, que observaba todos mis movimientos, y puse varias cosas en un plato. Luego me senté en la silla más alejada de los dos hermanos.

Levanté la vista brevemente y nuestras miradas se cruzaron. Alessandro tomó un sorbo de su agua sin romper el contacto visual. Cuando se volvió demasiado intenso, recurrí a la comida.

—Sabes, estuviste muy bien ayer, seduciendo a ese tipo... —dijo casualmente de Renzo, lo que me hizo mirar hacia él—. Me puso bastante duro...

Fruncí el ceño y rápidamente cogí una servilleta y escupí la comida. La expresión de enfado de Alessandro se convirtió en una expresión de diversión.

—Perra —murmuró Renzo en voz baja al ver mi reacción. Alessandro le lanzó una mirada

desagradable como respuesta y los ojos de Renzo se abrieron de par en par—. ¿Qué? —preguntó como un pequeño púber.

—Compórtate —Alessandro exhaló molesto.

—Muy bien, me voy a la mierda —dijo Renzo de repente y luego se puso de pie.

Chico listo...

Ahora estaba a solas con Alessandro y la cocina, por lo demás enorme, parecía encogerse.

¡Renzo vuelve! Pedí porque me resultaba más peligroso quedarme a solas con Alessandro. Él no dejaba de mirarme y cada vez me ponía más nerviosa; así que decidí que no tenía hambre después de todo y salí del lugar.

Poco después, oí pasos firmes detrás de mí. Es curioso que supiera que era Alessandro sólo por su forma de caminar. Mis pasos se aceleraron y traté de dejarle mientras me deslizaba entre todos los hombres. Estaba increíblemente incómoda con todo lo que había pasado arriba en el baño. Cuando creí que lo había perdido, me detuve y exhalé aliviada.

—Te tengo —me susurró de repente al oído.

Sobresaltada, chillé cuando escuché su profunda voz. Me volví hacia él con una mirada maligna para exigirle que dejara de tocarme cada vez que se le antojara.

—Déjame en paz, Santoro —le espeté en voz baja para no llamar la atención sobre nosotros.

—No querrás eso, princesa —contestó igual de tranquilo y tuve la sensación de que usaba su acento italiano a propósito.

Y sea extra o no, me excitó.

Dios... ¿puede alguien golpearme con una sartén?

No contesté y le miré fijamente con la mirada más siniestra que pude poner. Las comisuras de su boca se movieron hacia arriba.

—Si se supone que me miras así para intimidarme, princesa, no va a funcionar —dijo con diversión, así que exhalé con frustración y pasé de largo.

Al pasar por delante, me dio una repentina palmada en el trasero que me hizo brincar, me giré indignada.

Se encogió de hombros inocentemente, mientras mostraba una sonrisa seductora y me miraba el trasero.

—No pude resistirme —se defendió. Con un movimiento de cabeza juguetonamente.

Enfadada, me di la vuelta de nuevo. Por alguna razón, una sonrisa se dibujó en mi boca mientras me dirigía a la mesa del comedor. Allí me senté frente a Matteo, que escribía en su libreta negra como siempre.

No le había oído hablar ni una sola vez en toda mi estancia aquí. Su cabeza estaba siempre en ese libro y el chico escribía como si no hubiera un mañana.

De repente, recordé en el comportamiento de Lorenzo y algunas dudas me asaltaron.

¿Por qué demonios fue tan amable? ¿Era algún tipo de truco o había aterrizado en un universo paralelo en el que los Santoro eran de repente buena gente?

Capítulo 10

Llevaba diez minutos sentada frente a Matteo, mirándole fijamente, solo para conseguir una reacción suya, pero no me prestó atención y siguió garabateando en su libro, pensé en entablar una conversación.

—¿Qué estás escribiendo? —le pregunté con una sonrisa amable, para ver si se animaba a charla.

No hubo respuesta.

—Oh, genial. ¿Así que esa es tu afición?

De nuevo sin respuesta.

—Bien, bien. Mi afición es el láser.

Levantó la vista con escepticismo, pero no dijo nada. Frustrada con el chico, resoplé de aburrimiento.

—No habla —dijo de repente desde un lado y Jay se sentó conmigo.

—¿Es mudo? —pregunté con algo de asombro.

—No, quiero decir, puede hablar, pero no lo hace desde el incidente...

Jay se quedó cada vez más callado hacia el final y mi curiosidad no hizo más que aumentar.

—¿Desde el incidente? —le pedí que me explicara.

De repente, Matteo dejó de escribir y levantó la vista con el ceño fruncido.

De acuerdo. Es hora de cambiar de tema.

Pero antes de que pudiera, Jay ya lo había hecho.

—Golpeas bastante bien para ser una chica —habló, pasando inconscientemente la mano por donde le pegué la noche de mi secuestro.

—Y no te tomas muy bien que te pegué una chica, ¿eh? —bromeé, mirándolo a los ojos.

Jay volvió a ponerse serio cuando empecé a reírme.

¿Por qué estos mafiosos no pueden aceptar una broma? Pienso mientras pongo los ojos en blanco.

—Sólo estaba bromeando, Jay —dije entre risas. Y sorprendentemente, Jay se unió.

—¿Qué es tan gracioso?

Nos volvimos hacia Alessandro, que nos miraba con los brazos cruzados. Jay me miró y formó la palabra «celoso» con los labios.

Asentí divertido y seguí riendo. Oímos a Alessandro exhalar enfadado detrás de nosotros, pero no le prestamos más atención para molestarle aún más.

—Ven conmigo, Meg, te presentaré a algunas personas —dijo Jay, mirando provocativamente a Alessandro.

Sonriendo, caminamos lado a lado hacia uno de los hombres, que nos sonrió al vernos llegar.

—Jay, mi buen amigo —le saludó y se abrazaron amistosamente. Entonces el hombre se volvió hacia mí. Levantó una ceja y me tendió la mano.

—Megan, ¿verdad?

—Encantada. —Le estreché la mano y asentí.

—Soy David —se presentó ante mí—. ¿Así que esta es la pequeña que te demolió la cara? —preguntó David volviéndose hacia Jay y yo empecé a sonreír con orgullo. Jay le dirigió una

mirada de «joder».

—Sí —respondió cabreado.

David empezó a reírse a carcajadas. Se enjugó lágrimas imaginarias mientras se calmaba.

—Demasiado buena —murmuró, divertido, lo que hizo que Jay pusiera los ojos en blanco con una sonrisa.

—¡Jay!

Nos volvimos para mirar a Lorenzo que era quien solicitaba su presencia.

—Te dejaré sola un rato, ¿vale? —me dijo y cuando asentí se fue con Lorenzo.

—¿Quieres ir a dar un paseo? —dijo David. Le miré brevemente mientras él me sonreía amistosamente.

—Sí, por qué no —respondí también con una sonrisa.

Los dos salimos y empezamos a hablar de cosas triviales, creo que estábamos tanteando el terreno.

—¿Y qué te parece este lugar? —preguntó con interés.

¿Hablaban en serio? Estaba aquí contra mi voluntad.

—Ehm... agradable, supongo, mejor que al principio —dije, encogiéndome ligeramente de hombros.

Asintió con la cabeza.

—Mientras trabajas con ellos y no contra ellos, son buena gente —me dijo con una sonrisa encantadora.

Tiene sentido. Todos se habían vuelto repentinamente más amables. Probablemente fue porque me había ganado su confianza a través del encargo.

—Además, tienes a Alessandro envuelto en tu dedo, nadie podría tocarte tan fácilmente cuando él está cerca.

Ese comentario hizo que me atragantara con mi propia saliva y comencé a toser, él me dio un par de golpecitos en la espalda, mientras sonreía de mi cara de asombro.

—¿Por qué piensas eso? —le pregunté, perpleja.

El tipo ciertamente no estaba en su sano juicio.

Se echó a reír con diversión y me miró a los ojos.

—¿En serio preguntas eso? Abre los ojos, pequeña —respondió como si fuese demasiado evidente.

En lugar de eso, los entrecerré más, dándole a entender que no creía lo que me estaba diciendo.

—Bien, basta de caminar. Entremos a la casa. —Me adelanté sin esperar su respuesta.

En cuanto estuve dentro, me agarraron por el brazo y me tiraron hacia un lado.

—¿Qué demonios, Renzo? —le grité, cabreada.

—Alessandro te ha estado buscando desde hace un buen rato y anda por ahí como si tuviera el demonio dentro.

—¿Dónde está? —pregunté entonces en tono normal.

Renzo asintió en una dirección y vi a Alessandro con uno de sus hombres. Caminé hacia él, ¿qué quería otra vez?

—¿Alessandro?

Su cabeza se dirigió hacia mí tan rápido que pensé que le rompería el cuello. Se aproximó enfadado.

—¿Dónde estabas? —me gritó muy cerca de la cara.

Sorprendida, di un paso atrás y sin poder evitarlo, me puse a temblar. Supongo que el

simpático Alessandro fue probablemente sólo temporal.

—Salí a tomar el aire con David —le respondí y pareció calmarse un poco—. Ahora me iré a mi habitación, antes de que te vuelvas un energúmeno de nuevo —le dije con reproche y me alejé sin esperar una respuesta.

Ya eran las diez de la noche cuando me acosté en la cama, suspiré sintiéndome agotada de la tensión del día, me quedé dormida en cuanto mi cabeza tocó la almohada.

No sé cuánto tiempo había pasado, pero me desperté cuando sentí un cuerpo detrás de mí. Me sobresalté, pero cuando el olor de Alessandro mezclado con un ligero aroma a güisqui llegó hasta mi nariz, me tranquilicé de nuevo. Él me rodeó con sus fuertes brazos, pegándome a su pecho y mis ojos volvieron a cerrarse.

—Eres mi princesa —susurró y me besó la mejilla.

Eso fue lo último que oí antes de volver a dormirme.

Capítulo 11

Lo primero que sentí en cuanto desperté, fue el brazo de Alessandro alrededor de mi cintura, una sensación de calidez se deslizó a través de mi cuerpo, haciéndome sonreír. La curiosidad se apoderó de mí y me giré lentamente para mirarlo.

Sus largas pestañas proyectan una sombra sobre sus mejillas y sus labios carnosos están ligeramente separados. Le aparté con cuidado el pelo de la cara y, por alguna razón, mi corazón comenzó a latir más rápido, al tiempo que la sonrisa en mis labios se hacía más ancha.

Parecía tan inocente... Sin embargo, sabía que era solo porque dormía y en momentos como esos todos éramos vulnerables, pero no podía olvidar su verdadera naturaleza y que me tenía allí como su prisionera.

Decidí levantarme y ducharme antes de que se despertara. Me liberé lentamente de su pesado brazo, cogí mi ropa y entré en el baño.

Apenas había tardado algunos minutos, pero cuando salí de la ducha, ya había desaparecido.

Mi estómago empezó a rugir y bajé a desayunar.

—No me importa lo que digas, hoy nos vamos de fiesta. Hace mucho tiempo que no disfruto de un buen coño —dijo Renzo con determinación.

Obviamente no le importaba mi presencia. Creo que su madre nunca le enseñó como debía comportarse delante de una dama. Estuve a punto de regresar a mi habitación, pero realmente estaba hambrienta. Así que me senté a la mesa con los chicos y los escuché hablar.

—Bueno, entonces no tengo elección, ¿verdad? —respondió Alessandro.

Renzo sonrió satisfecho y mordió su manzana.

—¿Puedo ir contigo? —pregunté, dirigiéndome a Alessandro en lugar de a Renzo. Las palabras salieron de mi boca tan rápido que no las registré hasta que salieron.

Como era de esperar, Renzo gritó inmediatamente.

—¡NO!

Puse los ojos en blanco y miré a Alessandro.

—Por favor, llevo tres semanas en esta casa y me estoy volviendo loca. No te molestaré, puedes hacer lo que siempre haces allí —intenté persuadirle.

Me miró pensativo durante un rato mientras Renzo y yo esperábamos impacientes su respuesta.

—Bien, aunque te quedarás al lado de Matteo —habló finalmente, lo que me hizo empezar a sonreír y luego mirar triunfalmente a Renzo. Me extendió el dedo corazón.

¡Cabrón!

Pero me encogí de hombros y me preparé un poco de yogurt con frutas frescas.



Eran las ocho de la noche cuando bajé las escaleras con confianza. Había tardado tres horas en prepararme y, por tanto, tenía un aspecto adecuado. Abajo, Alessandro no podía quitarme los

ojos de encima y yo intentaba reprimir mi sonrisa. Qué bien que la mayoría de los hombres fueran pajeros superficiales; era más fácil manipularlos así.

En el coche, ocupé el asiento del copiloto y sonreí a Jay, que me miró con ojos saltones. Otro meón superficial, puse los ojos en blanco y él sonrió, apenado.

No podía negar que este tipo de atención empezaba a gustarme; después de todo, era como cualquier chica a la que le agradaba que la hicieran sentir linda de vez en cuando, eso le venía bien a mi autoestima.

Una vez que llegamos al club, nos hicieron pasar como la vez anterior, pero en lugar ir a las mesas que estaban en la zona VIP, nos sentamos en la barra. Bueno, excepto Renzo, que ya había cogido a una chica y habían desaparecido en el baño con ella. Ninguno se sorprendió por ese comportamiento y pensé que este chico debía ser una ETS andante.

El barman se apresuró a acercarse a nosotros.

—¿Qué puedo ofrecerles? —nos preguntó a todos, pero sus ojos estaban puestos en mí.

—Dos whiskies —habló Alessandro, claramente enfadado.

¿Qué hay de nuevo? El tipo tenía más cambios de humor que la maldita Kim Kardashian.

El barman asintió brevemente sin apartar su mirada lujuriosa de mí.

—¿Y qué puedo ofrecerte, belleza? —me preguntó con una sonrisa.

—Un vodka con arándanos, por favor —respondí amablemente.

¿Ves? No siempre soy una perra. Bueno, sólo si hay una bebida gratis para mí.

—Inmediatamente.

Me guiñó un ojo y preparó mi bebida.

Le di las gracias y bebí un sorbo de mi bebida con alegría. Luego sirvió a Matteo y Alessandro sus bebidas.

—Qué cabrón —murmuró Alessandro para sí mismo y se bebió todo el vaso de un tirón.

Yo solo sonreí internamente y le di otro sorbo a mi trago, que, a decir verdad, estaba delicioso.

Una rubia pasó junto a nosotros, acariciando la espalda de Alessandro con absoluto descaro. Él sonrió ante su invitación mientras le recorría el cuerpo con la mirada, elevó una ceja y se puso de pie.

Mi agarre en el vaso se tensó al ver cómo caminaba con ella hacia la pista de baile, acariciándole la cintura y bajaba a su oreja para susurrarle algo, que al parecer la divirtió, pues la mujer soltó una sonrisa y le dedicó una mirada coqueta, mientras le acariciaba la espalda.

Sólo pude observar con amargura cómo bailaba con cuatro mujeres al mismo tiempo, que se le echaban encima. Quería agarrar a las perras por el pelo y abofetearlas. Sorprendida por mis propios pensamientos, me bebí los últimos sorbos de mi vodka y caminé hacia la pista de baile.

Lo que él podía hacer, yo también podía hacerlo.

Y mucho mejor.

No había pasado siquiera un minuto, cuando se me acercó un chico guapo. Tenía el pelo rubio y los ojos azules. Su camisa negra era ajustada y se podía ver claramente la huella de sus abdominales.

Maldita sea, no diré que no a eso.

Bailamos muy juntos, rozando nuestros cuerpos y acercando nuestros labios, casi hasta sentir cómo se mezclaban nuestros alientos. Sus manos pasaron de mi espalda a mi trasero, mientras las mías se colgaron de su cuello, que acariciaba de manera sugerente y la atracción sexual crecía entre nosotros.

El vodka pareció hacer efecto lentamente, mientras mi cabeza se nublaba por su cercanía y la

música a todo volumen que palpitaba en todo mi cuerpo.

¡Dios, echaba de menos dejarme llevar!

Antes de que pudiera perderme por completo en el ritmo de los sonidos del bajo y el magnetismo seductor de mi compañero de baile. Alessandro lo apartó de mí y le dio un puñetazo tan fuerte que el pobre rubio perdió el equilibrio y cayó al suelo mientras su nariz sangraba como las mismísimas cataratas del Niágara.

Todo pasó tan rápido que en un principio me sentí aturdida, pero al comprender lo que había sucedido, me llevé las manos a la boca ahogando un grito, mientras mi mirada sorprendida se deslizaba del pobre tipo a Alessandro. Su respiración era errática y sus ojos relampagueaban con furia, sin decirme nada, me agarró del brazo y me sacó del club casi que arrastras.

—¡Eh, déjame! Alessandro, ¿qué demonios estás haciendo? —protesté e intenté zafarme de su agarre.

Sin embargo, me ignoró y me arrastró hasta el coche sin importarle que apenas podía caminar con mis zapatos de tacón alto. Sentía que iba a terminar rompiéndome un tobillo si él no bajaba el ritmo.

—¡Alessandro, maldita sea, suéltame!

¿Qué se había metido este tipo para actuar así? Me metió dentro del auto y lanzó la puerta, haciéndome temblar. Luego subió al asiento del piloto y sin esperar a los demás, se puso en marcha con un chirrido de neumáticos.

—¡¿Quién te crees que eres para tratarme así?! —le espeté cuando siguió sin responderme.

Apretó con más fuerza el acelerador al tiempo que contraía la mandíbula. Sin frenar ni una sola vez, atravesó las calles a toda velocidad, por lo que tuve que sujetarme.

—¡Alessandro, ve más lento! —grité con pánico.

Todavía era demasiado joven para morir, pero a este imbécil no le importaba lo más mínimo. Tampoco saber que podía morir él también o lastimar a otro conductor; parecía un maldito psicópata al volante.

Mis gritos cayeron en saco roto, él siguió atravesando las calles a una velocidad peligrosa, en medio de insultos y el sonido de los cláxones de los otros autos. Lo único que me tranquilizaba era que tenía la mirada al frente y que mis reclamos no lo inmutaban.

Cuando llegamos, frenó con fuerza y el coche chirrió al detenerse. Mi cuerpo se fue hacia adelante a pesar de tener el cinturón de seguridad y después me golpeé al rebotar contra el asiento.

Lo miré enfadada, me bajé y cerré con fuerza la puerta del coche. Podía sentir su presencia detrás de mí, pero siquiera me volví a mirarlo.

¡Ese maldito pajero!

Entré caminando enérgicamente en la mansión y desaparecí en mi habitación.

Capítulo 12

Segundos después, Alessandro abrió la puerta de la habitación de un tirón y la cerró de golpe. —¡Vete a la mierda! —le grité con rabia.

No sólo había arruinado la velada, sino que había puesto en peligro mi vida al conducir de forma descuidada.

Hizo lo contrario, que le había pedido, se acercó y se detuvo frente a mí.

—¡He dicho que te vayas a la mierda! ¿Qué crees que estás haciendo? —continué gritando.

¡El imbécil tenía tampones en las orejas?!

—¡Te estabas frotando contra ese tipo como si estuvieras a punto de arrancarte la ropa! —me gritó.

—¿Y qué hay de ti? Siempre has bailado con cuatro mujeres y no te importa, ¿verdad? —repliqué, gesticulando salvajemente, mientras lo miraba con rabia.

No podía creer que estuviese reprochando mi comportamiento, cuando él actuó de peor manera. El papel del moralista no le quedaba.

—¡Eso es diferente, Meg! —respondió con la misma fuerza y me miró con seriedad.

¿Lo estaba diciendo en serio?

¿A él se le permitía bailar con mujeres y manosearlas y a mí no se me permitía bailar con un chico? ¿Dónde estaba la igualdad?

—¡Eso es todo lo que puedo soportar! ¡Eres un maldito machista! ¡Vete a la mierda con tus putas y déjame en paz!

Cada vez me enfadaba más y si fuera un personaje de dibujos animados me saldría humo por las orejas.

—¡Oh, joder! —dijo con frustración, tirando de sus cabellos y me dio la espalda.

Pensé que por fin me dejaría en paz, pero regresó sobre sus pasos y sin previo aviso, tomó mi cara entre sus manos, un segundo después, sentí su boca en la mía y todo mi cuerpo tembló. Apretó sus labios contra los míos y me lamió el labio inferior con impaciencia para que le diera a su lengua la libertad de entrar en mi boca.

Al principio me negué, pero cuando mordió ligeramente no pude evitar ceder y abrir ligeramente los labios. Nuestras lenguas luchaban entre sí por el dominio mientras mi corazón martilleaba contra mi caja torácica. Era como si un fuego ardiera dentro de mí y mi cuerpo quisiera más.

Alessandro me llevó hacia atrás hasta que alcancé el tocador con las piernas y no pude avanzar más. Sin interrumpir el beso, me levantó y me sentó. Se puso entre mis piernas y me besó como si su vida dependiera de ello.

Mis manos se enterraron en su pelo y perdí toda inhibición. Sin embargo, en algún momento me soltó para que pudiéramos recuperar el aliento y comenzó a besar mi cuello. Empezó a succionarlo suavemente, lo que provocó que un gemido escapara de mis labios.

Eso hizo que apretara aún más su pelvis contra mí, enseguida sentí su miembro duro como una piedra y el calor me recorrió hasta centrarse en mi sexo que empezó a bañarse de humedad, mientras mi respiración se volvía rápida y superficial. Con un rápido movimiento me quitó el vestido y lo lanzó al suelo.

—Joder, Alessandro —exhalé en éxtasis.

Su mano masajeaba mi pecho por encima del sujetador mientras dejaba besos húmedos desde mi cuello hasta mis pechos. Hice rodar mi pelvis hacia delante y arqueé mi espalda para que viera cuanto lo necesitaba.

Como si fuera una señal, me agarró por los muslos desde abajo y me llevó hacia la cama. Me acostó y se inclinó sobre mí. Le quité la camisa y acaricié su perfecto torso, mirándolo como si fuese un regalo del cielo.

Volvió a besarme con rudeza e impaciencia y gimió dentro del beso mientras frotaba su pelvis contra la mía. La tensión en sus pantalones era mayor que antes y lo único que podía pensar era las ganas que tenía de que estuviera dentro de mí, empujando con intensidad y rapidez hasta hacer que mi cuerpo estallara en un orgasmo.

De repente sonó su móvil, lo que le hizo resoplar con molestia. Intentó ignorarlo, pero quien llamaba era insistente, así que contestó al sexto timbre.

—Hola?... Sí... Voy... ¡Dije que sí, mierda! —Colgó, se puso rápidamente la camisa y se levantó—. Tengo que irme, princesa —me informó.

—¿Cómo tienes que ir? ¿En serio me dejarás así? —pregunté, incrédula y ofendida al mismo tiempo.

—Sí —dijo en un tono como si yo hubiera hecho una pregunta estúpida y corrió hacia la puerta.

—¡Maldito pajero! Ni se te ocurra volver.

—Lo haré mañana por la noche. Piensa en mí cuando te masturbes para quitarte la calentura —dijo con una sonrisa de satisfacción antes de salir corriendo.

—¡Imbécil! —grité tras él y me golpeé la cabeza con las almohadas, ahogando allí el grito que liberé.

Me sentí como una mierda, por decirlo suavemente.

Me había sacado del club, nos habíamos enrollado y ahora se había largado.

Habría una repercusión... Un plan de venganza ya se estaba formando en mi cabeza mientras me ponía el pijama.

Capítulo 13

Por la mañana, lo primero que hice fue correr a la habitación de Jay.

Salté a su cama y él berreó molesto.

—¿Qué quieres? —murmuró cansado. Le puse la nota en el pecho con una sonrisa y empezó a leerla.

Tardó mucho tiempo en leer una maldita palabra, pero culpemos a su cansancio.

—¿Por qué necesitas un teléfono de juguete? —me preguntó confundido, mirándome como si estuviera loco.

—Eso es cosa mía, pero el teléfono tiene que poder sonar, ¿vale? Y añade el Monopolio a la lista —dije de repente con entusiasmo.

—¿Para cuándo debes tener las cosas?

Sus ojos volvieron a cerrarse. Le di una palmada en el pecho—. Ya estoy despierto —dijo molesto y se sentó.

—Preferiblemente esta mañana. Así que de pie.

Tiré con entusiasmo de la manta hacia abajo, de lo que me arrepentí inmediatamente en el mismo segundo. Sólo estaba en calzoncillos y tenía una erección mañanera. Rápidamente volví a tirar la manta sobre su cuerpo.

—Lo siento —me disculpé avergonzadamente.

Y lo siento queridos ojos, no era mi intención torturarte. Pero él no se sintió tan incómodo como yo y empezó a reírse.

—Bien, me prepararé y luego te compraré tus cosas.

—Bien.

Estuve a punto de darle una palmadita en la espalda, pero decidí no hacerlo cuando pensé en su erección.

En su lugar, solo sonreí y luego salí de la habitación, me dirigí a la cocina porque moría de hambre.

—Buenos días, Matteo —le saludé al pasar junto a él.

¡Dios, estaba de buen humor! Debe haber sido mi brillante idea para vengarme de Alessandro.

Asintió y sonrió brevemente antes de seguir escribiendo en su libro.

Me preparé un café mientras repasaba de nuevo el plan en mi cabeza. Alessandro vería lo que sacaba de ello.

—Voy a por las cosas ahora —dijo Jay entrando a la cocina, tomó la taza de café que le ofrecí y la bebió de un sorbo—. No hagas nada estúpido en mi ausencia.

—Te prometo que me portaré bien —respondí con una sonrisa inocente.

Caminé hasta la nevera para prepararme un yogurt con frutas, pero cambié de idea y me hice un emparedado, necesitaba algo de mayonesa y queso.

me senté en el salón, en el sofá, con Matteo.

Estábamos solos en la casa.

—¿Y cómo estás hoy? —le pregunté, aunque sabía que no contestaría—. Así que me va muy bien. Esta noche me voy a vengar del imbécil de tu hermano... ¿Alguna vez habla de mí? —

empecé a hablar.

Matteo me miró de repente con una sonrisa cómplice y formó un corazón con sus manos. Rápidamente negué con la cabeza, pero mi corazón latió emocionado.

—No me apetece —salió de inmediato de mi boca,

Matteo se limitó a asentir con la cabeza, sin dejar de sonreír con picardía.

—No, no, no. No me gusta tu hermano. Nunca. Ni en mil años —continué negando su afirmación.

Su sonrisa se ensanchó, hizo un gesto con la boca y fingió que se besaba con alguien.

—¡Matteo! ¡Déjalo! No me gusta. Eso es puro... puro... No lo sé, pero no me he enamorado de ese idiota arrogante, ¿vale?

Levantó las cejas con escepticismo y me miró provocativamente.

—¡Oh, cállate!

Me levanté, molesta, y corrí de nuevo a la cocina. Matteo, ese bribón. Sacudí la cabeza para mis adentros.

No estaba enamorada de Alessandro y nunca lo estaría.

¿Y qué fue lo de ayer?

Me recordó mi voz interior discapacitada.

Eso fue puramente físico, me dije.

Y, sin embargo, estaba jodida.

Alessandro me trajo aquí contra mi voluntad y desterró a mis hermanos. Y sin embargo... sin embargo había algo en él que me atraía. Una breve punzada recorrió mi corazón al pensar en Travis y Jonathan.

Alessandro había venido a quitarles la vida a ambos.

Pero no lo había hecho. ¿Y si hubieran enviado a otro hombre en lugar de Alessandro? Entonces ciertamente ya no estaríamos entre los vivos.

Por primera vez, cuando pensaba en mi destino, ya no me parecía tan malo. Mis hermanos estaban vivos.

Estaba vivo y mientras trabajara para los Santoro, debían tener paciencia. Algunos más que otros.

Estaba comiendo una manzana cuando la puerta se abrió y mis pensamientos anteriores se desvanecieron en el aire. Como una niña emocionada, corrí hacia Jay.

—¿Dónde están las cosas? —pregunté inmediatamente.

—Me alegro de verte también Meg.

Puse los ojos en blanco con una sonrisa y me entregó la bolsa.

—¡Sois el mejor! Gracias. —Rápidamente le pellizqué la mejilla y subí corriendo las escaleras hacia mi habitación como una desquiciada.

Vayamos al grano.

Me puse uno de los pantis de Victoria Secrets, me tapé el cuerpo con un albornoz, cogí el teléfono de Hello Kitty que me había traído Jay, una revista y me metí rápidamente en la habitación de Alessandro.

Ahora sólo era cuestión de esperar.

Capítulo 14

Me había quitado el albornoz y estaba tumbada en la cama de Alessandro, mientras tanto cogía el teléfono de Hello Kitty en la mano y miraba a ver qué funciones tenía.

Sonriendo, subí el volumen al máximo y puse el teléfono bajo la manta para poder pulsar discretamente para que sonara. Cuando todo estaba preparado, me puse boca abajo y cogí la revista para leerla mientras esperaba.

Al cabo de unos minutos ya podía oír la voz de Alessandro mientras discutía con Renzo en italiano. Pensé en lo maravilloso que sería poder entenderlos, pues de seguro revelarían cosas importantes.

El resonar de sus firmes pasos me volvió a la realidad y contuve la respiración cuando eché un vistazo hacia la puerta y pude ver la sombra que se posaba justo en frente. En ese momento, ya no me sentía tan tranquila, solté el aire despacio y comencé a contar para calmarme.

—Puedes hacerlo, Meg. Estás tranquila, estás calmada y te vas a vengar de ese idiota.

Alessandro abrió la puerta y cuando me vio tumbada en su cama se sorprendió, parpadeó confundido. Pero después de pasada la impresión, su mirada se deslizó por mi cuerpo, una sonrisa se adueñó de sus labios y fue tan genuina que mi corazón comenzó a latir desbocado, porque el muy tonto tenía una hermosa sonrisa.

—¿Princesa? —se preguntó incrédulo.

La lujuria era claramente visible en sus expresiones faciales, lo que hizo que mi corazón latiera más rápido. Caminaba elegantemente como un depredador hacia mí y yo me sentía como su presa, mi cuerpo comenzó a temblar y en ese momento, ya no estaba tan segura de estar realmente calmada. Me tragué el nudo en la garganta cuando se acercó y se inclinó sobre mí.

Sus dos piernas estaban a mis lados y se apoyaba en sus manos mientras esparcía ligeros besos por mi hombro y mi cuello. Meneé un poco mi trasero para provocarlo aún más, lo escuché gruñir algo en italiano; lo que me hizo sonreír, así que, para echarle más leña al fuego, lo miré por encima del hombro y le guiñé un ojo.

Sus ojos estaban llenos de deseo y pude ver que le gustaba mucho lo que veía. Todo mi cuerpo se electrizó cuando sus manos se deslizaron por mi espalda, hasta apoderarse de mis nalgas para apretarlas con posesión.

Supe que esa posición no me convenía porque le estaba dando todo el poder, así que me giré para quedar tumbada en la cama. Luego le rodeé el cuello con las manos y tiré de él hacia mí al tiempo que elevaba mis labios para ofrecérselos, usando mis armas de seducción.

Puso su boca sobre la mía y nuestros labios se movieron al unísono durante un largo rato, compartimos gemidos, jadeos y el sabor de nuestras bocas. Comenzó a besarme en el pliegue del cuello y sí que sabía cómo hacerlo, porque cada vez estaba más excitada, mis piernas lo envolvieron y sentí que su miembro se ponía rígido.

Tuve que hacer un esfuerzo abismal para no dejarme llevar por la pasión, debía seguir mi plan, ahora era el momento de tomar la delantera.

Nos di la vuelta para que él estuviera abajo y yo encima; mecí mis caderas contra su erección y él dejó escapar un gemido, que inmediatamente disparó el calor en mi interior. Casi pierdo una vez el rumbo de mi plan, pero solo fueron segundos y volví a concentrarme, lo besé de nuevo

mientras lentamente le quitaba la camisa, manteniendo el contacto visual.

Cuando se quedó con el pecho desnudo, empecé a besarlo hasta la cintura de los vaqueros, y su cuerpo vibró bajo mis labios. Me detuve en su cintura y lo miré para ver su reacción. Se mordió el labio inferior, lo que me dio un pequeño empujón al ego.

Con una lentitud agonizante, le bajé la cremallera de los vaqueros y se los bajé. Sus calzoncillos, por lo demás algo holgados, estaban ahora ajustados debido a su monstruoso miembro completamente erecto.

Mierda... Mierda... ¡Concéntrate, Megan!

Me senté de nuevo sobre él y nos volvimos a besar. Su lengua exploró hambrienta mi boca y gimió dentro del beso mientras me agarraba el culo. Antes de que las cosas se calentaran aún más y no pudiera contenerme, pulsé discretamente el teléfono junto a él. Empezó a sonar con fuerza y yo interrumpí el beso para «contestar.»

Me miró con las cejas juntas y la confusión en su cara casi me hizo reír, pero me contuve y empecé a hablar por teléfono de manera muy teatral.

—¿Sí? Oh, vale... está bien... ya está ahí. —Sin explicarle nada, me levanté y me puse rápidamente el albornoz.

Perplejo, me miró con los labios ligeramente separados, luego parpadeó para salir de su asombro.

—Lo siento, tengo que irme, es importante —dije con una sonrisa, aunque en realidad deseaba carcajearme. Con un último guiño, caminé de prisa y cerré la puerta.

—¡Megan! —gritó enfadado mientras bajaba las escaleras. Corrió detrás de mí, sujetando su miembro con fuerza—. ¡No puedes dejarme aquí con las bolas azules!

Empecé a reírme histéricamente y corrí más hacia la sala de estar alrededor de la gran mesa del comedor. Alessandro entró en la habitación como un animal salvaje y se detuvo al otro lado de la mesa.

—Ven aquí ahora mismo. —Su voz se había vuelto amenazadoramente tranquila. No paraba de reírme.

—¿Y si no puedo? Dudo que puedas correr lejos... —miré hacia abajo y luego hacia arriba—. Mucho menos con esa erección.

Entonces me apresuré a rodear la mesa. Estaba a pocos pasos, así que me asusté y empecé a chillar mientras seguía corriendo por mi vida.

La puerta principal se abrió y me dirigí hacia Jay. Al principio parecía perplejo antes de echarse rápidamente a un lado. Le oí murmurar «¿Qué coño?» mientras pasaba a toda velocidad junto a él y salía por la puerta.

Cuando estuve lo suficientemente lejos y ya no pude oír los pasos de Alessandro, me detuve para tomar aire. Ya se había detenido y se pasó una mano estresada por el pelo, luego me miró por última vez antes de entrar.

Maldita sea, Alessandro debe haber tenido una gran fe en mí si me dejó allí sola. Mi mirada estudió el entorno. Árboles, árboles y más putos árboles.

Bien, así que bastante menos confianza que el saber que no llegaría muy lejos si intentara escapar; eso se llevó una parte de la alegría que sentía.

Esperé un rato más antes de entrar sigilosamente en la casa y arrastrarme hasta mi habitación, cerré la puerta con seguro y después me metí al baño. Descubrí con algo de vergüenza que el panty estaba húmedo; obviamente el juego sexual me había excitado, sin embargo, logré mi venganza y eso me hizo muy feliz.

Bajé al salón a la hora de la cena, cuando llegué lo que primero que vio fue a Alessandro,

estaba sentado, cabreado y también vestido. Me observó con una mirada asesina mientras me sentaba en el sofá junto a Matteo con una sonrisa triunfal.

Punto para mí.

Capítulo 15

Volví a mirar a Alessandro, que llevaba dos horas ignorándome.

Parece que alguien se ha cabreado...

Sonreí para mis adentros al pensar en su reacción.

—¿Jugamos al Monopolio? —les pregunté a los chicos mientras nos sentábamos aburridos en el sofá.

—¿Desde cuándo tenemos Monopolio? —fue la contra pregunta de Renzo.

—Jay me lo ha comprado hoy —dije contenta y pellizqué la mejilla de Jay a mi lado.

Era demasiado lindo, como un pequeño bebé. Bueno, por lo menos se había convertido en algo lindo.

—No hagas eso —murmuró molesto y frunció el ceño, pero eso lo hizo aún más lindo.

—Aww mi dulce Jay... Jay —le provoqué.

Intentó reprimir una sonrisa, lo que a su vez me hizo sonreír. Sentí que alguien me miraba fijamente y me volví hacia Alessandro. La mirada que nos echó a Jay y a mí podría haber matado.

—¿Así que ahora jugamos? —pregunté, mirando a Renzo para evitar la mirada de Alessandro.

—Claro, por qué no.

Empezamos a jugar. Sin Alessandro, por supuesto, se levantó y subió a su habitación, yo sonreí con malicia, ese comportamiento de niño malcriado me divertía.

—¡SÍ, PERRAS! Yo soy la ganadora y tú eres un LO-SER —grité triunfante y levanté los brazos. Matteo puso los ojos en blanco, divertido, mientras Renzo arrojaba con rabia la tabla de la mesa.

—¡Has hecho trampa! —reclamó.

—¡No es cierto en absoluto! ¡Jay-Jay di algo al respecto!

Me volví hacia él desafiante.

—Megan ganó limpiamente —me defendió Jay, aburrido.

—¡Mira! —Le saqué la lengua a Renzo.

—¡Puedes chuparme la polla con eso, tramposa!

—Eso, no lo has dicho ahora —amenacé, mirándole fijamente con una mirada intimidatoria.

Dio unos pasos hacia atrás y sólo entonces continuó hablando.

—Sí, lo he hecho.

Coño.

Sin pensarlo dos veces, lo atacué. Quería arañar su cara. Yo había ganado limpiamente, ¡él sólo era un pésimo jugador!

Jay me sujetó por la cintura.

—Es suficiente, felina —trató de tranquilizarme.

—¡No, tengo que defender mi honor, Jay! Deja que le saque los ojos —grité, intentando zafarme.

Oí a Jay exhalar con fastidio y unos segundos después me había echado al hombro y me llevaba arriba.

—¡Bájame! ¡Jay!

Me eché a reír cuando me hizo cosquillas en el costado con una mano. Dios, las cosquillas eran la peor tortura.

De repente, la puerta de Alessandro se abrió y nos miró enfadado. Jay me puso lentamente a su lado y miró un poco ansioso a Alessandro.

—Voy a bajar ahora —dijo rápidamente y bajó literalmente corriendo las escaleras.

Me encogí de hombros, le miré y me volví hacia Alessandro, que seguía con cara de enfado. Le sonreí.

—Gané en el Monopolio —le informé.

Sin embargo, no contestó y cerró la puerta de su habitación.

—Bueno, no me envidies mi victoria.

Entré a mi habitación, bostezando, en verdad me sentía cansada por tanta tensión, carreras y risas. Me puse rápidamente unos pantalones cortos y una camiseta suelta y me fui a la cama.

No sabía qué hora era, pero no podía dormirme. Llevaba media eternidad dando vueltas en la cama. Algo faltaba, aunque me negaba siquiera a pensar en que fuese el cuerpo de Alessandro a mi lado.

Le di la vuelta a la almohada para poder dormir por el lado fresco, pero tampoco me sirvió de nada. Me quedé mirando la oscuridad y luego me levanté con decisión.

¿Dónde estaba Alessandro?

Siempre venía a dormir conmigo, ¿acaso seguía molesto y por eso no lo hizo esta noche? Las dudas me torturaban y sabía que no me dejaría dormir; resignándome a ser quien diera su brazo a torcer, suspiré y salí.

En silencio, corrí a la habitación de Alessandro y me metí a tuestas en la cama con él.

—Sabía que al final vendrías. —Su voz era más grave y áspera que de costumbre e involuntariamente se me puso la piel de gallina.

—Cállate —susurré, avergonzada.

Se rio brevemente, pero no dijo nada más.

Así que estaba acostado en la cama junto a Alessandro, pero todavía faltaba algo.

Alessandro estaba girado hacia mí con los ojos cerrados y dormido. ¿Por qué no puedo dormir finalmente?! Admiré por un momento su belleza a la luz de la luna, me sentí atraída por su magnetismo. Entonces me deslicé más cerca de él y me rodeó con su brazo.

Ah, mucho mejor.

Me acurruqué contra él y cerré los ojos. Cuando volví a levantar la vista brevemente, le vi con los párpados cerrados y una sonrisa en los labios.

Ese hijo de puta.

Así que había estado despierto todo el tiempo y no había dicho nada.

Capítulo 16

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó Alessandro con cansancio mientras me arrastraba fuera de la cama.

—Me voy a duchar —le contesté.

Una sonrisa se dibujó en su rostro.

—¿Qué tal si te hago compañía? —preguntó con picardía, levantándose hasta quedar sentado.

Me reí a carcajadas, pero su propuesta hizo que mi sexo se estremeciera, humedeciéndose también.

—¿Eso es lo que sueñas por las noches? —pregunté sarcásticamente.

—Eso y también cómo te acuestas debajo de mí mientras te follo fuertemente y gritas mi nombre cuando te hago correr —le respondió como si hablara del tiempo.

Mis mejillas se calentaron, así que rápidamente desvié la mirada, no quería que viera lo que sus palabras habían provocado en mi cuerpo, ya ansioso por sus caricias.

Maldita sea.

Ante mi reacción, se echó a reír al tiempo que deslizaba la mirada por mi cuerpo, fijándola en mis pezones erguidos.

Le miré mal antes de salir de su habitación.



Tras terminar de ducharme y vestirme, bajé a la cocina y me encontré con los hermanos, los saludé y después comencé a prepararme un café, como tenía hambre también me hice un emparedado. Matteo estaba escribiendo en su libro y Renzo sonreía a su teléfono móvil.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —le pregunté mientras me sentaba a su lado y empezaba a comer.

Me mostró la pantalla de su teléfono móvil y escupí la comida que tenía en la boca en una servilleta.

Me había mostrado una foto de una mujer desnuda metiéndose los dedos en la vagina y la boca. Al parecer alguna de sus conquistas le había enviado la imagen para hacerle una descarada invitación.

—Me das asco —le informé mientras me levantaba y entraba en el salón.

Dios, esa imagen se grabó a fuego en mi cerebro.

—Buenos días, Jay —le saludé y me senté a su lado.

—Buenos días, felina —respondió, lo que me hizo poner los ojos en blanco con una sonrisa.

¿No podía simplemente llamarme Meg?

La voz de Alessandro resonó en el salón.

—¡Megan!

Me levanté con un sobresalto y seguí su voz hasta el pasillo. Su pelo estaba todavía un poco húmedo y se estaba abotonando la camisa.

—¿Sí? —le pregunté confusa mientras me ponía delante de él.

—Vístete, vamos a comer fuera —respondió.

Sus palabras no dejaban lugar a discusión, así que entré a mi habitación y me puse un conjunto casual, me calcé unos zapatos de tacón alto y la chaqueta de cuero.

Y me refiero a que él había mencionado la «comida», no tenías ninguna objeción.

Nos sentamos en el coche y Baldy se puso en marcha.

Debería preguntar cuál es su verdadero nombre.

—¿Cómo se llama el tipo que nos lleva?

Alessandro me miró con desconfianza.

—¿Por qué? ¿Te gusta? —fue la contra pregunta en un tono duro.

Lo miré contrariada. ¿Qué fue todo eso?

Alessandro probablemente era bipolar o algo así.

—No, pero me gustaría saber su nombre, porque no quiero llamarle Calvo en caso de que pase una situación en la que mi vida esté en riesgo —respondí irritada.

Sus duros rasgos se suavizaron y asintió ligeramente.

—Su nombre es Roy.

—De acuerdo.

Y eso fue todo en la conversación. Durante el resto del viaje miré por la ventanilla los árboles que pasaban.

El coche se detuvo y Alessandro me cogió la mano, algo en mi pecho se estremeció cuando sentí su cálido toque, era seguro, reconfortante y me gustó mucho.

Un empleado nos abrió la puerta del elegante restaurante, apenas me echó un vistazo, luego enfocó toda su atención en Alessandro. Supongo que alguien les había prohibido mirar a las mujeres de los mafiosos; aunque yo no era una de ellas, pero seguramente era esa la impresión que daba en ese momento.

—Buenas tardes, señor Santoro. Por favor, acompáñenme, los llevaré a su mesa —dijo el empleado.

Alessandro asintió y seguimos al hombre hasta una mesa un poco apartada de las demás, toda la pared era de cristal y mostraba una hermosa vista de la ciudad.

—Un camarero estará con ustedes en un momento —nos informó antes de marcharse.

Miré el menú y pensé en lo que quería comer. Ya era mediodía y no había desayunado porque la fotografía de Renzo me había quitado el apetito.

Intenté descifrar lo que decía el menú, pero estaba todo en italiano. Así que simplemente me decidí por la lasaña, pues fue todo lo que pude entender.

Una camarera vino a nuestra mesa.

—Buenas tardes, ¿qué puedo ofrecerle hoy, señor Santoro? —habló mientras le lanzaba una mirada de coqueta y ni siquiera me prestaba atención.

—Lo de siempre para mí y una botella de Itynera. ¿Qué quieres, princesa? —Me miró con expresión interrogante.

—Lasaña —respondí con una sonrisa. La camarera se limitó a mirarme con displicencia mientras anotaba.

—¿Desea algo más, señor Santoro? —le preguntó a Alessandro con una sugerente sonrisa. Perra.

—Eso es todo por el momento —respondió con la misma sonrisa de ella.

—Perfecto, en breve les hago llegar su pedido y quedo atenta a cualquier otra cosa que desee.

—Gracias, Lucia —dijo Alessandro y le miró el culo mientras pasaba pavoneándose, sacando

el culo de más.

Los dos eran unos descarados, deberían intentar disimular un poco, ya que se suponía que yo estaba representando el papel de la «pareja» de Alessandro. Me enfureció que me humillara de esa manera y le di una patada a la pierna de Alessandro por debajo de la mesa.

Él respiró bruscamente y me miró sorprendido.

—¿Qué fue todo eso?! —resopló enojado.

Me encogí de hombros con indiferencia.

—No sé a qué te refieres —me hice la tonta.

Comenzó a sonreír.

—¿Mi princesa está celosa? —preguntó con suficiencia y una sonrisa que ensanchaba sus labios.

—En primer lugar, no soy tu princesa. En segundo lugar, no soy una mujer celosa y, en tercer lugar, eres tú el que casi pierde la cabeza solo porque quería saber el nombre del calvo —le reproché y luego me quedé mirando por la ventana con los brazos cruzados.

Como no dijo nada, me volví a dirigir a él. Se quedó sentado mirándome con una sonrisa mientras se rascaba ligeramente la barba.

Sonreí triunfante y después miré por el ventanal.

Poco después, la camarera vino de nuevo y colocó nuestra comida en la mesa.

Cuando sirvió el vino, estiró su escote frente a la cara de Alessandro y ¡él también miró! ¡Ese pajero!

¡Sabía lo cerca que estaba de mí!

Apreté los dientes con fuerza. Mientras la camarera me servía el vino, sonreía provocativamente. Esa asquerosa serpiente. Le devolví la sonrisa con una sonrisa falsa y luego volví la mirada a mi lasaña.

La camarera de la clase alta se fue después de desearnos buen provecho.

Alessandro se limitó a observarme divertido mientras yo descargaba mi ira sobre la deliciosa lasaña.

Lo ignoré durante toda la comida. Estaba enfadada y dolida y no tenía ni idea de por qué.

—Tienes un trabajo mañana —dijo de repente.

—Bien —dije y seguí comiendo.

¿Sólo me había llevado a comer para poder transmitir mejor el mensaje?

Sonríó y bebió de su vino, complacido con mi respuesta. Seguimos comiendo en silencio y la tensión entre nosotros era palpable. Cuando terminé la lasaña y el vino, me levanté.

—Te esperaré en el coche —hablé aún molesta por esa estúpida camarera y la reacción de Alessandro ante ella.

Avancé unos pasos mientras la bruja corría hacia Alessandro. Ella se inclinó y le susurró algo al oído, al muy miserable se le iluminó literalmente el rostro y también le susurró algo.

Ella se sonrojó, probablemente porque él le había dicho algo sucio al oído.

¡Maldito mujeriego!

Apreté las manos en puños y supe que lo que haría a continuación lo lamentaría. Sin embargo, volví a la mesa, cogí la botella que estaba un poco menos de la mitad y vertí el contenido sobre la perra.

Abrió la boca conmocionada y luego me miró sin palabras. Antes de que ella o Alessandro pudieran decir algo, corrí hacia el coche, me subí y cerré la puerta de golpe. Unos minutos después, un divertido Alessandro entró en el coche y se rio para sí mismo.

¡El pajillero también había disfrutado del espectáculo!

Le ignoré todo el camino y cada vez que quería decir algo, me tapaba los oídos. Lo sé, muy inmaduro de mi parte, pero no pude evitarlo; además, sigo siendo una chica joven.

En cuanto llegamos, salí del auto, tiré la puerta del choque y lo dejé atrás, me sentía tan enfadada que ni siquiera saludé a los chicos que estaban en el salón, solo los miré y casi corrí hasta las escaleras.

Todavía podía oír la risa de Alessandro mientras cerraba de un portazo la puerta de mi habitación. Me tiré en la cama y grité a la almohada con frustración.

¡Joder!

Me había puesto celosa.

La pregunta era ¿por qué? Me sentía frustrada, confundida y estaba al borde las lágrimas.

∞∞∞∞

Esa noche, Alessandro entró en mi habitación y se acostó a mi lado. De inmediato me desplazé hasta el frente para que me dejara en paz.

—Princesa —habló y se escuchó una sonrisa.

Seguí ignorándolo. Que se joda.

Me rodeó con su brazo y me atrajo hacia su pecho.

—¡Suéltame! —le reocriminé con rabia e intenté levantarme de la cama—. No te vayas, princesa, sabes que te atraen mágicamente mis brazos —me contesté.

Tuve que reprimir la risa, la frase había sido tan mala que hasta sonó graciosa.

—Cállate y vete a abrazar a tu estúpida camarera —dije e intenté zafarme de su agarre, pero era demasiado fuerte. Se echó a reír.

—Mi princesa está celosa —susurró en mi cuello, riendo—. Te confieso algo... Eres la única con la que quiero acurrucarme —dijo y me besó detrás de la oreja.

—«Tu princesa» —lo imité con sarcasmo, estaba furiosa—. ¿Qué se supone que significa esa mierda? Y hoy en el restaurante, no lo parecía, Alessandro; por el contrario, estabas coqueteando descaradamente con esa zorra —continué refunfuñando.

Dios, sonaba como una novia celosa, pero no podía callarme.

¡¿Qué había entre él y yo?!

Volvió a reírse, lo que me ponía más furiosa.

—Eres mi princesa, lo digo en serio, Meg y créeme que nunca habría tenido nada con ella —respondió y se acurrucó más cerca de mí.

—¡Por supuesto! Yo tampoco haría nada con Zayn Malik si tuviera la oportunidad. ¿Por qué no admites que quieres follártela? Te vi susurrándole al oído y la muy estúpida se sonrojó como una chiquilla —le dije molesta y una vez más quise escapar de sus brazos.

—Princesa —suspiró antes de continuar—. Le dije que ya había encontrado a mi chica y que no estaba interesado en ella. Por eso se sonrojó de rabia y vergüenza —explicó.

Oh...

Oh...

OH.

Entonces, probablemente había vació la botella sobre la mujer para nada...

—Y la única mujer con la que quiero acostarme es contigo —concluyó su discurso y luego me besó en el hombro.

Gracias a Dios que no me vio la cara porque probablemente me veía como un tomate.

—Bien —dije escuetamente.
Sonrió a mi hombro y lo besó de nuevo.

Capítulo 17

—Es un catering privado y habrá guardias por todas partes. Basil nunca sale sin guardaespaldas. Así que tu trabajo es sacarlo de la sala y acompañarlo a su casa. Roy, Pascal y yo estaremos esperando allí —explicó Jay, lo que me hizo tragar el nudo en la garganta.

Esta vez incluso tendré que ir a casa con un hombre, que de seguro será muy peligroso y desconfiado.

Jay vio mi cara de preocupación.

—No te preocupes, felina. Alessandro y Renzo estarán esperando en la salida e intervendrán si algo va mal. El único lugar en el que estarás sola será en el salón de baile y durante el trayecto en coche —intentó tranquilizarme. Asentí con la cabeza, pero la sensación de malestar en el estómago no desapareció.

Sólo esperaba que todo saliera bien.

Laura me entregó un paquete donde estaba el vestido que llevaría esta noche. Solo la había visto en dos ocasiones y era muy poco lo que conversábamos, supongo que eso se debía a que su única labor es de la Personal Shoooper.

Lo saqué del embalaje negro y me quedé sorprendida. El vestido era largo y de un impactante tono rojo que me dejó deslumbrada, era elegante y la tela era un sueño, caía tan suavemente que parecía deslizarse por mis dedos.



Una hora después estaba sentada en el tocador, me estaba pintando los labios de rojo cuando Alessandro entró en la habitación. Se puso detrás de mí, buscó mi mirada en el espejo y me puso las manos en los hombros.

—¿Nerviosa? —me preguntó suavemente.

Era extraño oírle hablar en voz tan baja; casi podía jurar que había algo de ternura en su voz y eso hizo que algo revoloteara en mi interior.

Quise ponerme de pie y abrazarlo, pues sabía que en sus brazos no me sucedería. Sacudí la cabeza para ahuyentar al miedo y me mostré valiente frente a él, aunque estaba más que nerviosa.

—Te espero abajo. —Sonrió para brindarme confianza y me besó la mejilla largamente.

Mi corazón dio un salto mientras asentía y luego me recogía el pelo. Una última comprobación frente al espejo y bajé las escaleras.

Alessandro me miró de arriba abajo y comenzó a sonreír. Un cálido escalofrío recorrió mi columna vertebral al ver su mirada.

—Estás impresionante —comentó Jay con una sonrisa.

Le devolví la sonrisa con las mejillas enrojecidas. Pero antes de que pudiera decir nada, Alessandro vino a mi lado y me rodeó la cintura con su brazo.

—Lo está, ahora sal de aquí —dijo de repente con dureza y Jay obedeció sin pestañear.

—¿Está celoso mi pequeño Alessandro? —le pregunté provocativamente, tal y como me

había preguntado ayer durante el almuerzo.

Se inclinó hacia delante y respiró contra mi oído.

—Sí y mucho —luego me mordió ligeramente el lóbulo de la oreja y me miró con una sonrisa cuando vio mis mejillas rojas y mi boca ligeramente abierta.

Este idiota, se complace en provocarme.

—¿Vamos princesa?

Me limité a asentir con la cabeza, sin confiar en mi voz en ese momento, sentía que un nudo me apretaba la garganta. Él me puso la mano en la espalda y caminamos hacia la puerta, no me soltó hasta que subí al coche.

Mis piernas temblaban, a medida que pasaban los minutos, me iba sintiendo cada vez más nerviosa, pero intentaba esconderlo. Sin embargo, cuando llegamos al lugar de la fiesta, un miedo atroz se desató en mi interior, inhalé y exhalé profundamente para calmarme, pero mi cuerpo se volvió tembloroso y me paralicé.

Dios, me voy a morir... pensé, cerrando los ojos.

Alessandro me miró con preocupación, me tomó de las manos y pegó su frente a la mía.

—Puedes hacerlo, princesa. Nosotros esperaremos aquí frente a la entrada y cuando estés en el coche, te seguiremos. No te pasará nada —me aseguró—. Y no olvides que eres Anastasia Gold.

Asentí y salí, aunque mi subconsciente se resistió. Me acerqué a la entrada con una sonrisa. El tipo de seguridad me revisó antes de preguntar mi nombre.

—Anastasia Gold —dije con una sonrisa. Miró su lista y luego volvió a levantar la vista. Se limitó a asentir con la cabeza antes de dar un paso a un lado.

Caminé hacia el salón de baile y miré a mi alrededor hasta que vi a Basil. Era fácil de reconocer por el parche en el ojo. Jay me había contado que había perdido el ojo derecho en una pelea con Lorenzo.

Estaba sentado en una mesa con varios guardaespaldas.

¡Mierda!

¿Cómo iba a atraerlo, por favor?

Finalmente, me dirigí a una mesa que estaba frente a Basil. Dos hombres y una mujer ya estaban sentados en la mesa. Sonreí amablemente a la mujer y ella me devolvió la sonrisa.

—¿Os importa que me siente aquí? —pregunté, dirigiéndome a los tres.

—No, no, siéntate, cariño —me contestó amablemente la mujer y yo me senté agradecida con ellos.

Mi mirada se desvió hacia Basil y nuestros ojos se cruzaron. Su mirada recorrió todo mi cuerpo antes de volver a levantar la vista y sonreír. Le sonreí y luego desvié la mirada, mostrando interés, pero no demasiado para que no le resultara sospechoso.

Nos sirvieron aperitivos mientras un hombre estaba en el escenario. Parecía importante.

—Me gustaría hacer un brindis. Por favor, levanten sus copas en honor a mi querido amigo Basil Karagiannis.

Nos dieron las copas de champán y el hombre del escenario siguió hablando, pero yo no escuchaba, sino que mantenía el contacto visual con Basil. De repente, todos empezaron a aplaudir y él subió al escenario.

—Gracias por el discurso, Marques. Y gracias por venir en tan gran número. Me complace anunciar que la empresa A.G. tiene ahora sucursales en tres de las más importantes capitales de Europa. —Mientras daba el discurso, me miraba de vez en cuando.

¡Sí, lo tenía enganchado!

—Y ahora disfruta de la noche y de la deliciosa comida.

El público volvió a aplaudir y Basil caminó hacia su mesa. Me hizo un rápido guiño antes de sentarse. Comí un poco de la ensalada para no llamar la atención, pero mi estómago se contrajo porque estaba muy tenso.

Por favor, querido Dios, deja que todo vaya bien...

Después de la comida, un grupo musical se encargó de amenizar la velada. Cuando me volví hacia Basil, ya se había levantado y caminaba en mi dirección.

Santo cielo.

—¿Me concedes el honor y bailas conmigo? —me preguntó amablemente, tendiéndome la mano.

Puse la mía en la suya con una sonrisa.

—Me encantaría —mentí.

Joder, ahora empezaría.

Me tiró a la pista de baile y puso sus manos en la parte baja de mi espalda. Mientras nos movíamos lentamente al ritmo de la música, empezó a hablar.

—¿Cómo te llamas, querida? —preguntó encantado.

—Anastasia Gold —revelé mi nombre falso.

—Anastasia Gold —repitió mi nombre, lo probó en su lengua—. Supongo que ya conoces mi nombre —dijo con una sonrisa.

Solté una breve risa falsa y le miré la cara más de cerca. Era guapo, aunque el parche en el ojo diera una sensación de pirata y me resultara algo intimidante.

—¿Está usted soltera, señorita Gold?

Asentí con la cabeza.

—¿Y usted, señor Karagiannis? —tuve la autoridad de preguntar.

Ahora se rio brevemente.

—No soy un tipo de relaciones a largo plazo, más bien de una noche —dijo con picardía y sonrió.

—Pues entonces, menos mal que tengo el mismo interés —respondí insinuante, mirando sus labios de forma ostensible antes de volver a mirarle a los ojos, o mejor dicho, a la vista.

Su sonrisa se amplió.

—Bueno, entonces podríamos básicamente dejar hasta aquí la velada e irnos a otro lugar... —fue al grano. El tipo estaba definitivamente sediento.

Asentí con la cabeza y le miré seductoramente.

—Me resulta un plan más atractivo.

Maldición, eso fue fácil.

Me cogió de la mano y tiró de mí en otra dirección en lugar de la salida por donde me esperaban los Santoro.

—Señor Karagiannis, la salida está en la otra dirección —dije nerviosa y me detuve. Se volvió hacia mí.

—Vamos a salir por la puerta trasera, querida.

Se me secó la boca mientras, lenta pero inexorablemente, entraba en pánico.

—¿Por qué? —pregunté con una sonrisa falsa, queriendo salir corriendo.

No contestó y, en cambio, tiró de mí. Intenté soltarme de su agarre, pero sólo lo apretó más. Mi corazón comenzó a latir anormalmente rápido.

¡Mierda!

En cuanto estuvimos fuera, me empujó contra una pared y empezó a besarme de manera

brusca, al tiempo que intentaba desabrocharme el vestido.

—¡No hagas eso! Aquí no —le grité con voz temblorosa e intenté apartarlo de mí.

Con un rápido movimiento sacó una pistola y me la puso en la frente. Sentí el metal frío y todo mi cuerpo se estremeció, los ojos se me llenaron de lágrimas y en todo lo que pude pensar en que no saldría viva de ese callejón.

—¿Crees que soy tan estúpido?! ¿Crees que no sé qué eres parte de una trampa que desean tenderme?!

—No sé de qué estás hablando —me hice la tonta.

—¡Corta el rollo! —me gritó más fuerte.

Me apretó aún más contra la pared para que todos los golpes de ella se clavaran en mi espalda. Entonces me subió el vestido con fuerza y pasó su mano por debajo.

—¡Para! —ordené, pero no pude reprimir el temblor en mi tono.

Se rio sin humor y su único ojo me miraba furioso.

—Voy a follarte hasta que me corra dentro de ti y después te golpearé contra esta pared antes de volarte los sesos —me amenazó, mirándome a los ojos.

Su mano se acercó a mi vagina, pero yo apreté las piernas lo más que pude. Él se enfureció y tiró con violencia de mi braga para arrancarla. Por reflejo le di una patada en las pelotas y conseguí que me liberara durante unos segundos, mientras se llevaba las manos a la parte afectada.

Lo empujé con todas mis fuerzas y aproveché para escapar, mi corazón latía aún más rápido contra mi pecho mientras la adrenalina recorría mi cuerpo. Empecé a gritar mientras avanzaba por el callejón tan rápido como el temblor de mis piernas y los zapatos de tacón alto me lo permitían, pero apenas había avanzado algunos metros cuando me agarró por el pelo y me tiró hacia atrás.

—Bueno, entonces haremos de lo de volarte los sesos por delante y luego te follaré —me espetó al oído.

—¡ALESSANDRO! —grité con pánico.

Mi voz salió tan fuerte que era un milagro que Basil no estuviera sangrando por los oídos. Me tiró del pelo aún más fuerte y volví a gritar.

—¡Por favor, ayúdame!

—Así que trabajas para los Santoro —afirmó en un siseo cerca de mi rostro.

Yo solo lo miré con una mezcla de terror y de odio, pero no le di respuesta, supongo que no hacía falta, ya me había delatado y sabía que, si no llegaban a ayudarme, me esperaba una muerte espantosa.

Oímos unos pasos firmes que se acercaban a paso rápido, poco después Alessandro y Renzo estaban frente a nosotros con sus armas apuntando a Basil. Por un instante me sentía aliviada y creí que sería salvada, pero luego el mafioso griego apretó aún más su pistola contra mi sien, mientras que una sola lágrima rodaba por mi mejilla.

Sabía que algo malo iba a pasar hoy, no debía aceptar este encargo, pero ahora era muy tarde para arrepentirme.

—¡Bajad las armas o está muerta! —amenazó Basil a los dos, mientras me pegaba más a él.

Renzo y Alessandro intercambiaron miradas algo dubitativas, pero también miraron con miedo e ira a Basil.

—¡Largo de aquí ahora, o le volaré los sesos a esta perra! —gritó Basil con impaciencia y los dos bajaron lentamente sus armas al suelo.

Pero antes de que Alessandro bajara del todo su arma, disparó inesperadamente a la pierna de

Basil, que me soltó con dolor. Sin pensarlo, empujé a Basil y corrí hacia Renzo mientras Alessandro le disparaba por segunda vez, esta vez dándole en el pecho.

Basil cayó al suelo con un grito ahogado, mientras que el impacto de su cuerpo resonó en el callejón.

Todo mi cuerpo se estremeció cuando finalmente rompí a llorar en los brazos de Renzo. Me acarició la espalda de forma reconfortante, pero eso no sirvió de mucho, sino que mi llanto se hizo más fuerte.

—Dámela —le instó Alessandro.

Renzo separó lentamente mis brazos de él y me pasó a los de Alessandro, que luego me levantó y me llevó cargada. Sollozaba incontroladamente contra su pecho. Estaba demasiado conmovida, esto era demasiado para mí.

En el coche, Alessandro me sentó en su regazo y me besó la parte superior de la cabeza mientras me arrullaba para consolarme, yo solo me apoyaba en su hombro mientras luchaba con las imágenes de todo lo vivido.

¿Qué no daría ahora para volver con mis hermanos?

Capítulo 18

—¿Te sientes mejor? —me preguntó Alessandro suavemente, apartando un mechón de pelo de mi cara. Asentí ligeramente con la cabeza.

Seguíamos tumbados en la cama de Alessandro y mi cabeza estaba sobre su brazo. Él no se había separado de mí ni un solo momento, bueno solo cuando entré al baño y le pedí que me dejara sola; necesitaba quitarme la sensación de las manos de Basil recorriendo mi cuerpo.

En ese momento todo lo ocurrido cayó sobre mí y me aplastó, acabé tirada en el suelo de la ducha, mientras lloraba y el agua caliente casi escocía mi piel. No supe cuánto tiempo estuve allí, pero cuando fui consciente de mi realidad nuevamente, sentí que los brazos de Alessandro me envolvían y me ayudaba a levantarme.

Estaba completamente desnuda delante de él, pero no dejó de mirarme a los ojos ni un solo instante, cerró la llave del agua que nos había empapado a los dos, me envolvió en un albornoz y me sentó con cuidado al borde la cama. Luego comenzó a secar mi cabello con una toalla, mientras me repetía una y otra vez que estaba a salvo.

Después de un rato, me puso un camisón de seda que estaba entre las prendas que no había usado del armario, en medio de mi estado de shock ni siquiera me preocupé por cubrirme el cuerpo. Aunque no hizo falta, porque Alessandro en ningún momento intentó aprovecharme de mi vulnerabilidad, solo estaba cuidando de mí.

Me llevó hasta su habitación y me acostó en medio de su cama, cubriéndome con las cobijas, luego se cambió de ropa y minutos después estaba acostado a mi lado, envolviéndome con sus fuertes brazos para brindarme consuelo y calor, mientras yo me refugiaba en su pecho.

—¿No tienes hambre?

Su pregunta me sacó de mis recuerdos y me trajo a la realidad. Ya era la una de la tarde y no nos habíamos levantado; la verdad no quería salir de ese espacio seguro.

—Sí, pero no quiero levantarme —respondí en voz baja. Sonrió y apartó el brazo para que mi cabeza cayera sobre la almohada—. ¡Oye! —me quejé con una mirada de cachorro.

Sólo sonrió, me dio un beso en la mejilla y luego se estiró dejando ver toda su altura.

—Te traeré algo de comer, princesa —me dijo y salió de la habitación

Sonreí para mis adentros mientras mi vientre empezaba a cosquillear y el calor se extendía por todo mi cuerpo. De repente me di cuenta de lo que significaba y mis ojos se abrieron de par en par.

Joder.

Acaso, yo, Megan Lewis, me había enamorado de Alessandro Santoro, el hombre que había desterrado a mis hermanos y me había secuestrado.

Sacudí la cabeza con fuerza.

¡No, no, no!

¿Qué demonios me pasa? Debería odiarlo y desear escapar de este lugar, pero no podía hacer nada de eso. Había sido amable conmigo la mayor parte del tiempo y me había cuidado.

Bueno, así es como se define «agradable» y «cariñoso»

Exhalé con frustración. No podía enamorarme.

Probablemente sufría del síndrome de Estocolmo.

Pensé en Travis y Jonathan.

Me pregunto qué harían. Dios, esos dos me matarían si supieran que he desarrollado sentimientos por su enemigo.

O peor aún, me internarían en un psiquiátrico.

Mis pensamientos fueron interrumpidos por Alessandro. Se acercó a la cama con una bandeja de desayuno, pero lo que traía era dos platos de pasta carbonara que olía delicioso, junto a un par de copas de vino la puso a mi lado y le sonreí agradecida.

¿Ves? Era agradable. Me dijo mi subconsciente. Y eso aún no era razón para estas malditas mariposas en mi estómago. ¿Había alguna forma de vomitarlos o algo así?

Mientras comíamos me observaba y de vez en cuando compartíamos sonrisas. Creo que era la manera de evitar hablar de lo sucedido la noche anterior, fingir como si nada hubiese ocurrido.

—Deberías empacar tus cosas. Saldremos de casa por la mañana —dijo mientras terminaba su plato.

Yo me atraganté con el vino y casi lo escupo, luego de escuchar sus palabras, ¿cómo que nos vamos? ¿A dónde?

—¿Por qué? —pregunté, confundida.

—Nuestro trabajo se hace aquí para poder ir a nuestra otra casa, donde realmente vivimos —explicó, pero sin entrar en muchos detalles.

Asentí lentamente con la cabeza antes de seguir comiendo, lo que hice de manera mecánica, pues mis pensamientos ahora estaban enfocados en lo que me había dicho. Una vez más comencé a sentir miedo.

—Cuando termines, me gustaría llevarte fuera.

—¿En una cita? —me hice eco con diversión y levantando las cejas.

Me miró con cara de póker.

—No tengo citas.

Me encogí de hombros.

—Si tú lo dices.

Esta vez nos subimos al Lamborghini Aventador de Alessandro, en lugar del todoterreno.

—Entonces, ¿a dónde vamos en nuestra cita? —pregunté sólo para molestar a Alessandro.

—Esto no es una cita. Primero iremos a comprarte algo de ropa, luego comeremos algo y después ya veremos —suspiró molesto.

—Hmm... eso parece una cita... —comenté con una sonrisa y miré por la ventana.

—Por última vez, Megan, esto no es una cita. Alessandro Santoro no tiene citas ¿Comprendes? —habló muy despacio.

Me limité a asentir divertida y a sonreír más ampliamente.

Paramos y Alessandro aparcó el coche. Estábamos en una calle comercial y las boutiques se alineaban.

Sonreí mientras miraba los escaparates. Después de que Alessandro se pusiera a mi lado, entramos en la primera tienda. Me maravillé con toda la ropa y corrí hacia adelante.

—Puedes tomar lo que quieras. Yo pagaré —dijo mientras se sentaba en el sofá.

—Aunque quisiera pagar por mi cuenta, no podría, porque no se me permitió llevar ninguna de mis tarjetas de crédito cuando me secuestraron —respondí con indiferencia.

Quiero decir, en algún momento te acostumbras a toda esta mierda del secuestro. ¿O era sólo yo?

Dios mío, ¿todavía estaba mentalmente estable?

Alessandro juntó las cejas.

—No te he secuestrado. Sólo amenacé a tus hermanos con la muerte y tú decidiste venir conmigo —se defendió.

—Porque eso también es mejor —murmuré poniendo los ojos en blanco y cogiendo un vestido con la mano.

Al cabo de un cuarto de hora, estaba en el probador con unos diez vestidos.

Y después de otros veinte minutos, nos plantamos en la caja con seis vestidos. Alessandro pagó y salimos.

—¿Ahora los zapatos? —me preguntó mientras llevaba las bolsas.

—Si insistes... —respondí como si no me hiciera ninguna gracia, pero finalmente no pude evitar sonreír para mis adentros.

Sacudió ligeramente la cabeza y entramos en la siguiente tienda, en la que tardamos unos cuarenta minutos, pues todos los zapatos eran tan hermosos, que no sabía por cual decidirme. Hasta que Alessandro ya exasperado, los escogió todos y pasó por la caja para pagar.

—¿Podemos comer algo? —preguntó, mirándome.

Miré a Alessandro, que se estaba frotando el abdomen.

¡Ay, cariño! A mí también me gustaría frotarlo.

Mis ojos se abrieron de par en par al pensar en ello.

¡Megan, contrólate, zorra!

Sacudí mi cabeza para despejarla y que las imágenes salieran de mi cerebro.

—Está bien —respondí finalmente, resistiendo el impulso de golpear mi cráneo contra la pared.

Pusimos las bolsas en el maletero antes de que Alessandro se fuera.

—¿Qué te apetece? —me preguntó, mirándome interrogativamente.

—No lo sé, tú decides —dije y cerré los ojos.

Me comería cualquier cosa en este momento. Nos detuvimos frente a un asador y entramos. Después de pedir, me dirigí a Alessandro.

—Hasta ahora es una cita muy agradable —le provoqué, con una sonrisa inocente.

Alessandro puso los ojos en blanco y exhaló molesto.

—No. es. una. Cita —enfaticó cada una de las palabras.

—Lo que sea, cariño —continué provocando.

—Si vuelves a llamar a esto una cita, te pondré sobre mis rodillas y te daré un par de azotes —me amenazó.

Pero fue una excitante amenaza... ¡Dios, Meg!

Apreté rápidamente las piernas y miré hacia abajo con las mejillas enrojecidas.

¡Estas malditas hormonas!

Querida Medusa deja de ser tan puta.

Gracias.

Y sí, llamé a mi sexo Medusa, por aquello de que quienes la miraban se pondrían como una piedra. En realidad, fue una broma de amigas adolescentes, pues hasta ahora no había comprobado eso.

Como no dije nada más, Alessandro empezó a sonreír.

Bien, 1:0 para el imbécil.

Trajerón la comida y empezamos a comer.

—¿Qué quieres hacer después? —pregunté, cortándome un trozo del filete.

—Podríamos ir a casa y retomar donde sonó tu teléfono de juguete —respondió con una sonrisa y tomó un sorbo de su cerveza.

—¿O podríamos ir al parque de atracciones? —sugerí rápidamente y bebí un poco de mi Coca-Cola con pánico. Maldita sea Meg, te pusiste a jugar con fuego y ahora le tienes miedo, aunque bueno mi idea nunca fue tener sexo con él, solo quería vengarme.

¿Podría dejar de hablar conmigo misma en mis pensamientos?! ¿Sería eso posible cerebro?

Alessandro me miró divertido.

—No te preocupes, te quitaré la virginidad en una ocasión especial —dijo despreocupadamente.

Me atraganté con mi bebida y escupí algo en mis vaqueros, lo que hizo que él empezara a reírse.

¿Cómo sabía que todavía era virgen?

Le miré sorprendida y con las mejillas rojas.

—Dios, eres tan linda —continuó riendo.

—¿Cómo sabes eso? —tartamudeé como una tonta.

Genial Meg, realmente genial.

—Lo sé todo sobre ti, princesa. Incluso que comes Chunky Monkey de Ben & Jerry's cuando estás con la regla —respondió con una sonrisa mientras yo me quedaba con la boca abierta.

—¿Qué? ¿De dónde? —pregunté, horrorizada.

Maldita sea, se estaba volviendo muy incómodo.

Sacudió la cabeza con una sonrisa mientras me miraba como si fuera una niña ingenua.

—Hice toda una investigación de antecedentes. ¿Crees que aceptaría a alguien bajo mi techo sin conocer hasta el más mínimo detalle de su vida?

Sacudí la cabeza, sin palabras.

—Así que come, y luego podemos ir a la feria —terminó.

Sin decir nada más, seguimos comiendo.

∞∞∞∞

—¡Oh, Dios mío! Mira.

Señalé con entusiasmo al enorme oso. Alessandro se volvió hacia el puesto de tiro y divisó el oso de peluche. Sin decir nada, me cogió de la mano y tiró de mí.

—Sostén esta, princesa. —Me entregó su manzana caramelizada y la sujeté con fuerza mientras me regodeaba como una niña pequeña.

Alessandro pagó a la mujer del puesto y la pistola de juguete se desbloqueó. Tenía que disparar a todos los conejos de plástico que pasaban por allí. Le admiré mientras los golpeaba todos sin fallar. Cuando terminó, se volvió hacia mí y me guiñó un ojo.

—Fácil —afirmó.

Pero en lugar de hacer un comentario sarcástico, me limité a sonreír.

Quiero decir, ¿hola? Gracias a él, estaba a punto de tener un oso enorme.

—Eres libre de elegir —dijo la mujer detrás del campo de tiro. Estaba tan aturdida como yo.

—Llevaré al oso enorme que está allí —le informé alegremente.

La mujer asintió y luego se lo dio al ganador mientras los presentes aplaudían. Alessandro me entregó el oso de peluche y llevada por la emoción le besé la mejilla.

—Cualquier cosa por mi princesa —dijo con una sonrisa y no pude evitar sonreír.

Alessandro tuvo que cargar con el oso el resto del camino hasta el coche porque se estaba volviendo demasiado pesado para mí. El oso era inmenso.

—Creo que llamaré al oso Edmund —le dije a Alessandro mientras conducíamos a casa.
Me miró como si tuviera una enfermedad mental.

Que supongo no sería extraño si tomamos en cuenta que me estaba enamorado de mi secuestrador.

—¿Por qué Edmund? Al menos podrías ponerle mi nombre, ya que lo gané para ti. O puedes llamarlo Megessandro —respondió.

Ahora lo miraba como si tuviera una enfermedad mental.

—¿Por qué, por el amor de Dios, Megessandro? —me hice eco, con las cejas juntas.

Empezó a sonreír.

—Pues son las siglas de Megan y Alessandro —me explicó, lo que me hizo reír, era demasiado bonito.

—Bien, entonces se llama Megessandro —acepté su sugerencia, que pareció hacer feliz a Alessandro, porque sonrió todo el camino a casa.

Cuando llegamos, Alessandro llevó el oso de gran tamaño y las bolsas a mi habitación. Jay, Renzo y Matteo me miraron impresionados.

—Parece que la pequeña Megan ha domado al lobo feroz —dijo Renzo, lo que me hizo poner los ojos en blanco con una sonrisa.

Sí, eso es lo que tenía, perras.

Subí corriendo las escaleras hacia mi lobo y me aclaré la garganta. Después de poner a Megessandro en la esquina de la cama, se volvió hacia mí.

Con pasos seguros corrí hacia él y le di un beso en la mejilla, luego lo miré a los ojos.

—Gracias, ha sido la mejor cita que he tenido —le dije al oído.

Gimió molesto.

—Esto no era una cita.

—Exactamente, y no me ganaste un oso de peluche de la feria —dije con ironía.

Capítulo 19

—¿Tienes todo? —me preguntó Jay.

Asentí con la cabeza y le vi cargar mis maletas y el Megessandro en el maletero del todoterreno. Estaba a punto de entrar en el coche cuando Alessandro me llamó.

—Princesa, ¿qué estás haciendo?

Le miré confundida.

—Me subo al coche —respondí con inseguridad, lo que le hizo negar con la cabeza.

—Roy, Jay y Pascal conducen el todoterreno, Renzo y Matteo el BMW y tú y yo mi Lambo —me informó.

Asentí con la cabeza y caminé a su lado para subir al coche. Nos fuimos, seguidos por Renzo y Jay que también estaban al volante.

—¿Y dónde está la casa en la que realmente vives?

—En las afueras de Los Ángeles —habló.

Asentí con la cabeza y encendí la radio. Sonaba «The Feeling» de Justin Bieber y me senté satisfecha.

—¿En serio? ¿Bieber? —dijo Alessandro mientras bajaba el volumen de la música. Me encogí de hombros.

—Es guapo y tiene talento —respondí con calma.

Alessandro se rio amargamente.

—¿Crees que es guapo? —preguntó, ligeramente enfadado, lo que me hizo sonreír.

—¿En serio estás celoso de una estrella que ni siquiera sabe que existo? —le pregunté divertido.

Se limitó a mirar convulsivamente la carretera.

—No.

Lástima que su mandíbula tensa y su apretado agarre al volante revelaran sus celos. Volví a subir el volumen de la música y miré por la ventana.

∞∞∞∞

Varias horas después, Alessandro entró en el autoservicio de McDonald's.

—¿Qué quieres? —me preguntó mientras esperábamos en la cola.

—Un menú McChicken —respondí con una sonrisa. ¿Qué puedo decir? Me encantó.

Asintió con la cabeza y cuando llegó nuestro turno ordenó.

—Un menú McChicken, un menú BigMac y un Happy Meal, con Coca-Cola, ketchup y patatas fritas en todo.

Le miré sorprendida.

—¿Por qué un Happy Meal?

—El juguete mola —respondió con indiferencia, encogiéndose de hombros.

Nos quedamos en completo silencio durante unos instantes hasta que empecé a reírme a carcajadas de forma que me dolía el estómago.

—¿Y se supone que eres uno de los líderes de las bandas más poderosas? De acuerdo —me reí, mientras Alessandro me lanzaba una mirada fulminante.

En cuanto tuvimos la comida, empecé a meterme la hamburguesa por la garganta. Sólo había tomado un café en todo el día y estaba medio muerta de hambre. Alessandro también mordió su hamburguesa y dirigió con una sola mano.

—Coca-Cola —dijo secamente y le puse el vaso con la pajita delante de los labios. Tomó unos sorbos y lo volví a poner en el portavasos.

Después de comer, metí toda la basura en una bolsa.

—¿Alessandro? —pregunté.

Asintió con la cabeza, pero no apartó los ojos de la carretera.

—¿Sabes dónde están mis hermanos? —pregunté un poco más tranquilo.

Me tragué el nudo en la garganta al hacer la pregunta. Los echaba tanto de menos que me dolía pensar en ellos. Alessandro me miró ahora.

—Están en Francia —respondió, mirando convulsivamente a la carretera, como si se sintiera incómodo al hablar de ello.

—¿Y están bien? —continué. Me dio un poco de miedo su respuesta.

—Por lo que sé, lo están... Supongo que mezclan bien en París —salió de él mientras me dedicaba una pequeña sonrisa.

—Bien —exhalé aliviada y una carga cayó de mi corazón.

Cuando llegamos, se me quedó la respiración en la garganta. Me volví hacia Alessandro.

—¿Llamas a esto una casa?! Es una puta mansión —dije asombrada. Ya había vivido en una villa, pero era tres veces más grande que la nuestra.

Se encogió de hombros tranquilamente y atravesamos la puerta. Poco después de entrar, llegaron los demás. Corrí a la fuente y metí la mano en el agua. Luego corrí hacia Alessandro y lo salpiqué con el agua.

—Princesa —me advirtió.

Sonreí y me dirigí al lado de Jay.

—Bueno, Jay-Jay, ¿qué tal el viaje? —empecé con una pequeña charla. Comenzó a sonreír.

—Estupendo, por fin he podido desconectar sin toda tu charla —respondió con una sonrisa.

Le miré con fingida indignación y le di una palmada en el brazo.

—¡Eh! Me amas. Admítelo —dije con una sonrisa.

Puso los ojos en blanco con una sonrisa, pero no respondió.

—¡Ja! ¡No lo has admitido! —le dije alegremente y le señalé la cara.

—No te hagas ilusiones, felina —contestó, aun sonriendo.

Dentro, Lorenzo nos saludó mientras Lorena me abrazaba con fuerza.

—Megan, mi pequeña, ¿cómo estás? ¿Tienes a Alessandro bajo control? —me bombardeó con preguntas.

Me eché a reír, aunque un poco tensa.

—Estoy bien y Alessandro es como un buen perrito faldero —respondí, lo cual no era del todo cierto, pero oye, se puede soñar. Literalmente, empezó a brillar.

—Me alegro de oírlo —dijo ella.

Mantuvimos alguna charla más hasta que Alessandro nos interrumpió.

—Lorena, si no te importa, me gustaría enseñarle la habitación a Megan —habló amablemente.

Vaya al parecer alguien tenía mucho respeto por Lorena.

Ella asintió.

—Por supuesto, Alessandro. Sé bueno con ella o no te dará ningún bebé y quiero ver a los pequeños Alessandro y Megan gateando por la casa —soltó como si hablara del tiempo, ante lo cual me puse del color de un tomate y aparté inmediatamente la mirada. Alessandro se limitó a reírse divertidamente.

—No te preocupes, pronto habrá aquí un pequeño equipo de fútbol gritando y arrastrándose por la casa —bromeó.

¿En serio, eso esperaba?

Ante su afirmación, me puse aún más rojo, si cabe.

—Eso espero —respondió Lorena, también riendo.

—¿Pueden mostrarme la habitación ahora, por favor? —los interrumpí a ambos antes de que pudieran seguir hablando de los bebés de Alessandro y los míos.

Lo que nunca ocurriría, debo añadir.

Alessandro sonrió.

—Bueno, ven con princesa —respondió y me llevó por las escaleras hasta que se detuvo frente a una puerta blanca.

Al entrar en la habitación no pude evitar sonreír al admirarla. El suelo era de mármol caro, los ventanales enormes, la vista impresionante, la cama king, el tocador con varios perfumes y maquillaje y el armario vestidor. ¿Puede alguien pellizcarme?

Me tiré en la cama.

—Es perfecto —comenté, exhalando con alegría.

—Es nuestra habitación, después de todo —Alessandro destruyó mi momento.

Le miré sorprendida.

—¿La nuestra?!

—Sí —respondió con una sonrisa mientras se tiraba a la cama.

Joder.

Miré al techo.

Por favor, que Dios me ayude.

Y por favor, Medusa, retrocede.

Capítulo 20

Me desperté y vi el espacio junto a mí vacío. Alessandro ya no estaba y, por alguna razón, eso me decepcionó un poco. Vale, hay que reconocer que no por cualquier motivo, el muy tonto me enamoró.

Travis, Jonathan... Por favor, perdóname.

¡Pero en realidad es tu maldita culpa que haya terminado aquí!

Dios, ¿qué me estaba pasando? Ya estaba empezando a hablar con mis hermanos en mi mente. Sacudiendo la cabeza, fui al baño y me preparé para el día hasta que llamaron a la puerta.

—Buenos días, señorita Lewis. El desayuno está listo abajo si quiere comer algo —me informó una señora bastante mayor.

Respondí con una sonrisa y un rápido movimiento de cabeza. Maldita sea, todo aquí había pasado de ser una pesadilla a un complejo de lujo.

Tenía una habitación bomba, compartía la cama con un hombre super apuesto que era miembro de una banda y me preparaban el desayuno. Lo único que faltaba era que Channing Tatum se desnudara para mí.

Seguí a la mujer hasta el comedor donde Lorena y Lorenzo estaban desayunando.

—Buenos días —saludé a ambos.

—Buenos días, Meg —dijo Lorena.

—Buenos días —añadió Lorenzo.

Me senté con ellos, tomé panecillos en mi plato y lo unté de mantequilla.

—¿Dónde están los chicos? —pregunté finalmente, dirigiéndome a Lorenzo.

—Tienes una misión —respondió brevemente. Asentí con la cabeza y seguí comiendo—. Mi sobrina y mi sobrino vienen de visita hoy —dijo Lorena con alegría, lo que me hizo sonreírle.

—Ya tengo ganas de conocerlos —respondí amigable.

¿Qué puedo decir? No había otra forma de hablar con Lorena. La mujer era un ángel.

Por fuera y, al parecer, también por dentro.

—Estoy segura de que les encantará —respondió, lo que me hizo sonreír aún más antes de dar un sorbo al café que me había traído la señora de servicio.

Después del almuerzo me fui a mi habitación y poco después llamaron a la puerta.

—¿Sí? —dije y Lorena entró con varias bolsas.

—Te compré algunas cosas cuando me enteré de que ibas a venir —me informó y no pude evitar sonreír.

¿Ves? Te digo que es un ángel.

—No tenías que hacer eso —dije amablemente.

Sacudió la cabeza.

—Estoy feliz de hacerlo, especialmente por la novia de Alessandro —escuché e inmediatamente el calor subió a mis mejillas.

—No estamos juntos en absoluto —respondí con inquietud.

Levantó las cejas, divertida.

—Deberías decírselo a Alessandro, que te presenta a todo el mundo como «su chica» —soltó. Mi corazón comenzó a latir más rápido.

—Sólo dice que... —fue todo lo que salió de mis labios.

Dios, ¡¿Alessandro sentía lo mismo?! ¡¿Estábamos los dos locos?!

Lorena se limitó a mirarme con una sonrisa cómplice.

—¿Y qué hay en las bolsas? —cambié de tema.

Sacó las cosas de la bolsa y lo miré todo. Bikinis, vaqueros, pantalones cortos, camisas, maquillaje y zapatos. Mis ojos se abrieron de par en par ante la multitud.

—No puedo aceptarlo, Lorena, debes haberte gastado una fortuna en ello —dije asombrado.

—Oh, Meg, si no quisiera hacerte un regalo, no lo habría hecho y como no tengo hijos tienes que aceptar los regalos —no dejó lugar a discusiones.

Sólo sonreí y le di las gracias.

Mientras guardaba la ropa en el armario, le hice a Lorena la pregunta que me interesaba desde hacía tiempo.

—¿Cómo es que tú y Lorenzo, no tenéis hijos?

El silencio.

El silencio.

Y más silencio.

Me alejé del armario y me senté junto a Lorena en la cama. Lágrimas corrieron por sus mejillas, mientras bajaba su rostro con vergüenza.

—Porque no puedo darle nada —dijo abatida.

Me tragué el nudo en la garganta. No solía ser una llorona, pero ver a Lorena así me dolía enormemente.

—Pero hay muchas otras formas de tener hijos gracias a la medicina actual —intenté animarla, lo que hizo que sonriera con tristeza.

—Llevamos años intentándolo todo. Pero ni siquiera la inseminación artificial podría ayudar —respondió.

—¿Has pensado en la adopción? —seguí intentando.

Ella asintió.

—Sí, varias veces, pero Lorenzo no sabe si puede querer a un niño que no es suyo.

Asentí en señal de comprensión y la tomé en mis brazos.

La puerta de la habitación se abrió y Alessandro entró.

—Oh, joder... ehm perdona si interrumpo —habló sorprendido al vernos y se disponía a marcharse de nuevo cuando Lorena se levantó.

—No, no pasa, de todas formas, tengo que preparar las habitaciones para Kelsey y Charlie —volvió a hablar en tono normal.

Salió de la habitación mientras Alessandro se sentaba a mi lado, me miró fijamente durante un minuto y finalmente se animó a hablar.

—¿Quieres decirme de qué estabas hablando? —me preguntó y negué con la cabeza.

—¿Quieres decirme cuándo me convertí en «tu chica»? —le pregunté con una sonrisa.

Al principio se quedó callado y pareció pensar por un momento.

—Desde que noqueaste a mis hombres en tu casa —me contestó, luego me dio un beso en la mejilla y sonrió ante mi asombro.

Se puso de pie y entró al baño, lo seguí con la mirada mientras parpadeaba, al mismo tiempo abría y cerraba mis labios, como intentando decir algo, pero ninguna palabra salió de mi boca; sin embargo, mi mente sí reaccionó.

¡SANTA MADRE DE DIOS!

Empecé a sonreír como una lunática y chillé contra una almohada. Mi corazón empezó a

palpitar como un loco y las mariposas en mi estómago se hicieron aún más prominentes. Este tipo sería mi muerte.

∞∞∞∞∞

Minutos después bajé las escaleras con mi permanente sonrisa mientras se abría la puerta y sólo se oían chillidos. Lorena y una chica de mi edad se abrazaron, Lorenzo y un chico no más de dos años mayor que la chica se saludaron con un firme apretón de manos.

—¿Quién es ella? —preguntó el chico con las cejas juntas al verme.

—Oh, ella es nuestra Megan —me presentó Lorena.

Me acerqué y estreché la mano de la chica.

—Puedes llamarme Meg —dijo. Ella sonrió.

—Soy Kelsey y este es mi hermano Charlie.

Charlie tomó mi mano entre las suyas y la besó.

¡¿Qué coño?!

Miré con los ojos abiertos a Lorena, que se rio de esto.

—Encantado de conocerte Megan —dijo con tono galante.

—Lo mismo digo —respondí con una sonrisa forzada mientras él seguía teniendo mi mano entre las suyas.

No tenía ni idea de qué hacer. Pero a mi rescate llegó Alessandro.

—Charlie, Kelsey —saludó a ambos con una inclinación de cabeza y se puso a mi lado—. Veo que ya conoces a mi novia —dijo con una gran sonrisa.

¿SU NOVIA?

Bien, Meg, cálmate.

No estáis juntos y no os vais a juntar, ¿entendido?

El tipo echó a tus hermanos del país... pero también podría haberlos matado, cosa que no hizo.

Charlie seguía sin soltarme la mano.

—¿Tu novia? —preguntó provocativamente, besando mi mano de nuevo.

Alessandro apretó los dientes.

—Sí mía y si no le sueltas la mano ahora tendré que romper la tuya —le amenazó y mis piernas se convirtieron en pudín.

Santo Macarrón.

La sonrisa de Charlie se amplió aún más, pero finalmente la soltó.

—¿Vamos al comedor? —Lorena interrumpió la guerra fría que había entre Alessandro y Charlie, lo que agradecí mucho.

Todos caminamos al comedor y nos sentamos.

Lo hice junto a Alessandro y Jay se sentó del otro lado, para escoltarme y evitar que se desatara la guerra en plena comida. Kelsey y Charlie se sentaron frente a nosotros.

—¿Y tú cómo estás Charlie? —le preguntó Jay. Él me miró primero a mí y luego a Alessandro.

—Me siento feliz ahora que he conocido a una mujer tan hermosa —dijo y volvió a mirarme mientras yo intentaba no reírme.

La mano de Alessandro se acercó a la mía y la sujetó con fuerza. Empecé a sonreír por sus celos, lo que Charlie debió entender mal y me guiñó un ojo. Alessandro me apretó la mano y yo

le devolví el apretón, al tiempo que le sonreí, haciéndole ver que todo estaba bien.

—Los celos no te sientan bien —le susurré al oído, atrayendo su atención.

—Sabemos que todo me conviene, princesa —susurró con arrogancia.

Y donde tenía razón, tenía razón.

Capítulo 21

—Vamos, Meg, no puedes quedarte en la cama todo el día comiendo patatas fritas —regañó Kelsey.

Puse los ojos en blanco y volví a meter la mano en la bolsa de patatas.

Exhaló con fastidio y se llevó mis queridas patatas fritas.

—¡Eh! —me quejé y crucé los brazos delante del pecho con un puchero.

—Meg, sólo voy a decir esto una última vez. Te levantarás, te prepararás y luego irás conmigo a los caballos —enumeró su plan por décima vez.

—Muy bien —exhalé abatida.

Ni siquiera cuando tienes la regla hay paz en esta casa.

Me duché con fastidio, salí y abrí el armario pensando en ponerme algo cómodo, escogí un jean y un jersey.

—Podemos irnos —anuncié a Kelsey, que estaba comiendo mis patatas fritas.

Una sonrisa se dibujó en sus labios y aplaudió emocionada. Bajamos las escaleras y la casa parecía vacía, seguramente los hombres se habían marchado a atender algunos de sus asuntos; al aparecer ni estando en su hogar dejaban de trabajar.

Condujimos el Audi R8 de Kelsey hasta una granja situada a media hora de la villa. Nada más llegar, ella corrió hacia los establos e ignoró al hombre que quería saludarla. Él no pareció ofenderse y se rio de su impaciencia. Luego me miró con curiosidad y caminó hacia mí.

—Ehm, hola, soy Megan —me presenté con una pequeña sonrisa.

El hombre tenía unos 40 años y el pelo canoso.

—Hola, soy Jeff —respondió con voz amable.

Nos dimos la mano y luego también caminamos al establo donde Kelsey estaba engordando a los caballos con manzanas y acariciándolos.

—Este es Cappuccino —me informó mientras acariciaba al caballo marrón claro.

Asentí y me puse a su lado para acariciar también a Cappuccino. Era un ejemplar muy hermoso.

—¿Vamos a montar? —me preguntó emocionada.

—Nunca he montado —admití—, no se dio la oportunidad —expliqué, encogiéndome de hombros.

Me miró con los ojos abiertos.

—Oh, bueno, entonces te subes a la parte de atrás y vamos juntas en uno.

Asentí con una sonrisa.

Aunque en el fondo tuve un poco de miedo, solo esperaba que no muriéramos...

Dos horas después sonría aliviada y feliz porque no habíamos muerto; por el contrario, el paseo había sido hermoso y descubrí que Kelsey tenía una gran pasión por los caballos. Además, era una experta jinete.

Ahora estábamos de pie frente a la villa en una sola pieza. Cuando entramos, el fuerte olor a alcohol y a humo de cigarrillos llegó inmediatamente a mi nariz.

La música sonaba de fondo y se oían gritos y chillidos. Había hombres borrachos y mujeres semidesnudas por todas partes.

Ehm bien. Muy bien...

Kelsey y yo nos miramos sorprendidas antes de volver a mirar el espectáculo que teníamos delante.

Jay corrió detrás de Renzo y los dos chillaron con pintura de guerra en sus caras.

—Vale, esto se está volviendo demasiado para mí... Me voy a duchar —le dije a Kelsey.

Asintió con la cabeza y me siguió.

Cuando terminé de ducharme, entré en la habitación con una toalla a mi alrededor y me sorprendió ver a Kelsey tendida cómodamente en mi cama.

¡Santo cielo!

Me agarré el pecho en shock.

—Prepárate, vamos a hacer compañía a los chicos —me dijo con emoción.

—Estoy cansada, no quiero —me quejé.

Montar fue agotador.

—Bueno, no llores cuando Alessandro se folle a la pelirroja que está sentada en su regazo —respondió con calma, mirando aburrida sus uñas.

De inmediato los celos y la ira bulleron en mi interior. ¿He oído bien? ¡¿Otra mujer sentada en el regazo de Alessandro?! ¡Dios, voy a cortar a ese par en pedazos!

Corrí hacia mi armario y me puse unos vaqueros de cintura alta de color claro y un crop top negro. Luego me sequé el pelo y lo dejé caer con ligeras ondas, un poco de maquillaje y ya estaba lista para salir.

—Te ves muy caliente y haremos que Alessandro muera de celos. —Kelsey me miró con satisfacción.

Bajamos y al llegar miré alrededor de la habitación y, efectivamente, Alessandro estaba sentado en el sofá con una chica en su regazo.

¡Ese maldito pajero!

Apreté las manos en puños al ver que la barbie se reía y le daba un beso en la mejilla. ¡ESA ES MI MEJILLA!

¡Sólo yo puedo besarla!

Alessandro se limitó a mirar atentamente sus dedos y a mover el pulgar como si fuera la cosa más fascinante del mundo.

Antes de que pudiera caminar hacia él, alguien me rodeó con su brazo. Me volví hacia Charlie, que se balanceaba ligeramente.

—Hola, guapa —dijo entre dientes. Definitivamente estaba borracho.

—Hola, Charlie —le saludé, lo que hizo que se echara a reír de repente. Le miré irritada antes de huir de él. Perdió el equilibrio por un momento y Kelsey tuvo que sujetarlo.

Habían puesto un Karaoke y en el televisor se podía leer Wanted Dead or Alive, mientras Jay y Renzo la cantaban casi desgarrándose, o quizá era la borrachera lo que apenas dejaba que se les entendiera algo.

Me acerqué a los dos al ver lo animados que estaban. Podría matar a los traidores más tarde.

—¡Felina! —gritó Jay de repente al verme y se acercó a mí a trompicones.

Me levantó y me hizo girar. Empecé a reírme hasta que me bajó de nuevo.

—¿Jay qué está pasando aquí? —le pregunté mientras me ponía de pie.

—Somos dueños de... —le interrumpió su propio hipo —Toda la... —hipo convulsivo—. C-Compañía A.G.

Asentí lentamente.

—De acuerdo, y ahora deberías sentarte —hablé muy despacio para que entendiera todo lo

que decía. Sacudió la cabeza.

—Quiero abrazarte.

Y así lo hizo, pero a los pocos segundos de estar abrazados, alguien apartó bruscamente a Jay de mí.

Alessandro le dio un puñetazo que le hizo tropezar hacia atrás. Se sujetó la barbilla con perplejidad, hasta que la ira se encendió en sus ojos y golpeó a Alessandro.

Maldita sea, 0 -100 muy rápido.

La cabeza de Alessandro voló hacia atrás y su nariz comenzó a sangrar. Cuando por fin me di cuenta de lo que estaba pasando, intervine rápidamente y sujeté la mano de Alessandro antes de que pudiera volver a golpear a Jay. Me miró haciendo pucheros con cara de cachorro cuando no le dejé pegar a Jay.

—Pero también me golpeó —dijo Alessandro, dispuesto a hacer un berrinche como un chiquillo.

Sacudí la cabeza con fastidio.

—Alessandro, no... Fue tu maldita culpa —le prohibí, por lo que siguió enfadado—. ¡Oh, gran Dios! Sólo ven conmigo —hablé con firmeza y lo llevé a la cocina, donde lo senté en una silla.

Luego mojé unos pañuelos de papel y aparté la sangre de su nariz hasta que dejó de sangrar lentamente. Alessandro me observó todo el tiempo y nuestras caras estaban a pocos centímetros de distancia mientras trataba de parar la hemorragia, inclinándolo hacia arriba.

—Estás muy guapa —balbuceó ebrio.

No le contesté porque estaba demasiado enfadada con él. Se emborracha tanto que ni siquiera puede hablar bien y a mí me toca hacer de niñera.

—¿Megan? —repitió con las cejas juntas, a lo que yo me limité a poner los ojos en blanco.

Me volví a poner de pie y estaba a punto de dejarlo solo en la cocina porque no me apetecía hacer una mierda así, pero Alessandro tiró de mí para que me pusiera entre sus piernas. Me rodeó con sus brazos y me acercó tanto que casi me caigo encima de él. Entonces, acurrucó su cabeza contra mis senos.

—Mía.

—Alessandro, suéltame —dije molesta.

Sacudió la cabeza con fuerza, haciendo que su pelo me hiciera cosquillas. Empecé a reírme un poco y me bajó a su regazo. ¡Hombre! Quería enfadarme con él.

Cuando me senté en él, me besó suavemente el hombro.

—Me encanta tu hombro.

Luego me besó el cuello.

—Y tu cuello.

Luego mi mejilla.

—Y tu mejilla.

Luego mi nariz.

—Y tu nariz.

Por fin miró mis labios.

—Y tus labios.

Después de la frase, puso suavemente su boca en la mía. Aunque el beso supiera a tequila y a humo, no impidió que las mariposas de mi estómago revolotearan como locas y que mi corazón latiera más rápido. Me separé de él a regañadientes porque no quería, pero debía hacerlo.

Megan eres una mujer fuerte e independiente y debes estar enfadada con el pajillero.

Después recordarme eso, me levanté en el momento exacto en que Matteo entró en la cocina. Parecía sobrio, así que le pregunté si podía ayudarme a subir a Alessandro a nuestra habitación.

Arriba, en la habitación, puso a un Alessandro completamente acabado en la cama, lo que me hizo sacudir la cabeza. Puse una almohada en el suelo.

—No puede dormir en la cama esta noche, así que déjalo en el suelo.

Matteo comenzó a sonreír y puso a Alessandro donde le indiqué, inmediatamente se quedó dormido. Entonces Matteo salió de la habitación y yo le eché una manta fina a Alessandro para que no se congelara.

Sí, lo sé. He sido demasiado amable.

Una vez terminado el trabajo, me desmaquillé, me puse el pijama y me fui a la cama. Poco después me quedé dormida.

Capítulo 22

Alessandro

Me levanté con un fuerte dolor de cabeza.

Fue como si me golpearan en la sien con un martillo neumático.

¿Y por qué demonios estaba mi espalda tan jodida?

Miré a mi alrededor después de poder abrir por fin los ojos. Por suerte, las cortinas estaban cerradas o habría muerto por los rayos del sol.

¿Por qué demonios estaba tirado en el suelo?

Miré la cama donde Megan dormía plácidamente.

¡Joder!

Poco a poco, llegaron los recuerdos de ayer. Mierda, ahora lo entiendo, me mataría si se levantara.

¡No volveré a beber nunca más!

Sí, de acuerdo, nunca más es un poco exagerado.

Me levanté en silencio para no despertar a Megan. En el baño, me lavé los dientes hasta seis veces para que desapareciera sabor a tequila. Luego me puse bajo la ducha fría para despejarme y despertarme.

Con una toalla alrededor de las caderas, abrí los armarios del baño en busca de pastillas para el dolor de cabeza.

Encontré una pequeña caja y la saqué.

'O.b', decía en el paquete.

Mis ojos se abrieron de repente.

¡Mierda!

¿Esos son tampones?

¡JODER! ¡Megan tuvo su periodo!

Y si algo había aprendido de Lorena era que no se podía bromear con las chicas que tenían la regla.

Me tomé rápidamente una aspirina y me vestí. Tenía que compensarla antes de que Megan se levantara y me castrara.

Todavía con un dolor de cabeza mortal, salí de la villa y me metí en mi Lambo. Rápidamente le envié un mensaje a Svetlana para que le llevara a Megan el desayuno a la cama y no tuviera que levantarse.

Megan

Cuando me levanté, lo primero que hice fue comprobar cómo estaba Alessandro. Pero no había ni rastro de él.

El bastardo acababa de huir...

Llamaron a la puerta y, después de recibir mi orden para que siguiera, entró la señora del día

anterior, recordé su nombre, así que la saludé.

—Buenos días, Svetlana.

—Buenos días, señorita Megan... El señor Alessandro me dijo que le trajera el desayuno a la cama.

—Gracias, eres muy amable —dijo, sonriendo.

Si Alessandro pensaba que todo iría bien después del desayuno, se equivocaba. Comí algo del croissant y me tomé el café. Después, me levanté para darme una ducha y lavarme los dientes; al salir me vestí con algo cómodo.

Mi estómago se contrajo dolorosamente. Cómo odiaba esos malditos calambres. Salí del baño, me puse ropa cómoda porque era lo que acostumbraba en mis días, luego me tumbé en la cama y me llevé las rodillas al estómago.

¿Por qué las mujeres tuvimos que sufrir tanto? Los hombres tampoco tenían que enfrentarse a estos días y al embarazo. Probablemente me quedé en la cama por lo que restaba de la mañana.

De pronto escuché que la puerta se abría, supuse que era Alessandro porque los otros siempre llamaban a la puerta. No me molesté en saludarlo y lo ignoré.

—¿Princesa? —habló en voz baja y se sentó en la cama conmigo. Yo seguía ignorándolo.

—Princesa sé que no estás dormida...

De nuevo, no hay respuesta por mi parte.

—Sé que no debería haber bebido tanto y también me arrepiento de todo lo que hice ayer.... Bueno, casi todo, sin incluir el beso —continuó.

El calor subió involuntariamente a mis mejillas cuando mencionó el beso y me alegré de que no pudiera verme la cara. No entendía qué poder tenía para hacerme sonrojar todo el tiempo.

—Te he traído algunas cosas...

Ante esa frase, escuché y me volví hacia él.

—¿Qué?

Comenzó a sonreír y luego sacó de la bolsa el Chunky Monkey de Ben & Jerry's, un DVD de Disney y chocolates. Empecé a sonreír.

¡Es un maldito manipulador! Sabía que no me iba a resistir a nada de eso.

—De acuerdo, volveré a hablar contigo —dije alegremente, lo que le hizo exhalar aliviado—. Pero aún no te perdono del todo...—añadí.

Si era tan amable, tenía que aprovecharlo de alguna manera, pero también hacer que sintiera el peso de la culpa por lo que había hecho. Él juntó las cejas y me miró.

—¿Debo salir de la habitación y dejarte sola? —preguntó, dudoso.

Sacudí la cabeza en una negación.

—No, te sentarás a mi lado y veremos la película juntos mientras comemos helado.

—¿Es este mi castigo? —preguntó divertido.

—Solo la primera parte, la segunda vendrá después —respondí con determinación.

Asintió con indiferencia. Luego cogió el mando a distancia y pulsó un botón. De repente, un televisor de pantalla plana salió de la pared y Alessandro caminó para poner la película.

Finalmente se acurrucó a mi lado y me dio una cuchara.

Mi cabeza estaba sobre su pecho y su brazo me rodeaba mientras comía con avidez el helado.

—¿Quieres? —pregunté.

Asintió con la cabeza y le llevé la cuchara a la boca. Sonrió antes de comer de la misma cuchara que yo.

—Ese es el peor castigo del mundo —dijo irónicamente y apretó un beso en la parte superior de mi cabeza, haciendo que una sonrisa se extendiera por mis labios.

Así que luego vimos juntos La Bella y la Bestia y compartimos un Ben & Jerry's.

Capítulo 23

—Sabes que no tengo citas —se quejó Alessandro, molesto.

—Bueno, qué pena que sea la segunda parte del castigo.

En realidad, ni siquiera era un verdadero castigo, sino una excusa para pasar más tiempo a solas con él.

Y sí, lo admito, me enamoré de un mafioso que había desterrado a mis hermanos del país.

Lo siento Travis y Jonathan, los quiero, por favor perdonen a mi corazón enloquecido.

Definitivamente había algo malo en mí.

¿Quizás habían puesto drogas en mi comida?

—Bien, saldremos, pero no es una cita —decidió.

Puse los ojos en blanco.

¿Qué tenía de malo una cita? ¿Acaso pensaba que dañaría su reputación de gánster despiadado?

De todos modos, me conformé con eso y acepté. Lo principal era que pudiera pasar un tiempo con él como pareja, sin Renzo y el resto de su familia.

—¿Adónde vamos? —le pregunté mientras nos sentábamos en el coche.

—No hay plan. Querías hacer algo, así que pensé que ya tenías algo en mente —respondió sin comprender.

—Hmm...

Me lo pensé y miré fuera hasta que recordé lo que quería hacer.

—¿Podemos ir al acuario? —sugerí.

Asintió y se puso en marcha sin decir nada.

Mientras conducía no pude evitar mirar la parte superior de sus musculosos brazos.

Maldita sea.

Mis ojos siguieron recorriendo su rostro.

Parecía tan relajado mientras conducía.

—¿Te gusta lo que ves? —me preguntó con una sonrisa arrogante.

Hice un gesto de asombro por un momento, antes de volver a mirar la carretera delante de nosotros, avergonzada.

—No, en realidad no, quiero decir que estás bien pero no eres mi tipo —mentí.

Juntó las cejas.

—¿Y cuál es tu tipo? —preguntó, con una cierta tensión audible en su voz.

—Pelo rubio oscuro y ojos azules o verdes —mentí con profesionalidad. Su agarre en el volante se hizo más fuerte.

—Así que Charlie o Jay son más de tu tipo —afirmó en tono duro.

—Sí, algo así como ellos... —respondí, cubriéndome la cara con el pelo para ocultar mi sonrisa. Me encantaba darle celos, me hacía sentir que yo también le gustaba—. ¿Y cuál es tu tipo? —le pregunté la más importante de todas las preguntas.

No sabía qué me había pasado cuando le hice la pregunta. Sobre todo, porque sabía que iba a responder con «Rubia con grandes tetas»

Pero me sorprendió, en su lugar llegó una respuesta completamente diferente.

—Me gustan las mujeres que saben sonreír y saben lo que quieren. Pero no las chicas que lloran cuando se rompen una uña.

Una sonrisa se dibujó en mis labios.

Maldito muchacho.

—¿Así que no te importa el aspecto sino su personalidad? —pregunté, mirándolo.

Sacudió la cabeza.

—Debo sentirme físicamente atraído por la mujer, por supuesto, como me siento por cierta morena —salió de él mientras me guiñaba un ojo.

Mis mejillas se sonrojaron inmediatamente, lo que le hizo sonreír con suficiencia.

Oh, Dios, me sentía como una niña cuando estaba conmigo. Por lo demás, nunca me he sonrojado, sólo con él.

—Estamos aquí —dijo antes de entrar el estacionamiento del inmenso parque.

Poco después estábamos en la entrada del acuario.

Alessandro pagó la entrada y yo corrí hacia delante como una niña emocionada.

Después caminamos juntos por un túnel y todo tipo de criaturas marinas nadaban sobre nosotros. Sonreí tan ampliamente que casi me dolió. Habíamos llegado a una gran sala y me puse delante del enorme cristal que nos separaba de los tiburones.

Me quedé mirando a los fascinantes animales con los ojos muy abiertos. Siempre he tenido debilidad por los tiburones, incluso más que por los delfines. No sabía por qué, pero lo que más me gustaba eran sus ojos, que parecían casi muertos. Me provocaron un escalofrío y, a pesar de ello, me resultaron fascinantes.

Extraño, lo sé.

Sentí una mirada pesada sobre mí y me volví hacia Alessandro, que me sonrió cálidamente.

—¿Qué? —le pregunté mientras pasaba el dedo por el cristal.

—Es bueno verte tan feliz —confesó de repente.

¿El mafioso italiano y supercaliente dice qué?

Mi corazón palpitó como un loco ante sus palabras y comencé a sonreír.

Vale, seamos sinceras, ¿cómo no enamorarse de él cuando dice algo así?

Después de un rato, supongo que se aburrió de los peces, así que se sentó en un banco mientras yo seguía caminando y observando las mantas.

Una punzada me recorrió el vientre y contorsioné la cara de dolor. Cómo odiaba estos días de mierda. Poco a poco, los calambres comenzaron de nuevo y todo mi interior se contrajo dolorosamente.

Con una expresión de dolor en mi rostro, volví a caminar hacia Alessandro y me senté a su lado.

—¿Estás bien? —me preguntó preocupado al ver mi cara y mi postura.

Sacudí la cabeza y me mordí el labio inferior. Por muy estúpido que pareciera, subí las rodillas y apoyé la barbilla en ellas. En esta posición, el dolor no era tan intenso como cuando estaba de pie.

—¿Nos vamos a casa? —me preguntó, ya de pie.

Asentí ligeramente y traté de levantarme, pero sentía que el vientre se me iba a partir en dos.

—¿Es el dolor menstrual?

Me limité a asentir con la cabeza y él se pasó una mano estresada por el pelo antes de alzarme al estilo de una novia y caminar hacia el coche conmigo en brazos.

—¿Siempre son tan malos contigo? —preguntó.

Su voz era preocupada y hasta escuché empatía.

—De vez en cuando —respondí secamente, porque me dolía demasiado el vientre.

Una vez que llegamos, corrió rápidamente a mi lado, abrió la puerta del coche y me llevó a la casa.

—Alessandro, estaré bien, no es que me esté muriendo —bromeé débilmente, con una sonrisa forzada.

—Tu cara me dice lo contrario —replicó.

Casi corrió a nuestra habitación y me puso en la cama, luego salió corriendo rápidamente de la habitación mientras yo me escondía bajo las sábanas.

Unos minutos después entró en la habitación con una bolsa de agua caliente y un té.

Colocó cuidadosamente el té en la mesita de noche y la bolsa de agua caliente sobre mi vientre.

—Intenta dormir un poco, princesa —me aconsejó suavemente y me dio un beso en la frente antes de salir de la habitación.

Capítulo 24

¿Conoces esa gran sensación cuando ya no tienes la regla? Porque así es como me sentía ahora mismo y me hubiera encantado bailar break-dance, el único problema era que no sabía bailar break-dance.

A Alessandro no lo veía desde hacía dos días, ya que estaba en Manhattan para hacerse cargo de la nueva empresa que antes había sido de Basil.

No hice mucho en los dos días, fui a los caballos con Kelsey un rato y por lo demás nos sentamos a ver series.

Cuando oí las voces de Lorenzo y Alessandro, tuve que controlarme para no salir corriendo de la cocina y abrazar a Alessandro. Así que caminé hacia el pasillo a un paso normal y de inmediato comencé a sonreír cuando lo vi.

También empezó a sonreír cuando me pilló mirándole.

—¿Me has echado de menos, princesa? —preguntó con arrogancia, lo que sólo me hizo reír.

—Sueña con eso, Santoro —mentí antes de girarme con una sonrisa y caminar de vuelta a la cocina.

Kenny, el chef, estaba preparando la comida y yo la observaba con expectación. Era como uno de esos programas de cocina sólo que en directo.

Sentí la presencia de Alessandro detrás de mí y de inmediato mi cuerpo comenzó a vibrar de emoción. Sí lo había extrañado, pero por una tonta razón no quería que él lo supiera, me sentiría muy expuesta.

—Parece que me has echado de menos —dije mientras me volvía hacia él. Levantó las cejas y dio un paso más hacia mí, con esa sonrisa arrogante que me encantaba.

—Ah, ¿sí? ¿Y de dónde has sacado eso, princesa? —preguntó desafiante mientras ponía los brazos a ambos lados de la isla de la cocina para que yo quedara atrapada entre ellos.

—Bueno, el hecho de que busques inmediatamente mi proximidad en cuanto regresas y tus ojos literalmente empezaron a brillar cuando me viste —enumeré con seguridad.

—Hmm... —dijo pensativo.

—Tal vez fue la mirada que me echaste... —habló un poco más suave y se inclinó más hacia adelante hasta que sentí su aliento en mis labios.

—¿Qué mirada? —pregunté, esforzándome para que mi voz sonara firme.

—Como si me desnudaras con la mirada —respondió con suficiencia.

—¿Seguro que seguimos hablando de mí y no de ti? —dije, mi voz sonaba un poco tensa por su proximidad.

¡Esas malditas hormonas me traicionan!

—¡Mel! —gritó de repente Charlie. Retrocedió rápidamente al entrar en la cocina.

—Oh, ahí estás, me preguntaba si te gustaría ir al cine conmigo hoy. Hay una nueva película de Johnny Depp —me dijo con una gran sonrisa.

Para ser sincera, no me apetecía salir o tener algo que ver con Charlie, sólo quería quedarme con Alessandro, pero éste era el momento perfecto para poner celoso a mi mafioso favorito.

—¿Te refieres a una cita? —pregunté con una sonrisa, mirando primero a Alessandro antes de mirar a Charlie, que nos miraba con las cejas juntas y la mandíbula apretada.

—Exactamente —respondió Charlie con una sonrisa encantadora.

—Suenas bien, hace años que no tengo una cita —dije provocativamente, dirigiéndome a Alessandro.

—¿Qué quieres decir? Estuvimos en una hace apenas dos días —se unió a la conversación Alessandro.

—Pero dijiste que no tenías citas... —dije inocentemente. Lo tenía justo donde quería.

—Bueno, he cambiado de opinión, así que, si nos disculpas, Charlie... Megan y yo tendremos nuestra segunda cita —soltó.

Antes de que pudiéramos responder, Alessandro me echó por encima del hombro y salió por la puerta.

—¿Qué es esto Alessandro? ¿De dónde viene este repentino cambio de opinión? —le pregunté con picardía mientras me metía en el coche. Se inclinó sobre mí y me abrochó el cinturón de seguridad.

—Haré una excepción con mi princesa —respondió.

Aunque sabía que se debía más bien a sus celos, eso no impidió que las mariposas de mi estómago revolotearan como retrasadas. Después de que Alessandro subiera, nos pusimos en marcha.

—¿A dónde vamos? —le pregunté mientras miraba los árboles que pasaban.

—Primero iremos a almorzar porque me muero de hambre. Luego te llevaré a la mejor heladería y planearemos la velada de forma espontánea —respondí.

Asentí con la cabeza y sonreí satisfecha. En principio, me daba igual lo que hiciéramos, podíamos haber hecho el vago en el sofá y habría sido feliz.

Nos detuvimos frente a un restaurante caro y miré la sencilla ropa que llevaba. Supongo que unos vaqueros claros y una camiseta negra de tirantes no eran muy adecuados para un lugar así.

—Alessandro, no puedo entrar a ese lugar vestida así —hablé con inseguridad. Él me miró confundido.

—¿Por qué? Te ves caliente y si alguien dice algo, que lo dudo, le romperé las costillas. ¿De acuerdo? —trató de tranquilizarme.

Todavía asentí con un poco de inseguridad, pero le seguí de todos modos. En cuanto entramos en el restaurante, un camarero asustado se apresuró a acercarse a nosotros.

—Señor Santoro... buenas tardes —le saludó.

—Buenas tardes —dijo Alessandro.

—Por favor, sígame, señor —tartamudeó el camarero y nos acompañó a una mesa, antes de que pudiera darnos algún menú Alessandro ya estaba pidiendo.

—Dígale a Maxime que estoy aquí y él sabe qué traer.

—Enseguida, señor Santoro. —El camarero asintió y casi corrió a la cocina.

Minutos después, el propio Maxime se presentó en nuestra mesa, detrás de él venían dos camareros con nuestros platillos. Eran unas crespelle al salmone y el chef las describió con toda la elegancia del mundo. Cuando lo probé fue como saborear un pedazo de cielo, en verdad estaban exquisitas.

Una hora después fuimos a una típica heladería italiana. Yo pedí un cono de pistacho y chocolate, mientras que Alessandro pidió helado de Tiramisú. Nos sentamos en una mesa pequeña y algo apartada.

—Bien, ¿estás preparada para comer el mejor helado del mundo? —me preguntó con una sonrisa.

Puse los ojos en blanco, pensando que no podía ser tan bueno. Me metí la cuchara en la boca

y al probar el helado, mis papilas gustativas literalmente explotaron.

¡Jesucristo!

El helado estaba tan bueno que un gemido bajo salió de mi boca.

Alessandro empezó a reírse, lo que me hizo mirar el helado con las mejillas rojas.

Vergonzoso.

—Tienes razón, es el mejor helado que he probado nunca —admití, lo que hizo sonreír a Alessandro.

Mientras disfrutaba del helado, él me observaba.

—Deja de comer el helado así o no respondo por mis acciones —habló con ojos llenos de lujuria.

¡Oh, no! Esa fue una amenaza, aunque de cierto modo muy tentadora, quise provocarlo un poco más, pero luego me lo pensé mejor y decidí no hacerlo; después de todo, yo era quien más peligro corría si él intentaba seducirme, estaba segura de que caería rendida a sus pies.

Nos pusimos de pie y salimos de la heladería, llegamos hasta el mar y caminamos hacia un rompeolas que tenía una vista privilegiada de la bahía. El atardecer comenzaba a caer y se veía muy hermoso.

—¿Y ahora qué? —le pregunté a Alessandro

—Ahora, vamos a nadar —respondió tranquilamente mientras se quitaba la camiseta y los vaqueros.

Se metió en el agua como todo un nadador experto.

¡¿Qué?!

De repente lo vi desaparecer y me llené de miedo, así que me asomé por el borde de la roca y al poco tiempo la cabeza de Alessandro emergió del agua.

—¡Vamos! —me llamó. Al principio miré hacia abajo con incertidumbre, pero luego me quité la ropa con decisión y me tiré al mar con la ropa interior.

Quiero decir, a la mierda, ¿no?

Grité hasta que caí al agua, finalmente golpeé el mar fuertemente, supe de inmediato que eso daría un moretón.

Salí a la superficie y nadé hacia Alessandro riendo. El agua tenía una temperatura agradable. Cuando llegué a él, me apoyó sujetando mi cintura y lentamente me acercó a él para que estuviéramos de pie, pecho con pecho.

—Estoy impresionado, princesa —respiró contra mis labios, mirándome a los ojos.

La luz de la luna hacía brillar sus ojos marrones y tuve que concentrarme para no perderme en ellos.

Tragó audiblemente antes de inclinarse un poco hacia delante. Mi corazón martilleaba contra mi pecho mientras imitaba su movimiento hasta que nuestros labios finalmente se tocaron.

Mis ojos se cerraron solos y el calor se extendió por todo mi cuerpo. Rodeé sus caderas con mis piernas y él pasó sus manos por debajo de mis nalgas mientras profundizábamos el beso.

Capítulo 25

Alessandro y yo estábamos en el coche de vuelta. Nuestra ropa estaba empapada y yo tenía frío, pero no me arrepentí ni un segundo de haber nadado en el mar junto a él, fue lo más emocionante que he hecho en mucho tiempo.

Alessandro me cogió la mano mientras conducía y la besaba de vez en cuando. Mi cuerpo vibraba cuando él estaba conmigo y me sentía casi sin peso cuando me cogía de la mano.

Es cursi, lo sé.

Cuando llegamos a casa, nos duchamos. Por separado, por supuesto. Me tumbé en la cama, pero no quería dormir todavía, la realidad era demasiado hermosa en ese momento y no quería que se acabara.

Un cuarto de hora después, Alessandro se acostó a mi lado en la cama y yo me acurruqué contra su pecho. Me acarició suavemente el pelo mientras permanecíamos tumbados en silencio, disfrutando de la compañía del otro.

—¿Alessandro? —susurré.

—¿Sí? —preguntó él en voz baja.

—¿Sabes que si te veo con otra mujer te castraré y luego te golpearé con tu propio pene? —le amenacé con voz suave.

Al principio le oí reírse un momento.

—No tenía intención de involucrarme con otra mujer, princesa. No sólo por tu amenaza, sino porque no quiero. La única mujer que quiero ya está conmigo —dijo suavemente. Una sonrisa adornó mi rostro tras sus palabras.

Le miré y le besé en sus labios carnosos.

—Buenas noches, Alessandro —terminé la frase con un bostezo y cerré los ojos.

—Dulces sueños, princesa de la noche.

A la mañana siguiente desperté, sintiendo algo duro que me presionó el muslo; miré hacia abajo y luego levanté la vista con las mejillas sonrojadas y los ojos abiertos.

Joder.

Alessandro seguía durmiendo, pero lo suyo allí abajo probablemente estaba despierto.

Oh, Dios, y qué cosa fue.

El Señor, lo había equipado bastante bien, al parecer. Sacudiendo la cabeza ante mis pensamientos, me arrastré lentamente fuera de la cama, tratando de no despertarlo.

Una vez cumplida la misión, bajé a la cocina, pues definitivamente necesitaba algo de comer ahora. Para mi sorpresa, Jay también estaba despierto y me senté a su lado.

—¿Qué tal la cita? —preguntó con una sonrisa.

—Bastante bien —respondí temerariamente, aunque era algo más que «bien».

Levantó las cejas con conocimiento de causa.

—¿Te gusta? —continuó con curiosidad y yo sólo asentí levemente, repentinamente tímida por su pregunta.

Una amplia sonrisa se dibujó en su rostro.

—Bien, porque tú también le gustas.

Y eso, queridos amigos, era el código para hacer que mi corazón latiera más rápido.

Jay y yo hablamos un rato hasta que bajaron todos los demás. Lorena, Kelsey, Lorenzo, Charlie, Renzo y Matteo ya estaban todos abajo, sólo faltaba Alessandro el dormilón.

Todos conversamos hasta que escuché los pasos de Alessandro. Sin darme la vuelta, seguí hablando con Lorena para no parecer grosera.

De repente, Alessandro me rodeó el pecho con sus brazos desde atrás y me dio un beso en la mejilla.

—Buenos días, princesa.

Mierda.

Me puse muy roja porque toda la atención estaba puesta en nosotros y nos miraban como si fuéramos una maravilla del mundo.

Lorena fue la primera en decir algo al respecto.

—¡Por fin! Ahora tú también puedes hacer bebés.

Me quedé mirando con los ojos abiertos mientras todos los que nos rodeaban empezaban a reírse. Kelsey deslizó una silla para que Alessandro pudiera sentarse a mi lado, no estaba traicionando a su hermano, solo estaba del lado que sabía era correcto.

—¡Guau gran trabajo! Realmente genial... Ahora puedo ir a buscar chicas por mi cuenta. Muchas gracias, Megan —dijo Renzo, ofendido—. Si no fuera el hermano de Alessandro, lo habría matado desde el primer momento en que lo vi, pero desgraciadamente fue así.

—Tienes a Matteo, así que no vayas a llorar —respondí poniendo los ojos en blanco. Se limitó a reír en respuesta.

—¿Has visto alguna vez a Matteo hablar con una chica? ¿O le has oído hablar? —dijo con sorna.

Mi mirada se posó en Matteo, que sólo miraba con tristeza su plato. Mi corazón se contrajo dolorosamente.

—Piensa antes de abrir la boca la próxima vez, Renzo, o haznos un favor a todos y no la abras —le espeté.

Qué pajero. Cabreada, me levanté de la mesa del comedor y caminé al salón.

Alessandro vino detrás de mí poco después.

Pensé que se enfadaría por haber discutido con su hermano delante de todos, pero se limitó a atraerme hacia él y a poner sus labios sobre los míos.

Mis brazos se movieron automáticamente detrás de su cuello y Alessandro me lamió brevemente el labio inferior con su lengua, lo que me hizo abrir ligeramente la boca y dejar que nuestras lenguas jugaran entre sí.

Sin aliento, nos soltamos el uno al otro.

—Siento que Renzo sea tan idiota. A veces no sabe lo que dice —intenté tranquilizarme.

Sólo sonreí y le di otro beso en los labios.

Dios, no podía tener suficiente de él.

Alguien se aclaró la garganta, por lo que miramos a Matteo, que estaba de pie en el marco de la puerta. Entró en la habitación y miró brevemente a Alessandro antes de envolverme en un abrazo.

De alguna manera, tenía un lugar especial en mi corazón para Matteo. Era como un hermano pequeño y en ese momento, eché de menos a Jonathan y a Travis incluso más de lo habitual.

Renzo y yo nos ignoramos después de la discusión y eso fue probablemente mejor. De lo contrario, no habría podido garantizar nada. Mientras tanto, los demás se alegraron por nosotros e incluso Alessandro se comportó con respeto.

Capítulo 26

—¿Estás lista? —llamó Jay arriba mientras me rociaba un poco de perfume en el cuello.

—¡Sí, ya voy!

—Por fin, Alessandro ya me ha llamado cuatro veces para ver dónde estamos —habló molesto mientras nos sentábamos en el coche.

Sin responderle, miré hacia la calle. Quería estar lo mejor posible para Alessandro. ¿Era eso un crimen? No, no lo era.

Íbamos de camino a la fiesta de cumpleaños de David.

Lorenzo, Alessandro, Renzo y Matteo ya estaban allí, habiendo ido directamente después del trabajo en la empresa.

—Cuando estemos en casa de David, no te apartarás de nuestro lado, ¿entiendes? Hay tipos que no quieres conocer solos. Dudo que alguien se atreva a acercarse a ti porque eres la chica de Alessandro, pero no queremos correr ningún riesgo —predicó Jay por tercera vez-.

—No te preocupes, me pegaré a Alessandro como si fuese un chicle, para que a ninguna chica se le ocurra coquetear con él —respondí en broma, aunque había algo de verdad en ello.

Jay sonrió.

—Aunque las chicas coquetearan con él, Alessandro no haría nada con ellas, te eligió a ti.

Sonreí ante la afirmación. También sería estúpido si no lo hiciera, porque al fin y al cabo soy increíble.

Después de media hora, por fin llegamos. Jay aparcó frente a la propiedad y salimos del coche, nada más hacerlo, pude sentir que la fiesta estaba en su mejor momento.

En el interior, nos recibieron primero unas mujeres borrachas que caminaban con orejas de conejo, mientras reían pícaramente y compartían miradas cómplices.

¿Qué carajo? ¿Acaso esta era Mansión Playboy de Hugh Heffner?

Sacudiendo la cabeza, me enganché al brazo de Jay para no perderlo. La casa estaba llena y la mayoría ya estaba borracha. Jay me arrastró con seguridad con él y nos llevó a la sala de estar donde Alessandro y el resto estaban sentados en una mesa riendo.

Retiré mi brazo de Jay por seguridad antes de correr a reunirnos con ellos en la mesa. Cuando Alessandro me vio, se levantó inmediatamente, me atrajo hacia él por la cintura y apretó sus labios contra los míos.

Maldita sea, me podría acostumbrar a eso...

—Hola, princesa —me saludó.

Me besó de nuevo brevemente antes de volverse hacia sus amigos.

—Esta es mi chica, Megan, y si alguien la mira demasiado tiempo le arrancaré las pelotas, ¿entiendes? —amenazó, lo que me hizo poner los ojos en blanco.

Sin responder a su afirmación, me volví hacia David y le tendí la mano.

—Feliz cumpleaños, David —le felicité.

—Gracias, Meg. —Sonrió amablemente y la estrechó.

Alessandro volvió a sentarse en una silla y me subió a su regazo. Me rodeó con sus brazos y tomó mi mano entre las suyas.

—Te ves hermosa —me susurró contra la oreja y me besó la mejilla mientras me recostaba contra su pecho.

Los chicos estaban hablando de algo, pero apenas podía escuchar porque Alessandro estaba dibujando pequeños círculos en mi muslo con su dedo.

Dios, ¿por qué tenía una influencia tan fuerte en mí?

En algún momento me dio sed y lo miré.

—Tengo sed —le dije para que me diera algo de beber.

Asintió con la cabeza.

—De acuerdo.

Nos pusimos de pie juntos y me tomó de la mano mientras nos conducía entre mujeres semidesnudas y hombres borrachos hacia la cocina.

—¿Qué quieres beber, princesa? —me preguntó mientras abría la nevera.

—Una Coca-Cola no estaría mal —respondí.

No tenía ganas de emborracharme.

Alessandro me pasó una lata y comencé a saciar mi sed. Apenas dejé la bebida en la isla de la cocina, se paró frente a mí con una sonrisa de satisfacción y puso sus manos en mis caderas.

—¿Te he dicho ya lo sexy que estás hoy? —me preguntó, besando el pliegue de mi cuello.

—No, pero me dijiste que me veía hermosa —dije con una leve sonrisa.

—Bueno, entonces estaba infravalorando porque te ves muy sexy.

Empecé a reírme mientras me daba pequeños besos en el cuello.

—Alessandro, para —le amonesté con una sonrisa, pero cayó en saco roto—. Basta —repetí divertida, lo que hizo que levantara la vista con un mohín, que a su vez me hizo sonreír.

Le di un beso en los labios, solo un toque.

—¿Nos vamos a casa? —sugirió.

Me encogí de hombros con indiferencia, así que me cogió de la mano y tiró de mí, hasta el salón para que nos despidiéramos de los demás. Pude captar algunas sonrisas y miradas cómplices entre los hombres, que hicieron que me sonrojara y me pusiera nerviosa, por lo que caminé de prisa para salir de la mansión de David.

Durante el trayecto escuchamos música y charlamos, Alessandro aprovechaba cada semáforo en rojo para darme besos en los labios, el cuello, las mejillas y las manos. Era mi idea o estaba particularmente cariñoso esa noche, lo cierto era que me encantaba que fuese así porque me hacía sentir especial.

Cuando llegamos a casa, Alessandro me dedicó una mirada traviesa apenas bajamos del auto; di un par de pasos para entrar a la casa, pero él me sujetó por el brazo y en un movimiento rápido me echó al hombro y caminó conmigo a nuestra habitación.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, divertida.

No respondió, sino que me tumbó en la cama y se inclinó sobre mí, mientras me miraba con una intensidad que me hizo temblar y que aceleró mis latidos.

¡Oh, Dios mío!

Como no hizo ningún ademán para besarme, lo atraje hacia mí y apreté mi boca contra la suya. Le sentí sonreír dentro del beso antes de profundizarlo. Exploró hambrientamente mi boca con su lengua mientras yo me entregaba completamente a él.

Para recuperar el aliento, separó sus labios de los míos y comenzó a besar mi cuello. En un momento dado empezó a chupar y gemí al tiempo que me movía debajo de él, deseando tenerlo más cerca; eso le animó a continuar. Enterré mis manos en su pelo oscuro y rodeé sus caderas con mis piernas.

De pronto se detuvo y yo me quejé, no quería que dejara de besarme, él me guiñó un ojo con una sonrisa seductora, luego se alejó para quitarse la camisa y yo acaricié su musculoso torso con la mano.

Su cuerpo se estremeció a mi contacto y la piel se le erizó, lo que me hizo sonreír. Decidida, tomé la delantera y nos giré para estar sentada encima de él. Me ayudó a quitarme el top que cayó al suelo. Luego se sentó y empezó a masajearme los senos por encima del sujetador; con un rápido movimiento, me quitó también el sujetador.

Se detuvo brevemente y miró mis senos con anhelo. Al contrario de lo que hubiera pensado, su mirada me hizo sentir deseada en lugar de insegura. Volvió a besarme con hambre y al mismo tiempo me masajeó los pechos.

Gemí suavemente contra sus labios y él aprovechó para introducir su lengua en mi boca, invitándome a seguirlo en cada movimiento lánguido y provocador. Yo también lo hice gemir cuando moví mi pelvis hacia delante y me froté contra su dura erección; ambos temblamos y el deseo se hizo tan intenso que en mi interior supe que esta vez nada evitaría que me entregara a él, lo deseaba.

Me soltó los labios y empezó a besar mis senos con delicadeza al principio, pero cada vez se volvía más demandante. Su lengua me rozó los pezones y luego los chupó mientras me miraba a los ojos; mis labios se separaron en un jadeo y todo mi cuerpo se estremeció, ante esa imagen tan erótica, quise recompensarlo y rodé mi pelvis hacia delante un par de veces.

—¡Mierda!... Ya no puedo esperar más, Megan —dijo y me puso debajo de él de nuevo, con agilidad me quitó el jean. Quedé medio desnuda frente a él mientras miraba todo mi cuerpo—. Dios, eres tan hermosa —Su voz era ronca por la excitación y sus caricias posesivas.

Bajó su rostro y comenzó a besarme los senos hasta dejarlos casi adoloridos, luego deslizó su lengua por mi estómago y siguió descendiendo hasta mi vientre, donde me besó un par de veces. A esas alturas estaba tan excitada, que sin ningún pudor empecé a mover mis caderas para que llegara al lugar donde más lo necesitaba.

—Pareces algo impaciente, princesa —susurró, sonriendo contra mi pubis.

—Oh, cállate y sigue... —le exigí, mirándolo.

Él sonrió con malicia y en lugar hacer lo que le pedía, se desplazó por encima de mi ropa interior para darme un largo beso y observar mi reacción. Me mordí el labio inferior para no gemir demasiado fuerte y contener el impulso de separar las piernas para ofrecerme a él.

Se levantó y sin dejar de mirarme se quitó los vaqueros, volvió a inclinarse sobre mí y me besó mientras su mano acariciaba mi sexo. Gemí en su boca y levanté mi pelvis contra su mano, rogando en silencio para que siguiera tocándome, aunque también deseaba que pasáramos a lo que seguía.

Sentí sus dedos deslizarse por mis caderas y suspiré cuando al fin me quitó la braga, a pesar de estar completamente desnuda delante de él, no sentí vergüenza porque la manera lujuriosa en la que Alessandro me miraba, así que me sintiera hermosa, sensual y segura. Acarició mi clitoris con sus dedos y gemí ante su contacto, estaba tan excitada que podía tener un orgasmo si él solo seguía tocándome así, moví mis caderas pidiéndole más y él lo entendió cuando deslizó un dedo en mi interior, masajeándome tan deliciosamente que temblé de pies a cabeza y cerré los ojos, a punto de dejarme ir.

—Joder, estás tan mojada, Megan... sentirte así es tan satisfactorio, me la pones muy dura —murmuró contra mi cuello, provocando un escalofrío en mi columna vertebral.

Me miró brevemente, como pidiendo permiso, yo asentí dándole respuesta a la pregunta en sus ojos. Me sonrió con agradecimiento y ternura, luego se puso de pie y se quitó los bóxers; en

ese momento tuve una visión completa de su miembro duro y grande, abrí mucho los ojos y tragué para pasar el nudo de nervios en mi garganta, de repente sentí temor de que no pudiera recibirlo todo en mi interior; sobre todo, porque se trataba de mi primera vez y ya había escuchado que era doloroso.

Alessandro me estaba mirando fijamente y notó el temor en mi mirada, se acercó para acariciarme la mejilla con ternura; suspiré cerrando los ojos y su tacto me ayudó a relajarme. Cuando los abrí de nuevo mi mirada estaba repleta de convicción, quería hacer esto y lo deseaba con él.

—No te preocupes. —Me besó mientras su pene acariciaba la piel de mi pubis—. Seré amable, solo debes decirme cuándo parar y lo haré... Hoy tú tienes todo el poder —respiró contra mis labios.

Yo asentí y sonreí para demostrarle que confiaba en él, aunque se me secó la boca por la excitación y el corazón me golpeó más fuerte de lo habitual contra la caja torácica, cuando lo vi coger un condón de su mesita de noche, se lo puso y me acarició el clítoris varias veces con su miembro. Gemí y el placer dentro de mí era tan poderoso que mi mente se quedó en blanco, la vista se me nubló y mi nerviosismo se fue desvaneciendo poco a poco a medida que mi deseo se hacía más fuerte.

Alessandro se posó sobre mí, pero sin dejar caer su peso corporal, lo que agradecí pues así no me sentiría oprimida. Me miró a los ojos como anunciándome lo que haría, luego puso su pene en mi vagina y lentamente lo empujó hacia adentro, hasta que llegó a un punto en donde mi interior presentó más resistencia.

Él respiró hondo, cerró los ojos un momento y su rostro se contrajo, como si estuviera ante una situación muy complicada, después de un segundo y sin previo aviso, se hundió de un solo golpe. Un dolor insoportable me atravesó cuando su longitud entera se enterró dentro de mí. Tuve que reunir toda mi fuerza para quedarme quieta y no empujarlo, porque era como si me estuviera destrozando, siseé brevemente y apreté los párpados.

—¿Quieres que paremos, princesa? —preguntó con preocupación.

Sacudí la cabeza en negación para asegurarle que podía continuar, sabía que el dolor pasaría una vez que me acostumbrara; además, si él se retiraba no estaba segura de dejarlo entrar de nuevo. Se movió con cuidado dentro de mí y poco a poco la sensación fue mejorando, estaba al límite entre el placer y el dolor, las dos chocaban entre sí.

Siguió penetrándome lenta, pero profundamente, frotó su dedo hábilmente sobre mi clítoris, lo que me hizo gemir más fuerte, me aferré con brazos y piernas a él mientras sentía cómo los temblores de mi cuerpo iban en aumento, anunciándome que pronto tendría un orgasmo y por la sensación dentro de mí, sería uno muy poderoso.

—¡Alessandro! —exclamé y el cuerpo se me tensó, para finalmente acabar estallando de placer.

—Estoy cerca... princesa... estoy cerca —murmuró y me besó el cuello, mientras seguía empujando en mí.

Lo sentí temblar fuera y dentro de mi cuerpo mientras vivía su propia liberación; estábamos empapados en sudor, jadeantes y casi sin fuerza cuando bajamos de la cima a donde nos había llevado el orgasmo. Me mantuvo entre sus brazos mientras me besaba la frente, las mejillas y finalmente se apoderó de mis labios con una urgencia que no me había demostrado antes y a la que respondí de la misma manera.

Cuando terminamos el beso, suspiré, cerrando los ojos y una gran sonrisa se formó en mis labios, estaba agotada y feliz, como nunca lo había sido en mi vida. Alessandro se acostó a mi

lado y me atrajo hacia él para hacerme descansar sobre su pecho, escuché los latidos de su corazón que poco a poco se fueron calmando.

—Princesa de la noche.

—Buenas noches... mi amor —murmuré antes de quedarme dormida.

Capítulo 27

Desperté envuelta por los brazos y el calor de Alessandro, suspiré con una sonrisa al recordar lo que habíamos vivido la noche anterior. Sin duda, él superó todas las expectativas que tenía de cómo sería mi primera vez; ciertamente fue doloroso al principio, pero luego todo mejoró y realmente disfruté de lo que hacíamos.

Me levanté con cuidado y me dirigí al baño para darme una ducha; todavía me sentía adolorida así que traté de no hacer movimientos bruscos y me lavé con cuidado. Después de la relajante ducha, me puse unos pantalones cortos vaqueros y una camisa blanca de Alessandro, que metí dentro de los pantalones.

Le di un suave beso en los labios y sonreí cuando él hizo un puchero, decidí dejarlo dormir un poco más y bajar sola a la cocina, pues me moría de hambre. Cuando llegué vi a Jay y a Matteo que tenía una charla a su manera, mitad comunicación verbal y mitad con gestos. Les sonreí mientras me servía una taza de café, tomé asiento y luego cogí un bollo al que le unté mantequilla.

—¿Vas a ir a ese café de nuevo hoy? He averiguado su horario de trabajo —dijo Jay, lo que hizo que Matteo pusiera los ojos en blanco con una sonrisa y se encogiera de hombros como respuesta.

—Siempre trabaja de lunes a sábado de 20:00 a 00:00. Excepto los jueves, que trabaja de 15 a 19 horas —enumeró Jay y le deslizó un papel con esos horarios exactos, mientras le sonreía con complicidad.

Matteo miró a Jay con fastidio, pero se guardó la nota de todos modos, pude ver cierto brillo en sus hijos y eso me llenó de curiosidad, así que quise enterarme de todo.

—¿Te importaría compartirme de qué se trata todo eso? —pregunté, volviéndome hacia Jay. Inmediatamente comenzó a sonreír.

—Ayer estuvimos en un pequeño café y había una camarera. Juro que podías sentir como la atracción física vibraba entre los dos. Pensé que le iba a arrancar la ropa —dijo y me eché a reír, Matteo se sonrojó.

—Qué bonito —comenté, divertida.

Entonces Matteo cogió avergonzado su libro y salió con prisa. En realidad, era un chico adorable, muy distinto del resto de sus hermanos; sobre todo, de Renzo.

—Espero que tenga algo con la camarera sexy —suspiró Jay y yo asentí.

Matteo era un buen hombre, se merecía a alguien especial en su vida.

—Buenos días —nos saludó Renzo e inmediatamente corrió al botiquín a buscar una aspirina.

—Buenos días —le devolví el saludo.

No tenía ganas de seguir discutiendo con él. Una sonrisa se dibujó en sus labios antes de sentarse en la mesa y mirarme con curiosidad.

—Tú y Alessandro habéis tenido sexo —afirmó y me atraganté con el café. Jay se echó a reír.

—¿Q-qué? —pregunté sorprendida.

Mi pregunta y mi actitud le hizo poner los ojos en blanco, mientras yo me sonrojaba cada

vez más.

—Créeme, solo me basta con mirarte para darme cuenta, te ves distinta hoy —explicó con suficiencia.

—Ese no es tu asunto —dije malhumorada.

—Buenos días, princesa —oí la profunda voz de Alessandro detrás de mí mientras me daba un beso en el cuello, lo que me hizo estremecer.

—¿Ves? Tenía razón... ¡Habéis follado! —exclamó con una sonrisa de triunfador.

—Renzo, ahórrate los comentarios —le advirtió Alessandro, mientras se sentaba a mi lado.

—Está bien, no diré nada más... —Renzo me miró con una sonrisa provocativa y movió las cejas de forma sugerente.

Sólo le di una mirada de advertencia para que se callara, lo que afortunadamente hizo. Alessandro me acarició la espalda para que me relajara y no dejara que los comentarios fuera de lugar de su hermano me afectasen.

Una vez que terminamos, subimos hasta la habitación de nuevo, me tendí en la cama y esperaba que él me acompañara, pero solo me dio un beso en la frente. Luego cogió un traje del armario y se cambió. Yo le observé con las cejas fruncidas.

—¿Tienes planes para hoy? —pregunté, confundida y decepcionada al mismo tiempo.

—Sí, tengo que ir a la empresa —Suspiró.

Cuando vio mi mohín empezó a sonreír.

—¿Quieres venir? —me preguntó y yo asentí con alegría. Su sonrisa se amplió aún más antes de correr hacia mí, tomar mi cabeza entre sus manos y poner sus suaves labios sobre los míos—. Vamos entonces.

∞∞∞∞∞

Mis ojos se abrieron de par en par al ver el vestíbulo. Todo parecía tan elegante y moderno, no era la primera vez que estaba en un edificio lujoso, pero tampoco estaba acostumbrada. Mi niñez y parte de mi adolescencia fuimos pobres, por eso mis hermanos se metieron al mundo de las mafias, para labrarse un futuro mejor.

Pasamos a su despacho cogidos de la mano y en cuanto atravesamos la puerta, corrí hacia la enorme ventana que había en lugar de una pared. La vista era impresionante, se podía ver toda la ciudad.

Alessandro se sentó en su silla de oficina y arrancó su ordenador, mientras sonreía por mi entusiasmo.

—¿Quieres algo de beber, princesa? —preguntó amablemente.

—Sí, una soda de frutos rojos, por favor —respondí y me senté en su regazo.

Sonrió y me dio un beso en la sien antes de llamar a alguien y pedir las bebidas que quería. Mientras él tecleaba en su ordenador con sus brazos alrededor de mí, yo apoyaba mi cabeza en su hombro y jugaba con su abundante pelo. Las hebras se sentían muy suaves y me pregunté qué acondicionador estaría usando.

Poco después llamaron a la puerta y entró una mujer rubia, alta, con llamativos ojos azules y una figura de modelo de revista. Llevaba una falda lápiz negra, que acentuaba sus largas piernas, una blusa gris perla que se amoldaba a sus senos operados y su sonrisa parecía de anuncio de clínica odontológica.

No pude evitar que los celos brotaran en mi interior. ¿Qué quería Alessandro conmigo si

podía tener a una de esas mujeres que parecían modelos?

—Aquí están las bebidas, señor Santoro —dijo, poniendo sobre el escritorio mi soda junto a la taza de café que Alessandro había pedido—. ¿Puedo ofrecerle algo más? —preguntó casi con demasiada amabilidad y con una mirada sugerente.

Mis ojos se entrecerraron al mirarla, reprochándole que se ofreciera de esa manera delante de un hombre que ya evidentemente ya tenía a alguien a su lado. Sin pensarlo, giré la cabeza de Alessandro hacia mí y comencé a besarlo.

Sí, fui posesiva e impulsiva, pero no me importó, quería que le quedara claro que ese hombre era mío.

Alessandro devolvió el beso y lo profundizó, siguiéndome el juego, lo que me llenó de confianza, pues me demostraba con acciones que solo me quería a mí.

Finalmente, sin aliento, lo solté y me volví hacia la secretaria con una sonrisa provocativa. Ella nos devolvió una sonrisa forzada antes de salir de la oficina.

Alessandro me dio un beso en la mejilla, mientras reía con fuerza y apretaba mi cintura, pegándose a él.

—Me encanta cuando te pones celosa —respiró contra mi oído y volvió a besarme.

Me limité a sonreír, me apoyé en su hombro y seguí jugando con su pelo. Cuando ya no me apetecía, dejé de hacerlo, lo que provocó protestas por parte de Alessandro.

Tomó mi mano y la puso sobre su cabeza, parecía un cachorro malcriado que exigía a su ama muchos mimos. Con una carcajada, continué mientras él trabajaba satisfecho y yo era feliz estando solo así.

Capítulo 28

—¡Alessandro, tienes tu propio helado! —le gruñí y aparté su mano de un manotazo por cuarta vez, lo que le hizo hacer un mohín.

—¡Eres una niña pequeña! —me dijo, poniendo los ojos en blanco, con lo que empezó a sonreír y esta vez me robó una cucharada de helado.

Me quedé mirándole con mala cara, pero no pude mantenerla mucho tiempo porque tuve que sonreír ante su actitud traviesa. Alessandro y yo estábamos sentados en el parque comiendo helado y disfrutando de este momento como pareja; su teléfono móvil empezó a sonar y él me miró brevemente con cara de disculpa, luego respondió.

—Oye... sí, ya voy... Ciao.

Le miré interrogativamente.

—La reunión se adelantó y Lorenzo me quiere allí —explicó, molesto.

—¿Aún quieres que te acompañe? —pregunté, terminando el helado y me puse de pie.

Asintiendo, entrelazó nuestras manos y volvimos a entrar en la empresa, nos detuvimos frente a la entrada, de repente él se tornó serio, cómo si hubiese recordado algo.

—Este tipo de reuniones suelen ser largas y aburridas, princesa... ¿Qué te parece si Roy te lleva a la casa y por la noche te recojo para que salgamos a cenar? —sugirió mientras me acariciaba suavemente el dorso de la mano.

—De acuerdo. —Asentí con una leve sonrisa y me despedí de él con un beso. También me dedicó una sonrisa antes de entrar en el vestíbulo.

No sé qué me pasó cuándo lo vi alejarse, pero tuve la necesidad de expresar algo que llevaba dentro del pecho desde la noche anterior. Lo llamé por su nombre para que se detuviera. Se giró y me miró de manera interrogativa.

¿Por qué demonios había hecho eso?

Pero antes de que pudiera responder a mi propia pregunta, corrí hacia él y lo abracé. Se tambaleó un poco hacia atrás y empezó a reírse.

—¿A qué viene esto ahora, princesa? —preguntó divertido, mientras me miraba a los ojos.

Me separé de él y le miré con absoluto embeleso.

—Alessandro... —empecé, pero me interrumpí con inseguridad.

Me retó con la mirada a que siguiera hablando, así que armándome de valor lo dije.

—Te quiero —confesé, sonrojándome.

Cuando por fin lo conseguí, cerré los ojos un momento y exhalé. No hubo respuesta y le miré a la cara.

Pasó de estar conmovido a estar en blanco. Sacudió ligeramente la cabeza y dio un paso atrás, cómo si lo hubiese insultado o le hubiese dicho algo malo.

—Tengo que irme ahora —dijo con un tono extraño.

Me dejó de pie en medio del vestíbulo y desapareció de prisa sin siquiera mirar atrás, fue como si huyera de mí; en un principio estaba tan conmovida que no entendí lo que acababa de suceder, pero cuando fin la verdad se reveló ante mis ojos y estalló en mi mente, sentí lo devastador que podía llegar a ser un rechazo. El dolor que esa actitud me provocó fue el peor que había sentido en toda mi vida; me destrozó literalmente.

¡Qué ingenua fui al creer que él sentía lo mismo!

Recordé que me había entregado a él la noche anterior sin ninguna reserva; a pesar de que era el hombre que desterró a mis hermanos y me secuestró. Había confiado en Alessandro al punto de darle mi virtud y me hacía esto.

Todo se volvió demasiado para mí y salí corriendo del edificio, mientras los recuerdos de las últimas semanas desfilaban por mi cabeza, torturándome. El aire comenzó a faltarme y mis piernas se volvieron tan débiles que pensé que me caería, tuve que detenerme y los sollozos salieron atropelladamente de mi garganta.

Necesitaba alejarme de allí antes de que alguien me viera así. Retomé mi camino mientras luchaba con las emociones que intentaban doblegarme, reprochándome en pensamientos en haber confiado en un hombre Santoro.

¡Dios, fui tan idiota!

Mi visión estaba borrosa por mis lágrimas, así que accidentalmente choqué con alguien y perdí el equilibrio. Inmediatamente, la persona me sujetó por la cintura y me ayudó a ponerme en pie.

—¿Meg?

Cuando reconocí la voz, alcé el rostro para encontrarme con David, que me miraba con ansiedad.

—¿Estás bien? —preguntó, sujetándome.

Me limité a negar con la cabeza mientras empezaba a llorar histéricamente, las murallas que contenía todo mi dolor se hicieron pedazos y lo dejé salir.

David me tomó en sus brazos mientras una punzada se extendía por todo mi pecho. Nunca me había sentido de esta manera en mi vida, la actitud de Alessandro me lastimó tanto y me enfurecía que eso fuera así.

—Ven conmigo, te llevaré a casa —me dijo tranquilizador mientras ponía su mano reconfortante en mi espalda y me dirigía hacia un BMW negro.

Un chófer nos abrió la puerta y nos sentamos dentro, inmediatamente nos pusimos en marcha.

Apoyé la cabeza en el cristal de la ventana y dejé correr mis lágrimas. Por el rabillo del ojo vi que David estaba escribiendo a alguien, pero no le presté atención.

El camino era desconocido para mí y me di cuenta de que no íbamos a la villa; de pronto, sentí un peso alojarse en mi estómago y enseguida me volví hacia David.

—Este no es el camino a la villa, ¿a dónde me llevas? —pregunté con voz ronca por el llanto y el temor.

Una sonrisa sádica se extendió por su rostro, lo que me confundió y al mismo tiempo me produjo un escalofrío, una advertencia se encendió dentro de mi cabeza, miré a mi alrededor y vi que el camino estaba desierto.

—David... Dale vuelta al auto y llévame con Alessandro —le exigí, aunque en ese momento estaba muy dolida con él, sabía que era el único con el que estaría a salvo.

—Lo siento, pero eso no será posible «princesa» —respondió con un tono sarcástico.

Luego sacó tranquilamente un pañuelo del bolsillo de su chaqueta, junto a un pequeño frasco de vidrio oscuro, vertió el líquido que contenía y antes de que pudiera darme cuenta de lo que estaba ocurriendo, David presionó el pañuelo sobre mi boca y lentamente perdí la conciencia.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando mis ojos se abrieron nuevamente, aunque no pude ver nada. La habitación en la que estaba era muy oscura y podía sentir el desagradable olor a humedad en el aire.

Las cuerdas alrededor de mis manos y pies habían sido atadas tan fuertemente que casi cortaban mi circulación sanguínea. Sentía la garganta muy reseca y me costaba mucho respirar, aunque no me habían amordazado, pero no podía arriesgarme a gritar hasta saber dónde estaba.

¿Qué demonios estaba pasando?

Me dolía increíblemente la cabeza y a veces sentía que me daba vueltas; respiré hondo para intentar calmar el latido acelerado de mi corazón. Debía enfocarme para descubrir lo que había sucedido, pues todo estaba muy borroso en mi mente; de pronto, los recuerdos se hicieron presentes como en cámara lenta.

La reacción de Alessandro cuando le dije que lo quería, mi dolor y decepción cuando se marchó sin siquiera decirme una palabra. Mi huida del edificio de los Santoro, luego mi encuentro accidental con David, que se había ofrecido a llevarme a casa, pero en el camino algo sucedió.

¡El bastardo me había hecho desmayar con cloroformo! ¿Pero por qué? Se suponía que era un aliado de los Santoro, hasta habíamos estado en su fiesta de cumpleaños y se notaron bastante cercanos. ¿Qué pretendía al traerme a este lugar contra mi voluntad?

Nada de esto tenía sentido. ¿O acaso era un traidor que jugaba para dos bandos bajo las sombras?

Justo cuando me hacía esta pregunta, una luz se encendió dentro de la habitación; era muy fuerte y debido a ello tuve que entrecerrar los ojos por un momento, mientras me acostumbraba a la claridad. Una vez que pude mirar a mi alrededor vi que estaba sentada en el suelo de un sótano, atada de pies y manos.

David se pavoneó hacia mí, sus labios mostraban una sonrisa enfermiza mientras tomaba una silla, le dio la vuelta y se sentó. La parte superior de su cuerpo estaba presionada contra el respaldo y me miró durante un rato; yo también le mantuve la vista y en mi mente estaba recreando varias maneras de asesinarlo.

—¿No vas a preguntar por qué estás aquí? —preguntó divertido, mientras señalaba el lugar.

No contesté porque sabía que me diría de una manera u otra. Era evidente que era del tipo de hombres que le gustaba alardear, así que lo dejaría seguir con su espectáculo. Se rio amargamente y me dedicó otra sonrisa aún más sádica, mientras detallaba mi cuerpo con la mirada; de pronto, eso hizo que el estómago se me encogiera y que me atacara una ola de náuseas, pero luché por mantener mi rostro impassible.

—Sabes, Meg... He querido llegar a la garganta de Alessandro durante mucho tiempo... pero ha sido imposible. Tiene a los hombres encima todo el tiempo, ya sean sus hermanos o los miembros de la banda. ¿Ves mi problema? Y de repente apareciste tú...—chasqueó los dedos para dar más expresión a lo que decía—. Lo tenías envuelto en tu dedo meñique y en eso vi mi oportunidad. Las personas enamoradas se vuelven descuidadas y harían cualquier cosa para proteger a su amada. Y ahora que te tengo en mis manos, Alessandro llegará como un buen corderito —finalizó orgulloso su plan.

—¿Por qué? —le pregunté finalmente y él supo directamente a qué me refería.

—Venganza, Megan... Simplemente voy a cobrar una cuenta pendiente —respondió vagamente.

Se levantó y caminó a mi alrededor como si yo fuera su presa, que en principio lo era. Aunque no quería darle esa imagen, así que mantuve la espalda recta y elevé la barbilla con

orgullo. Eso pareció divertirle porque se carcajeó y para comprobar el poder que tenía sobre mí, me apretó el cuello con una mano, lo que hizo que me sobresaltara y que un jadeo escapara de mi garganta.

—¿Vamos a ver dónde está Alessandro ahora mismo? —me susurró al oído.

Tuve que recomponerme, haciéndole creer que no le temía, aunque en el fondo lo hiciera, pero no debía por ningún motivo demostrarle debilidad.

Me puso el móvil delante de los ojos y señaló.

—¿Ves el punto rojo? —me preguntó—. Ese es Alessandro, el muy tonto ni siquiera se ha dado cuenta de que le puse un rastreador a su coche —explicó con orgullo—. ¡Vaya, pero mira dónde está! —me incitó y leí lo que decía la tarjeta. «Macy's Flowers»

—Es el coche equivocado —digo con desprecio, aunque al leer eso, una pequeña llama de esperanza se enciende en mi corazón.

—Te puedo asegurar que es su auto, cariño... Ahora lo veo, ustedes dos discutieron y seguramente él quiere una reconciliación... Oh, pero ¡qué tierno! Definitivamente se ha vuelto todo un blandengue nuestro Alessandro, comprando flores a su princesa —dijo con ironía.

—David esto es una idiotez. Alessandro no vendrá —dije en tono frío, sobre todo para hacerle desistir.

—¿Y por qué piensas eso? —Me miró divertido, como si fuera un niño ingenuo. Se arrodilló frente a mí para que estuviéramos a la altura de sus ojos.

—No arriesgaría su vida por alguien a quien no ama —respondí con todo el dolor que me provocaba recordar su actitud cuando le confesé que lo quería.

—Bueno —Mi respuesta pareció divertir aún más a David—. Bueno, no perdemos nada con intentarlo. —Sin más explicaciones, me hizo una foto.

—¿Qué estás haciendo?! —le espeté con rabia.

—Le enviaré esta fotografía a Alessandro. Vamos a ver si tienes razón o si el caballero vendrá a salvar a su princesa —dijo con un tono de burla. Luego se levantó—. Oh sí, y no te preocupes, cuidaré bien de ti cuando él esté muerto.

Con un último guiño, salió del sótano y volvió a apagar la luz, dejándome en penumbras y con un creciente temor.

¡Maldito bastardo!

Capítulo 29

Alessandro

«Te quiero»

Mi cerebro pareció apagarse por completo después de esas palabras. No sabía qué hacer o decir. Mi lengua estaba paralizada. Sacudí la cabeza para aclarar mis pensamientos, pero todo lo que pude pronunciar fue un ridículo «tengo que irme ya»

Su cara se contorsionó inmediatamente como si le hubiera clavado un cuchillo en el estómago, sus grandes ojos oscuros me miraron con tanto dolor que no pude soportar seguir mirándola y salí corriendo. En ese momento podría haberme golpeado la cabeza contra un muro de hormigón.

En la sala de reuniones me senté junto a Lorenzo y un consultor nos presentó sus propuestas. Sin embargo, yo no podía escuchar, la voz de Megan diciendo esas dos palabras seguían resonando en mi cabeza. Suspiré y cerré los ojos, intentando escapar, así como lo hice de ella, pero era imposible, así que terminé resoplando con frustración.

Lorenzo pareció notar mi inquietud, me miró con preocupación mientras ponía una mano en mi hombro.

—¿Estás bien?

Asentí con la cabeza un par de veces.

—Todo está bien —mentí, sin mirarlo a los ojos, porque sabía que si lo hacía me descubriría —...Aunque sabes que... no, nada lo está... —cambié de opinión.

La confusión cruzó el rostro de Lorenzo y se sorprendió aún más cuando me vio levantarme. Necesitaba arreglar la cagada que había hecho, así que, sin decir nada, salí furioso de la sala de juntas.

¡Mierda! ¡Joder!

Me subí a mi coche y me dirigí a una tienda de chocolate, necesitaba el mejor de la ciudad. El chocolate siempre ayuda, ¿verdad?

—¿Cómo puedo ayudarle? —me preguntó un empleado apenas entré.

—La he cagado con la mujer que amo y tengo que compensarla —expliqué rápidamente sin tomar aire.

Asintió, se apresuró a entrar en el almacén y salió con un corazón en 3D hecho de chocolate.

—Está bien, lo tomaré. —Pagué y me apresuré a entrar en el coche con el paquete.

Siguiente parada, una floristería, busqué la mejor en Google y escogí la que tenía mejores reseñas, luego le indiqué al GPS que me llevara. Minutos después me detuve frente a Macy's flowers y volví a entrar corriendo. Antes de que la vendedora pudiera decir algo, lo hice yo.

—Quiero un ramo de flores que digan «Lo siento, soy un idiota y te quiero» —pedí casi con desesperación.

La mujer me miró con complicidad y una sonrisa comprensiva, luego se puso manos a la obra. Después de veinte minutos que fueron una eternidad para mí, había terminado un enorme y hermoso ramo con al menos unas cien rosas rojas, blancas y rosadas.

—Espero que sea del agrado de su chica. —Me puso el ramo de rosas en la mano.

—Estoy seguro de que a mi princesa le encantará, gracias —Puse dos billetes de cien dólares

en el mostrador—. Quédese con el cambio.

Con pasos rápidos me dirigí al coche, puse el ramo de rosas con cuidado junto al paquete con el corazón de chocolate en el asiento del copiloto. Luego me subí al coche y estaba por ponerme en marcha cuando sonó mi móvil. Número desconocido, dudé antes de abrir el mensaje; por lo general, siempre nos recomiendan no hacerlo, pero esta vez sentía la necesidad de verlo. Hice clic en el chat y mi mano empezó a temblar de rabia al tiempo que los latidos de mi corazón se aceleraban y mis ojos se abrían con asombro, era una foto era de Megan sentada en el suelo de una habitación que parecía un sótano por lo descuidado del lugar, ella estaba atada de pies y manos.

«¿Quién eres y qué quieres?» escribí.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! —grité mientras golpeaba el volante con todas mis fuerzas.

Esto no podía estar sucediéndonos, no este día cuando ya la había lastimado emocionalmente. Mi cuerpo tembló de rabia y tuve que recomponerme para no romper la ventanilla del coche. Lo que me pareció una eternidad fueron probablemente sólo unos segundos.

Un nuevo mensaje.

«Calle Gotham 49. Almacén 6. Venga solo»

Sin pensarlo dirigí el coche hacia la dirección que me indicaban y atravesé las calles a toda velocidad, saltándome las luces rojas en un par de ocasiones, mientras la desesperación aumentaba de manera avasallante dentro de mí. Sabía exactamente dónde estaba el almacén 6. Probablemente podría conducir hasta allí con los ojos vendados. Era el almacén donde había quitado la vida a alguien por primera vez, un lugar al que no deseaba volver, pero el que no conseguía olvidar.

Después de diez minutos, al fin llegué al lugar que indicaron en el mensaje, lucía desolado y mucho más abandonado de cómo lo recordaba. Apagué el motor y las luces del auto, enseguida todo quedó en penumbras, provocando que la ansiedad que sentía se hiciera mayor y que quisiera entrar corriendo para salvar a Megan.

Sin embargo, me esforcé por actuar con inteligencia como siempre me aconsejaba Lorenzo; no podía cometer un error que pusiera en riesgo la vida de mi princesa. Respiré hondo mientras cerraba los ojos y después de unos segundos me sentí más calmado; saqué la pistola de la guantera, también un cargador extra, revisé que todo estuviera bien y bajé del auto.

¿Quién podría haber secuestrado a Meg?

Sabía que podían ser muchos, ya que no teníamos precisamente pocos enemigos, pero ¿quién conocía el Almacén 6?

Me pregunté mientras paseaba una vez más la mirada por el lugar, atentó a aquellos rincones donde podía haber escondido algún hombre armado. Avancé con cautela, pero determinación hacia el galpón, entré y me extrañó que el interior también estuviera desierto, fruncí el ceño porque aquello no pintaba nada bien.

Todo estaba tan tranquilo que comenzaba a pensar que me habían puesto una prueba para ver si realmente Megan me importaba tanto como para exponerme por ella. Sin embargo, el sonido de lo que parecían pasos de hombre, me confirmó que allí había alguien y que tenía a mi princesa en su poder; seguí el sonido que provenía del sótano.

Empujé la pesada puerta y lo primero que vi fue a mi princesa sentada en el suelo cubierto de mugre y de humedad. Me quedé paralizado mientras el corazón se me aceleraba al ver cómo temblaba de miedo, pero al mismo tiempo su valentía al intentar desesperadamente soltar las cuerdas que ataban sus pies.

Sintió mi presencia en la habitación y de inmediato levantó la cabeza, sus ojos se abrieron de

par en par con incredulidad. Me apresuré a ir a su lado y traté de desatar los nudos hasta que, de repente, sentí el frío de una pistola contra mi nuca. Suponía que debía esperarme algo así, de lo contrario, hubiera sido demasiado fácil.

Lentamente levanté las manos para no provocar al hombre a mi espalda, no quería exponer a Megan a sufrir algún daño por mi imprudencia. Le dediqué una mirada tranquilizadora y esperaba que eso le ayudase a confiar en mí y en que haría todo lo posible para sacarla de allí.

—Levántate.

¿David? Me pregunté en pensamientos y parpadeé con asombro. Me levanté despacio mientras intentaba procesar lo que estaba ocurriendo.

—Vuélvete hacia mí, despacio —ordenó en un tono firme, pero calmado.

Por supuesto, obedecí para no alterarlo, aunque apenas podía creerlo cuando lo vi apuntándome con un arma. Se supone que este es mi viejo amigo David, el hombre al que tan solo ayer le habíamos celebrado su cumpleaños, nuestro aliado y resulta que ahora había secuestrado a mi chica y me había obligado a venir hasta aquí bajo la amenaza de hacerle daño.

Una expresión sádica marcaba su rostro y en sus ojos no vi más que pura ira hacia mí, parecía un hombre totalmente distinto y trastornado, lo que me inspiró cierto temor, porque nunca se sabía lo que podía esperarse de alguien así.

—Aléjate de Meg —me instó, moviendo el arma.

Intenté que no se notara, pero me hubiera gustado saltarle al cuello cuando la llamó Meg. Sin embargo, hice lo que me dijeron y entonces se puso delante de ella, con su pistola todavía apuntándome.

—David, ¿qué estás haciendo? —le pregunté, intentando que mi voz sonara lo más tranquila posible.

—La vida de mi hermano por la tuya —respondió brevemente, perdiendo esta vez el tono de calma.

Su revelación no me sorprendió, sabía que era lo único que eso era lo único que podía justificar que él estuviera cometiendo esta locura. Fue estúpido por mi parte creer que David se había resignado, que había comprendido los motivos que me llevaron a quitarle la vida a su hermano; después de todo, nosotros también perdimos al ser más importante de nuestras vidas por culpa de William.

—Sabes que no tuve elección. Nos había traicionado y eso le costó la vida a mi padre —le expliqué, manteniendo un tono calmado, pero firme.

Sacudió la cabeza mientras sus ojos se volvían vidriosos y su rostro se contraía en un gesto de dolor.

—¡Era mi hermano! —gritó, temblando de ira.

—¡Era mi padre, y fue asesinado por su culpa! —grité sin poder contenerme, porque me seguía doliendo.

Megan hizo un breve gesto de dolor detrás de él, quizá al comprender lo que nos había llevado a estar en esta situación. Una vez más, mis acciones la ponían en peligro, me sentí culpable y un miserable por haberla arrastrado a esto, la miré pidiéndole perdón y prometiéndole que la sacaría de este lugar sana y salva.

Mi princesa asintió y me regaló una sonrisa, demostrando que confiaba en mí; luego me lanzó una mirada que no pude descifrar, pero que sabía significaba algo importante. Así que seguí distrayendo a David, para que no viera lo que ella intentaba comunicarme.

—El mundo de la mafia es cruel y muchas veces nos arrebata a quienes amamos... es el riesgo que corremos al entrar en éste... Todos los sabíamos —le dije a David, mirándolo a los

ojos, pero también atento a Megan.

—Tienes razón, es por eso por lo que hoy tu familia te perderá a ti... —respondió quitándole el seguro a la pistola.

—David... por favor no lo hagas —suplicó Megan, mientras se acercaba a él.

—Pensé que te pondrías feliz porque finalmente te librarías de él; después de todo, fue quien desterró a tus hermanos y te llevó a su casa para convertirte en su puta...

—¡No vuelvas a llamarla así o te romperé la cara!

—¿Acaso no es verdad? —cuestionó con una sonrisa maliciosa—. Eso fue lo que le dijiste a tu hermano: «La haremos pasar por una puta y la usaremos como un señuelo con nuestros enemigos, así acabaremos con ellos»

El maldito de David repitió mis palabras mientras me miraba a los ojos y sonreía porque sabía que estaba jodiendo mi relación con Megan, más de lo que ya estaba.

—Tenía que convencer a Lorenzo para que la dejara quedarse, pero las cosas han cambiado... —Miré a mi princesa que me devolvía el gesto con resentimiento.

—Supongo que sí... —dijo burlándose y se encogió de hombros—. Aunque eso ya no importa, porque hoy pagarás por todo el daño que has hecho, Alessandro Santoro.

Mi cuerpo se tensó y pude ver como Megan también temblaba, ante la declaración de David, no podía creer que mi vida fuese a acabar de esa manera y, sobre todo, que fuese a dejar desprotegida a la mujer que amaba. La miré fijamente, pues si iba a irme de este mundo, quería que su imagen fuese lo último que vieran mis ojos; en ese momento vi que ella me hacía una señal con su mirada y movía una de sus piernas, como indicándome algo.

De inmediato comprendí y una parte de mí se sintió feliz por la valentía de mi chica, pero la otra fue invadida por el temor porque era algo arriesgado. Sin embargo, pestañeeé para hacerle ver que la había comprendido y de inmediato me puse alerta, esta era nuestra oportunidad de neutralizar a David.

—¿Unas últimas palabras? —preguntó, divertido.

Lo miré de manera retadora para centrar toda su atención en mí y darle la oportunidad a Megan de que actuara. Ella le dio una patada entre las piernas, asestándola justo en sus pelotas y él se dobló de dolor; no le di tiempo a recuperarse, saqué mi pistola y le disparé en una pierna, se desplomó en el suelo mientras gritaba de dolor, seguramente le había jodido un hueso.

Con un rápido movimiento le quité la pistola y le apunté con ambas, ahora yo estaba al mando y solo tenía que apretar los gatillos para deshacerme de este loco de mierda que había intentado matarme. Sacudí la cabeza cuando mi conciencia se hizo presente, no podía matarlo; había crecido con él y sabía que no era un mal tipo, solo había perdido la cordura por culpa de William.

Él me miró a los ojos, como esperando que acabara con su vida, finalmente solté un suspiro y bajé las armas, le entregué una a Megan para que lo vigilara mientras yo ataba las manos de David a una mesa atornillada al suelo.

—Has vuelto a ganar, ¿eh? —dijo David retóricamente mientras reía con amargura—. Ganas una y otra vez —dijo, golpeando su cabeza contra la pata de la mesa.

—¿Estás bien? —le pregunté a Megan, apartando un mechón de pelo de su cara, mientras le desataba las manos. Ella asintió con la cabeza, pero me evitó, lo que sin duda me dolió, pero comprendía que estuviese furiosa conmigo por todo lo que había vivido en las últimas horas.

Me quedé cerca de David para vigilarlo, pero él solo se limitó a murmurar cosas ininteligibles en voz baja y a golpear la cabeza con la pata de la mesa. Sí, el tipo estaba bastante jodido. Le escribí a Lorenzo y le expliqué brevemente lo que había sucedido, me dijo que

enviaría a algunos hombres para encargarse de todo.

Quince minutos después, llegó Roy con tres escoltas más, les pedí que, si se iban a liquidar a David, esperaran a que Megan y yo nos marcháramos, no quería que ella fuera testigo del fusilamiento. Sin embargo, Roy me dijo que Lorenzo había pedido que lo llevaran ante él, quería tener su confesión completa y comprobar que no había estado planeando su venganza con alguien más.

Caminamos hacia el coche en silencio, quería acercarme a Megan, abrazarla y hacerla sentir a salvo entre mis brazos, pero cada vez que lo intentaba, ella solo me esquivaba y cuando la miraba, ella se obstinaba en mirar al frente, ignorándome por completo.

Incluso en el coche, ella solo se empeñó en observar a través de la ventana, ni siquiera les había prestado atención a las cosas que había comprado para ella.

—Princesa, siento lo que ha pasado.

Al oír la palabra «Princesa» finalmente me lanzó una mirada mordaz.

—No me llames así —dijo ella con frialdad.

—Déjame explicarte —comencé, lo que provocó que me mirara incrédula.

—¡No hay nada que explicar! Cierra la boca y conduce —me gritó, sacudiendo la cabeza con fastidio y volvió su mirada hacia el oscuro bosque que bordeaba el camino.

Agarré el volante con fuerza para drenar la frustración y no dije nada. Supongo que la he fastidiado de verdad, ¿no?

Capítulo 30

Megan

Apenas esperé a que Alessandro detuviera el coche y me bajé de inmediato, lancé la puerta y entré a la casa sin siquiera mirarlo. Subí corriendo las escaleras y entré a la habitación cerrando la puerta con fuerza, sin perder tiempo busqué un bolso y comencé a lanzar prendas al azar, necesitaba escapar de allí.

—¿Qué demonios estás haciendo?! —la voz de Alessandro sonó detrás de mí, antes de arrebatarme el bolso de la mano.

—¿Qué es lo que parece? ¡Me voy a la mierda! —le grité y cogí mi bolso de regreso.

Cuando terminé de meter las cosas más importantes, me apresuré a entrar en el baño para recoger mis artículos personales, mientras Alessandro me seguía.

—¡No te puedes ir! —me gritó ahora.

—¿Eso crees?! Entonces, mírame bien, porque es lo que haré —respondí enfadado.

Con una última mirada retadora, cogí el bolso y bajé corriendo las escaleras.

Que se joda ese hijo de puta.

—¿A dónde irás?! —preguntó cabreado, mientras me arrebatava el bolso de la mano.

—¡Eso no es asunto tuyo! —dije mordazmente y cogí mi bolso de nuevo.

Nuestros gritos debieron despertar a Matteo, porque bajó con los ojos dormidos y nos miró perplejo. Tomé la iniciativa y le agarré del brazo mientras lo miraba a los ojos, esperando conseguir que se pusiera de mi parte.

—¿Puedes que llevarme por favor? —le pedí.

Matteo se limitó a mirar con impotencia a Alessandro, que parecía querer arrancarse los pelos de la cabeza. Él intentó acercarse a mí de nuevo, pero di un par de pasos hacia atrás mientras negaba con la cabeza y lo miraba advirtiéndole que no lo hiciera.

Matteo soltó un suspiro que dejaba en evidencia su frustración por nuestras actitudes, pero terminó cediendo en mi favor; me miró y me indicó con la mano que lo esperara en el auto. Lo vi subir de nuevo, seguramente para cambiarse de ropa, pues iba en pijama. Pasé junto a Alessandro y él me tomó por el brazo para retenerme, mientras me miraba suplicante.

—Princesa... por favor, quédate y hablemos.

—No tenemos nada de qué hablar, por favor suéltame.

Mi voz sonó firme y mi mirada estaba llena de rencor, pero por dentro me estaba derrumbándome y mi corazón me suplicaba que le diera una oportunidad a Alessandro; sin embargo, mi conciencia se hizo presente y me recordó que no podía convertirme en el tipo de mujer que sufre y se convierte en el juguete de un hombre. Debía salir de allí antes de que perdiera todo rastro de dignidad.

Matteo apareció de nuevo, se había puesto unos vaqueros y una camiseta; me solté del agarre de Alessandro y salí sin volverme a mirarlo. Subimos a su coche y por fin pude dejar salir el llanto que me estaba ahogando, no me importó hacerlo delante de Matteo, sabía que de todos los Santoro, él era el único que no vería eso como una debilidad ni me juzgaría; lo confirmó cuando se detuvo en una intercepción y me acarició la espalda para consolarme.

Me sentía tan desesperada y perdida, no sabía dónde iría, mis hermanos estaban al otro lado del mundo, así que no podía contar con ellos, ni siquiera tenía dinero para ir a nuestra casa; si era que aún seguía siendo nuestra, probablemente los Santoro se habían adueñado de ella. De pronto llegó hasta mi mente el nombre de la única persona a la que podía recurrir en ese momento, solo esperaba que ella me ayudara, aunque apenas nos conocíamos.

—Llévame con Kelsey, por favor —le rogué, mirándolo y él se limitó a asentir con la cabeza.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, se detuvo frente a una villa que era un poco más pequeña que la de los Santoro. Me quedé mirando la casa y por un momento no supe si bajar o decirle a Matteo que me llevara de regreso; estaba tan confundida que me daban ganas de golpearme contra un muro de hormigón, a ver si así arreglaba en enredo dentro de mi cabeza.

Finalmente, decidí que lo mejor era mantenerme lejos de Alessandro, no podía permitir que me siguiera manipulando a su antojo. Me desabroché el cinturón, abrí la puerta y me bajé del auto; Matteo hizo lo mismo, agarró mi bolso y me lo entregó.

—Gracias —le agradecí, intentando sonreír.

Sonrió con tristeza y me dio un abrazo, tuve que esforzarme por no ponerme a llorar de nuevo, nos separamos y caminé hacia la puerta. Ya él le había avisado a Kelsey que íbamos en camino, así que ella me esperaba; me volví para mirar a Matteo antes de entrar a la casa, me despedí con la mano y él hizo lo mismo, luego subió a su auto y se marchó.

—Ven, cariño...

Kelsey se me echó literalmente al cuello y no pude contener las lágrimas, que una vez más me desbordaban. Sollozaba tan fuerte que todo el cuerpo se me estremecía, era como si estuviese a punto de romperme.

Después de un rato logré tranquilizarme y subimos a la habitación que Kelsey había preparado para mí, pasaría un par de días con ella hasta que pudiera volver a mi antigua casa para coger mis ahorros y seguir a mis hermanos a Francia.

Nos sentamos acurrucadas en la cama, comiendo helado de chocolate mientras se contaba todo lo que había sucedido. Por supuesto, la sorprendió mucho lo de David, decía que jamás lo imaginó haciendo algo así, pues siempre se mostró como un buen tipo. Se quedó conmigo hasta entrada la madrugada, cuando al fin el cansancio y el sueño lograron vencerme, pero aun en sueños el recuerdo de Alessandro me persiguió.

Seguía sintiéndome agotada y triste cuando desperté, lamentablemente los problemas no desaparecían tras salir el sol, como muchos decían. Por suerte contaba con Kelsey que vino para animarme, me trajo un delicioso desayuno y comenzó a charlar sobre caballos, eso me distrajo, pero al cabo de un rato, mis pensamientos volvían a estar enfocados en Alessandro.

—¿Qué tal si vamos a la ciudad? Eso te hará olvidar las cosas —sugirió de repente.

Seguramente ella había notado que me ponía triste de nuevo. Me encogí de hombros y asentí, me levanté de la cama y me metí al baño, esperaba que una buena ducha de agua caliente me quitara la tensión, el cansancio y si no era mucho pedir, ojalá también la tristeza.



Una hora después, nos sentamos con Charlie en Coffee Fellows, pedimos café y postres, luego nos dedicamos a hablar de diversos temas. Los dos hicieron todo lo posible por distraerme, lo cual agradecí mucho, necesitaba mantener mi mente ocupada para no pensar en Santoro.

Un hombre llevaba un rato mirándome y comenzaba a ponerme incómoda, así que intenté

ignorarlo, pero en lugar de hacerlo desistir, sucedió lo contrario, él se dirigió a nuestra mesa, lo que me hizo poner los ojos en blanco.

—Oye, ¿puedo acompañarlos? —preguntó con una sonrisa amable.

Antes de que pudiera negarme, Kelsey interfirió.

—Claro, siéntate —respondió ella con una sonrisa.

Oh, Dios, realmente no estaba de humor para ese tipo de situaciones, suspiré con resignación cuando el hombre tiró de la silla que estaba a mi lado y se sentó.

—Soy Jace —se presentó, ofreciéndome su mano.

—Megan —musité una sonrisa forzada y apenas le di un apretón, luego desvié la mirada.

—Un hermoso nombre para una mujer aún más hermosa —dijo haciendo su sonrisa más ancha.

Casi vomité ante lo trillado y meloso de esa frase. Tuve que contenerme para no poner los ojos en blanco, en lugar de eso me reí falsamente. No era él, se veía bien con su pelo rubio y sus ojos azules, pero yo sentía algo por cierto idiota de pelo oscuro y ojos marrones, que me hacía imposible siquiera interesarme por otro.

Maldita sea, ¿por qué?

Noté que Charlie estaba escribiendo en su teléfono móvil y sonreía, mientras hablábamos.

—Oye Meg, ¿ves esa librería que está enfrente? —preguntó Charlie de repente, al mismo tiempo que Jace me pedía mi número.

Miré al otro lado de la calle y asentí.

—¿Entramos un momento y me aconsejas? Quiero regalarle un libro a una amiga por su cumpleaños.

Con una mirada insegura miré de Charlie al recién llegado. Aunque Jace era un tipo agradable, no me atraía ni me sentía interesada, así que asentí con la cabeza y me levanté, ignorando su pregunta sobre mi número.

—Ahora mismo vamos, podéis hablar mientras tanto —informé brevemente a Kelsey y Jace antes de seguir a Charlie a la librería.

Mientras yo buscaba libros interesantes, él no dejaba de mirar al exterior y luego a su móvil.

¿Qué demonios le pasaba?

—Oh, parece bastante interesante, ¿no? —dije, sosteniendo un libro frente a su cara, que ni siquiera miró.

—Uh... Sí... claro, pero busca otro —respondió brevemente y luego volvió a mirar su teléfono móvil.

¡Idiota!

Molesta con él, seguí rebuscando en las estanterías. De repente, me tiró del brazo hacia la salida.

—¿Qué estás haciendo, Charlie?! —pregunté refunfuñando, mientras intentaba resistirme.

Sinceramente, ahora, ¿qué demonios le pasa?

No respondió, pero me soltó cuando un todoterreno que conocía muy bien se detuvo frente a nosotros. Sacudí la cabeza con rabia mientras Roy y Pascal salían.

¿En serio?

—¡Tienes que estar bromeando! —dije, cabreada.

Pascal y Roy compartieron una mirada incrédula antes de agarrarme por los brazos y meterme en el coche.

¡Oh, por el amor de Dios!

—¡Soltadme, idiotas! —me defendí y así atraje algunas miradas hacia nosotros.

En el coche intenté frenéticamente abrir la puerta, pero la habían cerrado y se pusieron en marcha poco después, quitándome la posibilidad de escapar.

—¡Os juro que, si no me dejáis salir de aquí ahora mismo, os daré una patada en las pelotas tan fuerte que os saldrá por la boca! —les amenacé a ambos con rabia.

—Lo sentimos, señorita. Tenemos instrucciones claras del señor Santoro —explicó Pascal de forma monótona.

—¡Señor Santoro, una mierda! —grité furiosa.

—Cálmese por favor... o nos veremos en la obligación de dormirla —me advirtió Roy, mirándome por el retrovisor y por su semblante vi que lo decía en serio.

Apreté la mandíbula con fuerza, pero me abroché el cinturón de todos modos. No tenía sentido discutir con los dos, pues sólo hacían su trabajo.

Sin embargo, el idiota del señor Santoro ¡Todavía tendría que escuchar algo de mí!

∞∞∞∞∞

Llevaba dos horas en ese coche y ya comenzaba a desesperarme, no sabía a dónde demonios me llevaban, pero de algo sí estaba segura, aunque fuese al fin del mundo, lograría conseguir la manera de escapar; la Megan que hacía cada cosa se le ordenaba, ya no existía.

—¿Cuándo vamos a llegar por fin? —pregunté probablemente por quincuagésima vez.

—Lo sabrá cuando estemos allí —fue la respuesta de Pascal, sin perder la paciencia.

Una vez más nos sumimos en un monótono silencio y yo me dediqué a ver por la ventanilla, intentando memorizar el camino. Cuando por fin nos detuvimos, ya era de noche y miré con cansancio el reloj del coche que marcaba las 21:16.

Estábamos en una gran casa en la playa y tuve que admitir que se veía hermosa. Probablemente lo era aún más durante el día.

—¿Y ahora qué? —les pregunté a los dos hombres con impaciencia. Vi a Pascal bajar del auto y abrirme la puerta.

—El señor Santoro le está esperando dentro.

Ah, y el señor Santoro puede esperar una patada en las pelotas de mi parte. De mala gana, subí los escalones hasta la puerta principal, estaba abierta, así que entré.

La única luz de la casa procedía de las numerosas velas que estaban alineadas como un camino. Había pétalos de rosa por todas partes y yo maldecía las mariposas de mi estómago que estaban de fiesta en ese momento.

¡Recuerda que estás enfadada con él, Meg!

Sin embargo, mi corazón empezó a latir cada vez más rápido mientras seguía los pétalos de rosa y las velas hasta la puerta de la habitación. Empujé suavemente y se me cortó la respiración cuando vi a Alessandro.

Capítulo 31

Se veía guapísimo como siempre, su pelo oscuro despeinado, sus ojos avellanos y esa sonrisa que aceleraba los latidos de mi corazón y que me recordaba que no era inmune a sus encantos. Lo miré con su camiseta ajustada de cuello en V blanco y sus vaqueros oscuros que se amoldaban a sus gruesas piernas.

Recordé lo maravilloso que lucía estando desnudo e inevitablemente me sonrojé, al tiempo que todo mi cuerpo temblaba, pues también recordó todo lo que me hizo sentir cuando hicimos el amor. Aunque debería decir, cuando me folló, ya que la única ilusa que se había enamorado era yo, para él solo fue una más de sus conquistas.

Sonrió al verme y se adelantó unos pasos porque yo estaba clavada en el sitio, debatiéndome entre quedarme o huir de ese lugar. ¡Dios, odio no poder odiarlo!

—Princesa, sé que estás enfadada y que te he hecho daño al dejarte esa tarde en el vestíbulo, sin decirte nada, pero no sabía cómo reaccionar. Jamás imaginé que una mujer como tú pudiera amarme y nunca pensé que me enamoraría de esta manera en toda mi vida —habló en voz baja. Se rio brevemente cuando volvió a mirarme y me acarició la mejilla—. Pero lo hice —añadió, sonriendo.

Toda la rabia, la tristeza y la frustración se desvanecieron al tiempo que una cálida sensación me recorrió y el corazón casi se me sale del pecho cuando me puse de puntillas y atraje su cabeza hacia mí para besarlo. Alessandro me devolvió el beso y me rodeó con sus brazos.

Sentí cómo me abrazaba con fuerza y me pegaba a él, como si no quisiera dejarme ir nunca más, esa sensación me llenó de seguridad. Le devolví el beso con entusiasmo, mientras me colgaba de su cuello para hacerle ver que no me marcharía, ahora que sabía que él sentía lo mismo que yo, no dejaría que nada nos separara.

Sin aliento alejamos nuestros labios, pero nuestras frentes quedaron una apoyada en la otra, mientras nos mirábamos a los ojos y nos expresábamos nuestros sentimientos sin necesidad de decir una sola palabra. De repente él se alejó un poco, aunque no dejó de mirarme un solo instante; en ese momento pude pasear mi mirada por el lugar, realmente estaba hermoso.

—Tengo algo más para ti... —dijo nervioso.

—Vale, perdona que te interrumpa, pero ¿es eso un árbol en el que has pegado rosas? —dije mientras miraba la extraña planta, aunque, a decir verdad, se veía increíble.

—Ehm... sí... Pensé que un ramo de flores sería demasiado aburrido... Y tú merecías más —respondió, rascándose la nuca con inseguridad.

Me reí y negué con la cabeza. Había perdido mi corazón por este idiota. ¿Qué es lo que me pasaba?

—Bueno, volviendo al tema que nos ocupa.

Sacó nerviosamente un pequeño joyero del bolsillo trasero de su pantalón y lo puso delante de mí.

La confusión cruzó mi rostro y comencé a temblar.

¡Santo cielo! ¿Me iba a proponer matrimonio?! Pensé llevándome las manos a la boca, mientras miraba el estuche y una mezcla de emoción y miedo se apoderó de mí.

—Tranquila, respira... —dijo con una sonrisa al ver mi expresión—. No será un

compromiso... solo una promesa.

Gracias a Dios. Exhalé aliviada y sonreí. No era que no quisiera casarme con él. Lo quería, pero en algún momento en el futuro, no inmediatamente, nos hacía falta conocernos muchos más para dar un paso como ese.

Me cogió la mano y me puso la cajita en la palma, yo la miré dudosa, sin atreverme a abrirla, pero el corazón me saltaba enloquecido dentro del pecho y me exigía que la abriera de una vez por todas.

—Ábrelo, no saldrá una araña, te lo prometo —me aseguró, divertido, intentando disimular su nerviosismo y su ansiedad.

Lo abrí con manos temblorosas y algo torpes, finalmente retiré la tapa y vi un bellissimo anillo de oro que me dejó deslumbrada y arrancó un jadeo de mi garganta. Me mordí el labio inferior mientras lo miraba y una emoción nueva se apoderó de mi pecho, podía decir que era felicidad, pero sería quedarme corta. Miré a Alessandro con lágrimas en los ojos y me acerqué a él.

—Gracias, es increíblemente hermoso —le agradecí, dándole un beso en los labios.

Me quitó con sus pulgares las lágrimas que rodaron por mis mejillas. Me sonreía y podía ver que estaba muy feliz por mi reacción.

—¿Sabes lo que significa el nudo? —me preguntó suavemente y yo negué con la cabeza, mirando el anillo.

De alguna manera se parecía ligeramente a un pretzel, pero no me importaba porque venía de él y eso me bastaba para hacerme muy feliz.

—Significa que siempre te seré fiel, que te amaré para siempre, que cumpliré todas las promesas que haga, que guardaré todos tus secretos como si fueran míos y que siempre volveré a ti si algo nos separa —me explicó y mis ojos volvieron a llenarse de lágrimas ante sus palabras.

¡Maldita sea! Ese hombre me había convertido en una tonta llorona, pero una que tonta inmensamente feliz. Con una sonrisa, finalmente levanté la vista y lo abracé con fuerza, aunque deseaba tener las palabras para expresarle algo igual de hermoso a lo que él dijo, la emoción me había robado la voz, así que le di muchos besos en el rostro.

—Te quiero —dije suavemente, mientras lo miraba a los ojos, para que viera la verdad en mis palabras.

Y esta vez no me puse nerviosa cuando le confesé mi amor, porque ahora sabía que él lo correspondía.

—Yo también te quiero, princesa, con todo mi corazón —dijo rozando nuestras narices.

Me besó con ternura y luego tomó entre sus brazos como si fuésemos un par de recién casados, de esa manera me llevó hasta la cama, donde esa noche nos amamos con intensidad, pues teníamos la certeza de saber que nos amamos y que estaríamos juntos para siempre.

FIN